



Juntos para vencer

Un amor impredecible

WRITTEN BY
JEAN SALAS

Juntos para vencer.

Jean Salas

Título: Juntos para vencer
© 2020, Jean Salas
©De los textos: Jean Salas
Ilustración de portada: Jean Salas
Edición emitida por: Jean Salas
Todos los derechos reservados

Para mi hermano Carlos

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Prólogo

Derek Parker es un chico arrogante y carismático, que sabe cómo utilizar sus encantos para conseguir lo que quiere. Siempre sonriente y mirando el lado bueno de las cosas, Derek no comprende cómo es que una cosita tan pequeña como Jan puede ser tan gruñona y antipática.

Janelle Ferrati, mejor conocida como Jan, es una pequeña chica agresiva que vive siempre enojada. Le guarda rencor a la vida por la mano que le repartió, y no puede comprender cómo alguien puede ser tan insoportablemente terco como Derek.

Tras una apuesta con sus amigos, Derek insiste en que puede convencer a la mujer de piedra de salir con él, pero después de que logra traspasar las barreras de Jan, y entrar en su vida, él se dará cuenta que no puedes juzgar un libro solo por su portada.

Capítulo 1

—Lo único que necesita es echar un buen polvo —dijo mi amigo Marcus.

Estábamos sentados en la cafetería del campus, discutiendo sobre esta chica sentada frente a nosotros con la nariz enterrada en un libro.

Janelle Ferrati era diferente a cualquier chica que hubiera conocido antes, y no en el buen sentido precisamente. Sí, era muy inteligente y aplicada, pero su vida fuera de la escuela era prácticamente inexistente. Solo hablaba con su amiga Lora y nunca jamás la había visto en algún tipo de fiesta. Según lo que he escuchado antes, tiene un carácter del demonio y explota con la mínima provocación.

—Probablemente sea eso —respondí sonriendo. Elevé mi café a mis labios y di un sorbo sin quitar mi vista de ella. Era todo un misterio.

Uno que me gustaría desentrañar.

Con todo y su coleta desordenada, sus anteojos y esas pecas que salpicaban sus mejillas y el puente de su pequeña nariz, era muy... bonita. No de esas bellezas que encandilan, te seducen o que hacen caer tu mandíbula al piso con solo una mirada en tu dirección, ella era más... sencilla, más sutil.

Tal vez con unos cuantos ajustes en su guardarropa podría llegar a ser sexy, pero no estaba completamente seguro. Con toda esa ropa holgada que llevaba, uno no tenía ni la mínima idea de lo que se encontraba debajo

Aún seguíamos viendo en su dirección como dos locos acosadores, cuando un chico nuevo se acercó a ella, le sonrió y le dijo algo, haciéndola levantar la vista de su libro. Por un momento lució desorientada, pero rápidamente tuvo su máscara en su lugar de nuevo. Vi cómo fruncía el ceño y cómo sus labios se movían dándole una tajante respuesta al chico justo antes de que él se alejara rápidamente, y ella siguiera con su lectura.

—Apuesto que yo podría hacerla reír por lo menos —solté sin pensar. Si algo tenía yo, era encanto y sentido del humor. No es por ser presumido, pero era muy carismático, y eso era algo que les encantaba a las chicas, ¿no?

Marcus me miró sonriendo.

—Si vas a apostar conmigo, tiene que ser algo bueno. — Quitó sus brazos de la mesa para cruzarlos sobre su pecho y recargarse en el respaldo del asiento.

Me quedé un momento considerando algo más complicado, pero cuando apenas empezaba a tener algunas ideas, él me interrumpió.

—¿Que tal... si la llevas a una cita?

No pude evitar la risa que retumbó en mi pecho. ¿Una cita? Seguramente si la invitaba a salir arrancaría mis bolas y se las daría de comer a su perro o algo así. Esa chica era un poco intimidante cuando quería.

—¿Quieres que la invite a salir?

—No solo invitarla, ella tiene que aceptar —dijo con un ademán de su mano. El tipo estaba loco.

—Jamás va a aceptar —confesé—. Esa mujer es demasiado gruñona.

—Ese es el punto, amigo mío, pero como yo soy una buena persona...

Resoplé incrédulo, pero él continuó ignorando mi reacción.

—Tienes un mes para que acepte. —Sonrió triunfante. Él sabía que no me iba a echar atrás.

Sonreí en respuesta y extendí mi mano.

—Hecho. —Y como todo buen trato, fue sellado con un apretón.

—Vaya, vaya —dijo una voz chillona a mi lado—, pero si es Derek Parker.

Levanté la vista de mi celular para ver a mi exnovia Molly parada frente a mí. Me encontraba recargado en un árbol, esperando que la clase de Literatura terminara para poder interceptar a Janelle e invitarla a salir, de nuevo, pero con Molly aquí presente jamás podría hacerlo. Ella aún no me había superado y si llegaba a pensar que estaba «interesado» en alguien más, le haría la vida imposible a la pobre chica.

—Ey, Molly —dije en respuesta, bajando mi vista al aparato de nuevo. Esperaba que entendiera la indirecta y se fuera. Pero no lo hizo. En cambio, se acercó aún más y colocó su mano sobre mi pecho, dándome una mirada «seductora» por debajo de sus pestañas.

—Te extraño mucho. —Hizo un puchero.

«Dios, que mujer más ridícula.»

—No lo creo —respondí alejándome un poco—. Te vi ayer enrollándote con Jake en su fiesta.

Ayer hubo una fiesta en la casa de Jake Stuart porque sus padres no estaban, y vi cómo ellos casi se comían frente a todo mundo sin ningún pudor.

Su cara se puso pálida anoche cuando me vio observándolos, y trató de zafarse de Jake, pero me escabullí para que no intentara hablar conmigo.

—Estaba muy ebria —se justificó—, tú sabes que aún siento algo por ti.

Yo sabía que no era así, pero desde que estábamos juntos buscaba algo para cubrirse cuando hacía algo mal, y me cansé de eso. Tuvimos una relación de dos años, pero eso se acabó en el momento en que me engañó con nada menos que la mitad del equipo de soccer... o más bien terminó cuando me enteré, lo cual fue tres semanas después.

—Sí, bueno, como sea, ya no estamos juntos, así que no me interesa. Hasta luego. —Me di la vuelta y me alejé mientras la escuchaba gritar mi nombre.

Aún no sé cómo rayos estuve con ella tanto tiempo. No teníamos ni los mismos gustos, ni los mismos intereses, pero ella había sido la chica más guapa de la escuela y yo era de los más populares, así que pensé que haríamos buena pareja. Oh, cuanto me equivoqué.

Pude divisar a Janelle bajando los escalones, aferrando una carpeta a su pecho mientras caminaba entre la multitud. Era sorprendente observar cómo se abría paso entre la gente mientras caminaba con la cabeza en alto, con tanta confianza y seguridad en sí misma, y por primera vez, noté cómo los ojos de los chicos la seguían. Tenía un aire misterioso, y eso le daba cierto magnetismo. Su coleta balanceándose, y los pequeños brincos que parecía dar con cada paso eran hipnotizantes.

La alcancé y caminé a su lado

—Hola, Jan. —Le dirigí mi sonrisa más deslumbrante, pero ella ni siquiera me dirigió una mirada—. Emm, yo... quería invitarte a... ¿ver una película? ¿Tal vez, el sábado?

—No, gracias —dijo sin mirarme.

Seguí caminando a su lado, sin saber que decir, pero de algún modo tenía que convencerla de que saliera conmigo.

Llegamos al estacionamiento y a un pequeño carro destartado que parecía que en cualquier momento se quedaría tirado en la calle.

Antes de que pudiera decir algo más, ella ya había entrado al auto y encendido el motor. Me dirigió una mirada y sin más, se fue.

Era la cuarta vez que me rechazaba, y eso era un gran golpe a mi ego. «Esto será más difícil de lo que pensaba.» Suspirando, me dirigí de nuevo a donde había estado antes de que Molly llegara a molestar, y vi a Lora, la amiga de Janelle.

—¡Dereeeeeek! —gritó con su mano sacudiéndose vigorosamente como saludo hacia mí. Ví una oportunidad para ganar la apuesta y caminé hasta donde estaba.

—¿Qué tal? —Ella era mi único boleto para ganar la apuesta y no lo iba a desperdiciar—. Ey, Lora, yo, emm... me preguntaba si no podrías hacerme un favor.

Sus ojos se tornaron cautelosos.

«Chica lista.»

—¿Qué tipo de favor? —Me miraba entrecerrando los ojos y me puse nervioso.

—Pues... me gustaría que... amm... tú sabes, que Janelle saliera conmi...

—¡No! Oh, diablos, no. No te voy a ayudar con mi amiga — me interrumpió.

«¿Qué rayos?»

—¿Por qué no? Oh, vamos, Lora, ayúdame, por favor, y te deberé un favor, yo haré lo que quieras, lo juro. —Junté mis manos entrelazando mis dedos y las llevé a la altura de mi barbilla mientras le rogaba.

Me miró por un par de segundos más.

—¿Por qué quieres llevarla a una cita? —Oh, yo no esperaba que cuestionara mis intenciones o algo así. ¿Qué era?, ¿su madre?

—Amm, yo, bueno... ella... emm... ¿me gustaría conocerla mejor?

Entrecerró sus ojos de nuevo hacia mí, dudando de mi sinceridad. Me estudió brevemente de los pies a la cabeza, y luego negó lentamente, soltando un suspiro.

—Mira Derek, me caes muy bien y todo, pero —«oh, no, un “pero no” no, por favor»— ella es la que decide, yo no puedo obligarla a ir contigo, y conociéndola, te dirá que no. Lo siento mucho. —Se encogió de hombros, se dio la vuelta y empezó a caminar lejos de mí. Había avanzado unos cuantos metros cuando se detuvo y se giró a verme—. Ella trabaja los fines de semana en la cafetería y descansa de 3 a 4 de la tarde; digo, por si quieres darte una vuelta por ahí. —Con esto se fue y yo me quedé ahí de pie.

Mañana sábado iría a visitarla a su trabajo y le dejaría claro que yo no aceptaba un no por respuesta. Si quería que la dejara de molestar, tendría que ir conmigo a una cita, porque yo no pensaba perder esta apuesta.

Llegué a la cafetería, faltando quince minutos para las tres, hora a la que, según Lora, empezaba su descanso.

Tomé asiento en una mesa que acababa de ser desocupada, y tomé el menú sobre ésta para ver qué iba a tomar. Unos cuantos minutos después, llegó alguien a tomar mi orden, mientras yo mandaba un mensaje.

—¿Que va a tomar? —preguntó una melódica voz. Levanté la vista para encontrar a Jan con la pluma apoyada en su libreta, lista para apuntar la orden, pero sin mirarme. Cuando tomé más del tiempo necesario para responder, ella levantó la vista, y frunció el ceño—. Parker.

Mi apellido nunca se había escuchado tan... odiado.

Le lancé una de mis sonrisas deslumbrantes, pero ella ni siquiera se vio un poco afectada.

—Voy a esperar a que tomes tu descanso para pedir algo y así podamos comer juntos.

Su ceño se hizo más profundo, y me sorprendió que su frente no estuviera arrugada, tomando en cuenta que su ceño parecía estar fruncido casi todo el tiempo.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero comer contigo? —Su tono irritado me hizo sonreír, lo que a su vez la hizo entrecerrar los ojos hacia mí. Debería saber que no voy a ceder en esto, yo nunca pierdo.

Dirigí mi atención a la servilleta en la mesa, y empecé a jugar con ella, doblándola y pasándola entre mis dedos. Vi cómo metía la pequeña libreta en la bolsa del mandil, y cómo éste definía la diminuta cintura a la que estaba amarrado. Mi vista subió hasta toparse de nuevo con sus ojos ocultos tras las gafas, y le sonreí una vez más.

—Bueno, tal vez no me conoces muy bien —solté, bajando mi vista de nuevo a la servilleta, y recargando mis brazos en la mesa—, pero yo siempre consigo lo que quiero. Siempre. Cualquier cosa. Y resulta que lo que quiero ahora es —Elevé mi vista de nuevo a sus ojos— tener una cita contigo.

La mirada en su rostro no tenía precio. Confusión, desconcierto, sorpresa e incertidumbre pasaron como un flash, pero yo pude ver lo desubicada que se sentía. Por un segundo pensé haber visto dolor, pero no era posible. Esta chica era conocida por tener un corazón de piedra.

Se quedó pensativa un segundo, mirándome fijamente hasta que alguien gritó su nombre.

—Ahora vuelvo —dijo y salió antes de poder contestarle.

Cuando regresaba, vi que ya no llevaba su uniforme de blusa blanca, pantalón caqui y mandil negro, en cambio, llevaba una camiseta negra larga y suelta que ocultaba su figura y unos leggins verde militar que abrazaban sus piernas torneadas, terminando con unas Converse de bota negras desgastadas. Su ropa y esa segura forma de caminar le daban un aire de chica mala, solo le faltaba una chaqueta de cuero y una moto.

Llegó a mi mesa y se sentó frente a mí, y sin perder tiempo, me dijo lo que pensaba, mirándome a los ojos.

—Mira, Parker, me siento... halagada, supongo, de que quieras salir conmigo, pero la verdad es que no tengo tiempo para citas ni nada de eso, así que te agradecería...

—No —la interrumpí.

Sus cejas se elevaron bruscamente, cuestionándome.

—No voy a aceptar una negativa por respuesta. —Sacudí mi cabeza para dar énfasis mientras cruzaba los brazos sobre mi pecho. No me perdí como su mirada bajo a mis brazos y pecho, antes de reunirse otra vez con mis ojos.

Ella me miró otra vez largamente antes de ponerse de pie y apoyar sus manos en la mesa en una posición que hubiera resultado amenazadora si ella no fuera tan pequeña y menuda.

—Mira, niño bonito —mis cejas se elevaron ante el apodo que me dio—, te estoy diciendo que no, y no cambiaré de opinión —aclaró en un tono mortal. Sus ojos como dagas parecían querer taladrarme la cabeza. Yo solo sonreí de nuevo, dejándola desconcertada.

—Eso ya lo veremos —susurré después de que se había marchado.

Capítulo 2

Han pasado cuatro días desde que Jan me dijo que no en la cafetería, y cada día le he insistido. Su respuesta era siempre la misma: un sencillo y tajante no.

Pero hoy es el día en que dirá que sí, estoy casi seguro de ello. La novena es la vencida. ¿O es la décima?

Llegué antes de tiempo a álgebra, la única clase que compartimos, porque sé que ella es muy puntual, y quiero hablar con ella antes de que el día haya terminado.

Estoy parado fuera en las escaleras, mirando el cielo nublado y sintiendo el aire con olor a humedad despeinar mi cabello, cuando escucho llegar al atrofiado auto de Janelle. Se estaciona junto al mío, frente a un árbol lleno de pájaros, y puedo sentir que es una mala idea que lo deje ahí, pero no digo nada.

—Hola —la saludé con una sonrisa.

Ella me miró un segundo antes de poner los ojos en blanco.

—Piérdete, Parker —dijo mientras me chocó su hombro contra mi brazo. No pude evitar sonreír ante su intento de agresión.

Corrí para alcanzarla y caminé a su lado, hasta que llegamos al salón vacío.

—¿Ya te disté cuenta de que no me daré por vencido?

—Deberías hacerlo, es lo más conveniente para ti. —Dejó su carpeta en una silla y se alejó para ver los libros que hay en el pequeño librero al otro lado del salón. Aproveché la soledad y su distancia para estudiarla sin miedo a que alguien me descubra.

Llevaba un pantalón corto negro, y unas botas negras también, de estilo militar según parece. Traía una blusa suelta pero corta, que dejaba ver una pequeña franja de su espalda. Cuando se estiró para alcanzar un libro en un estante más arriba, su blusa se elevó hasta casi sus costillas, dejando al descubierto su pequeñísima cintura. Estoy casi seguro de que mis manos podrían rodearla completamente si lo intentara.

Al ver que aún no puede alcanzar el libro, decidí terminar con su sufrimiento y me acerqué a ayudarla. Me pegué completamente a su espalda, sintiendo su trasero contra mí, y ella dio un respingo. Se volvió rápidamente, pero yo no di marcha atrás, por lo que su pecho estaba contra mis costillas.

Elevó su mirada a la mía, y detrás de sus anteojos, pude notar por primera vez que sus ojos son de un color verdoso muy extraño. Parecen tener un poco de café y morado también, un color muy peculiar. Definitivamente, los ojos más bonitos que he mirado en mi vida.

Parece ser que pasé mucho tiempo mirándolos, porque ella frunció el ceño y me empujó, haciéndome dar un paso atrás.

—¿Me vas a ayudar a bajar el libro, o te vas a seguir restregando contra mí? No me intimidas, Parker

Era gracioso ver cómo elevaba su barbilla tercamente, y su naricilla espolvoreada con pecas apuntándome. Tomé su nariz entre mi pulgar e índice, y la sacudí un poco, haciéndola enojar aún más. Me dio un manotazo y se alejó unos cuantos pasos de mí

—Está bien —dije—, bajaré tu libro, con una condición.

Ella entrecerró sus ojos en mi dirección, pero no dijo nada, esperando a que continúe. Tomé aire y lo solté en forma de suspiro.

—Sal conmigo.

—No. —Su rápida respuesta me causó gracia, y solté una enorme carcajada.

Empezaron a llegar más alumnos, por lo cual no pude seguir hablando con ella.

Cuando Marcus entró y me vio mirándola tratar de alcanzar el libro, me dio un codazo en las costillas.

—¿Aún no acepta? —Se sentó a mi lado y yo suspiré.

—No, aún no, pero lo hará pronto, ya le dije que no aceptaré un no por respuesta. —La miré durante un par de segundos más, cuando una duda asalto mi cabeza—: ¿Y qué es lo que voy a ganar cuando acepte?

—Si es que acepta... —me recordó y me miró de reojo unos segundos, acrecentando mi expectación—... hare que Molly deje de molestarte, de una vez y para siempre.

Lo miré con incredulidad. Molly era casi igual de persistente que yo y no me la imaginaba cediendo a mí, era más terca que una mula.

Marcus ha de haber notado mi cautela en cuanto a creerle porque sonrió y con mucha confianza, dijo:

—Créeme, tengo maneras infalibles de hacerlo.

Era tal su seguridad que termine creyéndole. Lo que significaba insistir aún más

—¿Y qué pasa si pierdo? —pregunté, solo para estar informado.

Marcus sonrió malévolamente.

—Necesitaré tu ayuda para conseguir a una chica.

¿Necesitaba mi ayuda con una chica? Bueno, eso era nuevo. Asentí.

—Cuenta con ello.

Cuando me giré a verla, ahí estaba el chico nuevo que la había abordado en la cafetería, ayudándola a bajar el libro. Ella ni siquiera lo reconoció. Le dio un pequeño asentimiento en forma de agradecimiento y se sentó en su lugar, esperando a que llegara el profesor.

Dios, esto sí que iba a resultar divertido

Cuando terminó la clase, me dirigí a mi auto, y vi a Janelle contemplando a su auto manchado de suciedad de pájaro. Traté de reprimir mi risa, pero no lo logré y ella se giró para fulminarme con la mirada.

—¿Te parece gracioso? —me espetó. No esperaba mi respuesta y se subió a su auto, al igual que yo en el mío.

Cuando logré encender mi coche, coloqué mi mochila en el asiento trasero junto a mi guitarra, y luego ajusté el retrovisor. Me giré un poco para ver la parte de atrás mientras di marcha en reversa. Cuando salí y empecé a avanzar, miré a Jan con su frente recargada en el volante, y me detuve.

Esta es una oportunidad que definitivamente no pienso desaprovechar.

Me bajé de mi auto, que dejé detrás del de ella, y me acerqué a su ventanilla. Toqué tres veces, y ella levantó su rostro del volante para mirarme. Después de un par de segundos, bajó la ventanilla lentamente.

—¿Qué? —Su agresividad siempre me causa gracia y es inevitable reír

—Vaya, uno pensaría que serías más amable con las personas que tienen intención de ayudarte.

—Déjame, Parker, no necesito tu ayuda.

Metí la mano por la ventanilla y abrí la puerta.

—Hazte a un lado, déjame ver qué le sucede al coche.

Jalé una palanca debajo del volante, y el cofre del auto se elevó. Lo abrí y vi que el motor estaba viejo y oxidado. Hice un sonido de desaprobación mientras ella salió a mi lado para contemplar el coche.

—¿Qué le pasa? —Lucía angustiada, por lo que me imaginé que no tenía otro medio para transportarse.

—Tu coche ha pasado a una vida mejor, nena.

Gimió lastimosamente y se sentó en la acera.

—Sabía que esto pasaría cuando lo compré —se quejó, y por primera vez, vi su consternación y tristeza en vez de esa máscara fría y enojada que siempre tenía puesta.

—¿Entonces por qué no compraste otro coche más... nuevo?

Sus labios se curvaron hacia abajo, y me dio un extraño impulso por hacerla sentir mejor. Me acerqué a ella y me senté a su lado.

Pasamos un tiempo sentados sin decir nada, solo viendo cómo se iba despejando el estacionamiento de estudiantes.

Las vacaciones de verano empezaban en dos semanas, y los profesores empezaban a faltar en estos últimos días, por lo que solo teníamos una clase o dos al día.

Nos quedamos en silencio tanto tiempo, que olvidé que le he hecho una pregunta hasta que ella me respondió.

—No podía permitírmelo —susurró. Se quitó sus anteojos para limpiarse las lágrimas que se iban acumulando y regando por sus mejillas, y me los dio a cuidar—. Te juro que, si le dices a alguien que me viste llorar, te arrancaré las pelotas y las meteré por tu garganta.

Y de nuevo, sonreí. Pude ver sus increíbles ojos por un segundo, sin la barrera que presentaban sus gafas, antes de que ella me las arrebatara y se las colocara de nuevo.

—No lo dudo, pequeña.

—No me llames así. No me llames nena, pequeña, bebé o de cualquier otro modo degradante que se te ocurra.

Arqueé mi ceja y la miré fijamente.

—¿Degradante? —Después de unos instantes, asentí—. Está bien, pero acepta salir conmigo.

Elevó su mirada al cielo y suspiró.

—Está bien.

Me tomó dos segundos darme cuenta de que había aceptado, y la miré con la boca abierta.

—No me mires así, ¿no es lo que habías querido desde un principio? Pero de una vez te advierto que, si tratas de propasarte conmigo, te voy a...

—...arrancar las pelotas, ya, lo capto. No sé por qué tardaste tanto en aceptar. Quiero decir, soy guapo, carismático, y toco la guitarra. ¿No es lo que toda chica quiere o algo así?

Sus ojos se iluminaron y giró su cuerpo para así quedar frente a mí.

—¿Tocas la guitarra? ¿Por qué no lo dijiste antes? Hubiera dicho que sí desde un principio.

La miré cauteloso.

—Vamos a ver si entiendo: si te hubiera dicho que tocaba la guitarra desde la primera vez que te invité a salir, ¿hubieras dicho que sí?

Tuvo la decencia de sonrojarse un poco.

—Bueno, tal vez no hubiera dicho que sí inmediatamente, pero lo hubiera pensado. —Se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y yo resoplé.

—Sí, claro.

Otra vez silencio. Vi cómo ella se retorció a mi lado incomoda, parecía querer decir algo, pero no se animaba

—Suéltalo —dije en un suspiro. Ella me miró un rato, y luego tomó aire.

—¿Qué te parece salir el sábado, dentro de dos semanas?

La miré sin poder creerlo, y antes de decir que sí, me di cuenta que para ese entonces ya habría pasado el mes de la apuesta.

—¿No podría ser antes? —pregunté.

Ella arrugo la nariz y sacudió su cabeza.

—Es el único día que tengo libre...

—¡Vamos! Prometo llevarte a todos los lugares que necesites, recuerda que ya no tienes un auto.

Enterró su cara entre sus manos, sus codos recargados en sus rodillas, y alcancé a escuchar un suspiro.

—Okey, pero necesito que empieces hoy.

—¿Empezar a qué?

—Empezar a ser mi chofer —dijo, y luego hizo lo impensable: sonrió.

Capítulo 3

Dos días después yo estaba completamente anonadado por todo lo que hacía Jan, sin siquiera descuidar sus estudios.

Me enteré de que trabajaba por las noches en un hospital de niños con cáncer, tenía un título en enfermería que había sacado estudiando en línea, y trabajaba también en la cafetería los fines de semana para poder ahorrar más dinero. Además de eso, daba tutorías a los chicos que iban mal en la escuela.

Me había dicho que estaría como voluntaria en el hospital, si no fuera porque de verdad necesitaba el dinero. Y, aun así, dijo que apenas podía llegar a fin de mes.

Ahora entendía por qué siempre estaba de mal humor. Yo también lo estaría si estuviera rodeada de muerte casi todo el tiempo, y si el dinero se me escurriera entre los dedos como si no fuera más que arena.

A dónde se iba todo el dinero que ganaba era todo un misterio, pero no quería presionarla por información cuando apenas me estaba dejando entrar.

Definitivamente ella era la mujer maravilla, o algo parecido, para poder hacer todas esas cosas tan organizadamente.

—Entonces dices que, para despejar X , ¿tengo que pasar todo lo demás al otro lado de la ecuación haciendo la operación contraria? —pregunté mientras masticaba un bocado de mi hamburguesa.

Jan se había ofrecido a darme lecciones gratis de matemáticas, álgebra, y todas aquellas materias en las que me iba mal, como pago por ser su chofer.

—Sí, mira, ¿ves que este siete está sumando? Lo vas a pasar restando. ¿Y este 4 que está dividiendo? Lo vas a pasar multiplicando. —Estaba sentada a mi lado, su brazo pegado al mío, y me señalaba los números y letras en la hoja de ejercicios, explicando lo que tenía que hacer.

—Ya veo... —La verdad es que no entendía nada, pero se miraba tan entusiasmada que no quería defraudarla diciéndole que todo esto era demasiado complicado para mí.

—¿Ves? Es fácil. —Mordisqueó una papa y chupó la sal de sus dedos.

Habíamos pasado por unas hamburguesas antes de que tener que llevarla a su turno en el hospital, y fuimos a su pequeño departamento, el cual quedaba a dos manzanas del mío. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Entonces, ¿qué harás mañana después de tu turno en la cafetería? —Tomé un sorbo de mi soda, y la miré quitar ese mechón rebelde de su rostro por quinta vez consecutiva.

—No lo sé, iré a visitar a Dean al hospital. —Se encogió de hombros despreocupadamente y paré la hamburguesa a medio camino hacia mi boca.

—¿Dean? —pregunté. Ella no me había contado nada sobre ningún Dean. ¿Acaso era su novio doctor, y solo había accedido a tener una cita conmigo porque la llevaba a todas partes? Por alguna razón, este pensamiento me molestó bastante.

—Sí, Dean. Y tú vendrás conmigo, con tu guitarra y todo.

Me relajé un poco. No me llevaría a conocer a su novio, ¿o sí?

Cuando vi caer el mismo mechón en su rostro otra vez, me acerqué y lo puse detrás de su oreja, demorando mis dedos un poco más de lo necesario en la tersa piel de su mejilla. Me di cuenta de que un sonrojo empezó a subir por su cuello y me eché hacia atrás, orgulloso de poder causarle algo así.

—No te creía de esas que se sonrojan —me burlé.

Ella me fulminó con su rostro aún un poco rojo, y no pude evitar notar lo bonita que era.

—No soy de esas, solo... hace calor, supongo.

Sonreí.

—Si eso te ayuda a dormir por las noches...

Me golpeó con su hombro y vi cómo se elevaba una esquina de su boca casi imperceptiblemente. Era la segunda vez que la veía sonreír, si contabas eso como una sonrisa.

El sábado a las cuatro yo me encontraba estacionando mi carro fuera de la cafetería cuando la vi salir casi volando por la puerta, y antes de poder apagar mi coche, se subió.

—¡Vamos! —me miró emocionada, sus ojos brillantes tras sus gafas y sus mejillas coloradas por el calor.

—Vaya, yo estoy muy bien, gracias por preguntar —dije sarcásticamente mientras salía en reversa.

—¿Trajiste tu guitarra? —preguntó, retorciendo sus manos sobre su regazo.

—Justo detrás de ti, corazón. ¿Esto cuenta como una cita? —La escuché resoplar a mi lado mientras se ajustaba el cinturón.

—No me llames así, ya te dije. Y no, no es una cita.

La miré durante un momento muy largo, para hacerla sentir incómoda, y ella me sostuvo la mirada unos segundos antes de desviarla fuera de la ventana. Sonreí triunfante.

Cuando llegamos al hospital, ella colgó su tarjeta de trabajadora en mi retrovisor, para poder estacionarnos en uno de los espacios para el personal.

—Aquí es donde ponía a Honey —dijo melancólicamente

—¿Honey? —pregunte incrédulo—. Oh, Dios mío, por favor, dime que no nombraste así a aquella chatarra.

Me golpeó en el pecho.

Fuerte.

—¿Algún problema con eso? —Me dio una de sus miradas de muerte, por lo que levanté las manos en forma de rendición—. Así me gusta. —Elevó su terca naricilla pecosa, y camino frente a mí, guiándome por los pasillos hasta detenerse frente a una puerta. Vi cómo aspiraba aire, y lo contenía unos segundos antes de soltarlo como un suspiro. Abrió la puerta y entró, yo justo detrás de ella, con la guitarra colgando en mi espalda.

En una cama se encontraba un niño, de no más de doce años, recostado con los ojos cerrados, su ceño fruncido con dolor. Su cabeza desprovista de cualquier rastro de cabello, al igual que el lugar donde deberían estar sus cejas. Me acerqué un poco más y pude ver su piel pálida, que hacía resaltar las pecas en su rostro. Ella se acercó y se sentó en el borde de la cama con mucho cuidado de no despertarlo. Levantó su mano y acarició el rostro del niño con infinito cuidado y ternura.

Me sentí como un intruso en esa conmovedora escena, por lo que retrocedí lentamente hacia la puerta. Cuando alcancé el pomo, una maquina junto al niño empezó a emitir pitidos, Jan la alcanzó y tocó un botón rojo. Un par de segundos después, una voz salió de la máquina, preguntando qué pasaba.

—Se ha acabado —respondió Jan a la voz.

¿Qué es lo que se acabó? Estudié la máquina y vi que tenía una vía intravenosa conectada al pecho del chico. Supuse que la bolsa con el líquido amarillento debía ser un suero o algo así, y este se había terminado.

—Enseguida voy —dijo la voz.

Después de un momento, un hombre atractivo de no más de veinticinco años entró a la habitación sonriendo. Inmediatamente me cayó mal.

—Hola, Jany, ¿cómo estás? —preguntó Sonrisitas.

—Bien, aquí de visita —contestó sin despegar la vista del pequeño niño, y sin dejar de acariciarlo—. ¿Como lo ha estado haciendo?

—De maravilla. Es todo un luchador, ya lo sabes.

Ella asintió y a continuación sacudió suavemente al niño por su hombro.

—Dean, despierta —susurró.

Los ojos del niño revolotearon abiertos, y esbozó una sonrisa adormilada. Su mirada era del mismo color misterioso que los de Janelle.

Sonrisitas colocó una nueva bolsa amarilla en el soporte, y salió de la habitación despidiéndose.

—Jany, viniste.

Desde la distancia pude ver cómo los ojos de ella se llenaban de lágrimas, mientras que los de él brillaban con alegría.

—Claro que vine, campeón, y traje a un amigo que toca la guitarra, como tú. —Le sonrió con dulzura al niño mientras le daba un golpecito en la nariz, y él le devolvió la sonrisa. Se giró un poco en la cama y me hizo una señal para que me acercara. Cuando estuve a su lado, los ojos del niño se abrieron bastante y miró de Jan a mí varias veces.

—¿Es tu novio, Jany? —preguntó, y no pude evitar reír. Janelle se puso colorada y negó vehementemente con la cabeza, pero antes de que pudiera decir algo coloqué mi brazo sobre sus hombros.

—Así es, amiguito —respondí.

Él rio y aplaudió emocionado dando saltitos en su cama. El aire salió de mis pulmones cuando Jan me dio un codazo y me miró enojada.

—¡Genial! —dijo mirando a Jan, luego me miró a mí y después a mi guitarra—. ¿Me tocas una canción?

—Claro que sí, ¿cuál quieres?

—¿Sabes la de Someone's watching over me?

Me daba vergüenza admitir que sí sabía la canción de Hilary Duff, pero si es la que él quería, no me quedaba otra opción, ¿o sí?

Asentí mientras quitaba la guitarra de mi espalda, y la colocaba en la posición correcta para empezar a tocar los acordes.

—Jany, ¿me cantas por favor?

Elevé mi mirada para encontrar la de Jan, que se miraba torturada.

—¿No quieres otra canción mejor? —dijo con su voz un poco quebrada. Él negó lentamente, y luego ella suspiró—. Está bien.

Me miró y asintió para decirme que empezara a tocar. Después de los primeros acordes, ella empezó a cantar, y me quedé impresionado por la voz angelical que tenía. Su tono melodioso y la emoción con la que cantaba me pusieron la piel de gallina y, por más que lo intenté, no pude apartar mis ojos de ella.

La canción hablaba sobre ser fuerte, no darse por vencido aun cuando las cosas se pongan feas, creer en ti mismo sin importar lo que diga la gente y sobre alguien que te cuida desde el más allá.

Cuando terminó la canción, Dean estaba dormido, y a Jan le corrían lágrimas por las mejillas.

—Jany —susurré, estirando mi brazo para tocarla.

Ella negó con la cabeza y se apartó de mi toque. Se cernió sobre Dean, lo besó en la cabeza y luego salió de la habitación.

—Adiós, amiguito —murmuré antes de seguirla.

El camino de vuelta a su casa fue muy tenso. Ella miraba por la ventana, y mi cabeza era un hervidero de preguntas, y suposiciones. Quería decirle tantas cosas, y que ella me aclarara las dudas que tenía, pero se miraba tan desolada que no podía entrometerme en su vida personal.

—Cantas hermoso —le dije, y vi la pequeña sonrisa que se formó en sus labios.

—Gracias —susurró sin mirarme.

Pasamos otro momento en silencio antes de que fuera interrumpido por su voz llena de incertidumbre:

—¿Que harás mañana temprano? —Me miró a los ojos y yo me encogí de hombros.

—No lo sé, ¿por qué? ¿Necesitas que te lleve a algún lado? —Esquivé a un ciclista que estaba demasiado abierto en la calle. Lo iban a atropellar si no tenía más cuidado.

—No, no es eso, es que yo... —Su voz se fue apagando y se interrumpió.

—Dime. —No quería sonar tan mandón, pero ella tenía que terminar la frase.

Soltó un suspiro.

—Mañana no trabajo y quería saber si deseas venir a desayunar, como agradecimiento por todo lo de hoy y los días pasados.

—¿Me estas invitando a una cita? —Sonreí como el gato Cheshire

—¿Qué? ¡No! No es una cita, es solo un desayuno de agradecimiento —soltó nerviosa.

—A mí me suena mucho como una cita. —Tengo que admitir que su indignación era muy linda.

—Que no es una... ¡bah! Piensa lo que quieras.

Reí. Cuando llegamos a su casa, ella bajó rápidamente y se recargó en el marco de la ventana.

—Mañana a las ocho. Sé puntual.

—¿A las ocho? ¿Qué clase de persona se levanta a esa hora un domingo? —exclamé horrorizado.

—Yo. Si no quieres venir no lo hagas, yo puedo comer panqueques sola.

—Ya, me has convencido, mañana a las ocho. Más te vale que tengas preparado el café. —
Encendí mi coche de nuevo y ella puso los ojos en blanco. Le arrojé un beso y ella me mostró el
dedo medio.

Y de nuevo, sonreí.

Capítulo 4

—¿Podrías por favor bajar los ingredientes? Están en la primera puerta a tu izquierda —me dijo Jan, mientras ella buscaba los utensilios necesarios para preparar el desayuno—. Olvídalo, mejor lo haré yo, tú busca un recipiente en las puertas de abajo.

Ella se estiró en las puntas de sus pies para alcanzar la pequeña puerta de la alacena, y la blusa que llevaba se elevó un poco, para revelar un pedazo de su espalda baja... ¿tatuada? Me acerqué rápidamente, y levanté su blusa, para revelar un tatuaje que decía: «Rendirme nunca fue una opción».

—¿Qué rayos haces? —me preguntó una muy enojada Jan, mientras se daba la vuelta y daba un manotazo para que soltara su blusa.

—Yo solo... ¿Por qué tienes un tatuaje? —le pregunte, aún consternado. Si ella me hubiera dicho que tenía un tatuaje, yo no le habría creído, pero viéndolo directamente, es como... inesperado. Estaba pasmado.

—Porque quise hacerme uno —dijo sin darle mucha importancia, mientras seguía bajando los ingredientes de la alacena.

—¿Y tiene algún significado?

Repentinamente se tensó, quedándose muy quieta por un par de segundos, antes de seguir como si nada.

—No realmente, solo quería una frase que me hiciera parecer una luchadora.

Sonreí ante su declaración.

—Te hubieras tatuado algo más original, como «Propiedad de Derek Parker» o algo así —dije en tono juguetón.

Ella soltó un resoplido, muy impropio de una chica.

Prendí la estufa y calenté el sartén, mientras ella mezclaba los ingredientes en un tazón.

—No soy tuya, Parker, lo sabes —replicó burlona.

Mi pecho desinflándose de nuevo por el recordatorio.

—No por falta de intentos, créeme —mascullé.

Ella bajó la velocidad de sus movimientos, y sacudió la cabeza, con las esquinas de sus labios hacia abajo.

—Solo me has invitado a salir, no es como que me hubieras pedido ser tu novia o algo así. Además, no tienes derecho a presionarme. Créeme, te estoy haciendo un favor tratando de mantenerme alejada lo más posible de ti.

Hice una mueca, no gustándome la triste expresión que plante en su bonito rostro.

—Tienes razón, yo... lo siento.

Nos quedamos en silencio mientras terminábamos de preparar el desayuno. Dispusimos los platos y cubiertos, y nos sentamos a desayunar.

Cerré los ojos e hice un profundo sonido de satisfacción cuando un pedazo suave y esponjoso tocó mi lengua, el panqueque deshaciéndose en mi boca. Abrí los ojos y encontré a Jan, estudiándome con una esquina de su labio elevada, mientras ella masticaba su desayuno.

—Buenos, ¿no crees?

—¿Buenos? Son los mejores malditos panqueques que he comido en la vida —dije con mis cejas elevadas.

Su risa retumbó desde su pecho, y mi cuerpo reaccionó instintivamente al ver sus ojos iluminados tras sus gafas, y los perfectos dientes blancos entre esos carnosos labios rosas. No creo que ella supiera qué tan bonita se miraba sonriendo.

Me quedé quieto un momento, no gustándome a donde se dirigían mis pensamientos. ¿De dónde rayos había salido eso?

Caímos en un silencio que me estaba poniendo de los nervios, por lo que decidí terminar con él.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así?

Se encogió de hombros ligeramente y miró su plato mientras cortaba otro pedazo.

—Tuve que aprender a cuidar de mí y de mi hermano cuando era pequeña, así que ya te imaginaras. El pobre tuvo que probar muchos de mis brebajes misteriosos y nunca... —su voz se quebró un poco, pero mantuvo la compostura antes de concluir—: él nunca se quejó.

Su tono melancólico no se me pasó por alto. Estaba suponiendo que se refería a Dean. Aunque ella no me había dicho que eran hermanos, el parecido entre ellos era inconfundible.

En un momento de valentía, me atreví a preguntar:

—¿Supongo que Dean es tu hermano?

Cuando ella asintió, proseguí:

—¿Qué es lo que tiene?

Inspiró profundamente y empezó a jugar con el tenedor y su plato. Por un momento pensé que no diría nada, pero luego lo soltó de golpe:

—Empezó como osteosarcoma fase 4. —La verdad es que no sabía lo que era eso, pero se escuchaba muy mal. Como si pudiera leer mi mente continuó—: Es cáncer en los huesos; en la rodilla, para ser exactos.

Me quedé pasmado.

—¿Cuántos años tiene? —susurré.

—Once —sollozó y me aparté de la silla para abrazarla. Llegué a su lado y ella se arrojó en mis brazos, estrujándome fuerte. Sus fuertes sollozos sacudieron su pecho, y mi camiseta se fue mojando por sus lágrimas, pero no me aparté—. Daría lo que fuera por estar en su lugar, cualquier cosa porque él no sufriera —siguió diciendo, su voz amortiguada por mi pecho.

Como yo no sabía qué decir, simplemente acaricié su cabello y besé su cabeza. La arrullé en mi regazo hasta que sus desesperados sollozos se calmaron, y simplemente quedaron pequeños hipidos. Sentí esa opresión en el pecho que aparecía cada vez que miraba a una chica llorar, solamente que esta vez con más intensidad.

Su cara estaba apoyada en mi pecho, y los dos nos encontrábamos tumbados en el suelo, yo sentado y ella sobre mis piernas, las cuales se estaban durmiendo. Elevó su rostro, hasta que nuestras bocas quedaron separadas por centímetros solamente. Su aliento bailando en mis labios cuando soltó un suspiro tembloroso.

—Gracias —susurró, y en aquel momento, quise besarla como nunca antes había querido otra cosa.

—Sal conmigo en una cita —dije serio.

Ella me miró a los ojos y ha de haber visto mi anhelo porque se apartó un poco y sonrió tristemente.

—¿Quieres aprovecharte de que estoy vulnerable, no es así? —bromeó.

Reí nerviosamente y me pasé una mano por el pelo, mientras que la otra la tenía curvada alrededor de su cintura.

—¿Funcionó? —pregunté.

Ella sacudió su cabeza y yo suspiré resignado.

—No me conoces.

—Pues permíteme hacerlo.

Me miró a los ojos intensamente y luego respondió:

—Está bien.

Cuando me fui de su casa, casi al anochecer, sabía más de ella que cualquier otra persona. Me sorprendía saber que aún seguía estando cuerda después de tantas cosas por las que había pasado.

Me enteré que su papá había sido el socio mayoritario de una empresa de telecomunicaciones muy famosa, que quebró cuando ella tenía once años, un par de meses después de que su hermano había nacido.

Su padre, en la desesperación de no poder mantener a su familia, prefirió suicidarse dos años después, y su madre se hundió en tal depresión, que se descuidó y se dejó morir ese mismo año, varios meses más tarde.

Siendo una niña de trece años y con un hermano pequeño de dos, se fue a vivir con su tía, la hermana de su madre. Empezó a trabajar en lo que pudiera y ahorra el dinero para sus estudios, mientras su tía cuidaba a su hermano en casa.

Cuando ella cumplió los catorce, su tía enfermó de gravedad y sus ahorros fueron gastados en su tratamiento en vano, porque murió un par de meses después, dejándolos solos en el mundo y con un montón de deudas, ya que su tía puso el lugar a nombre de ella antes de morir.

Un año después, la contactaron desde una institución de crédito, diciéndole que tenía un fondo fiduciario a su nombre, por alrededor de 25 mil dólares, dinero que solo podía manejar un tutor. Al encontrarse sola, tuvo que esperar hasta cumplir los dieciséis para que pudiera manejar el dinero en su cuenta.

Cuando hubo pagado todas las deudas, aún quedaba una buena cantidad de dinero que pensaba guardar para ir acumulando intereses, pero entonces sucedió otra desgracia.

Tras una caída en bicicleta, su hermano empezó a sufrir fuertes dolores en la rodilla que después de un mes no cesaron, sino que se volvieron más intensos. Lo llevó a un doctor a que le hicieran pruebas solo para descubrir que tenía un cáncer de hueso muy avanzado, y que había pocas probabilidades de que se salvara. Pero 4 años más tarde, después de varias operaciones, quimioterapias, medicamentos, y transfusiones de sangre, su hermano aquí sigue, lo cual le da a ella muchas esperanzas.

La mujer más fuerte que he conocido nunca, esa es ella.

Tengo este extraño sentimiento de querer encerrarla en una burbuja donde no pueda sufrir más, donde pueda encontrar la paz y el alivio que tanto parece necesitar, donde pueda ser completamente feliz.

Dios sabe que ella lo merece.

Capítulo 5

—Ey, hombre —dice Marcus en el teléfono—, ¿ya conseguiste que acepte salir contigo?

—Uf, si supieras que fue ella la que me invito a una cita. — Eso no era del todo cierto, pero él no tenía por qué enterarse.

—¿Qué? No te creo, ¿en serio?

Reí ante su desconcierto.

—Es verdad, amigo, fue la semana pasada. —Ya había pasado una semana desde que me había dejado entrar en su vida y que me contó toda su historia, y no había pasado ningún día sin que nos viéramos.

—Ah, demonios, ¿entonces me toca batallar con la loca de Molly?

—Así es, mi estimado amigo —contesté. Me sentí aliviado de saber que ella ya no me molestaría, ahora sería problema de él

—Bueno, solo hablaba para hacerte saber que me iré de vacaciones con unos amigos a la playa. ¿No quieres venir?

La verdad era que no, prefería pasar mis vacaciones con la pequeña agresiva que con un montón de idiotas borrachos.

—No lo creo, esta vez me quedaré aquí —le dije.

Pasó un momento en silencio hasta que escuché su suspiro.

—¿Estás bien? Últimamente ya casi no hablamos...

—Estoy perfecto —lo interrumpí—. En todos los sentidos.

—Ya se me hacía mucho que no sacaras a relucir tu gran ego. Un día de estos te va a explotar la cabeza —me regañó y yo resoplé.

Hablamos un par de minutos más, antes de que tuviera que empezar a hacer su maleta y luego colgó.

Me levanté de la cama y me dirigí a la cocina para prepararme un café, cuando mi teléfono empezó a sonar de nuevo. «¿Ahora que quería?» Regresé a mi habitación y contesté el teléfono sin ver quién llamaba.

—¿Qué? —dije secamente, pensando que era Marcus de nuevo.

—Ahm yo... ¿habló en mal momento?

Mi interior se volvió cálido cuando escuché su voz.

—Hola, pequeña, no es mal momento, solo pensé que eras alguien más.

Escuché su suspiro de alivio.

—Que bien, porque quería pedirte un favor

—Tú dirás. —Caminé de nuevo a la cocina y me senté en uno de los taburetes con una tonta sonrisa en mi rostro.

—Quería saber si quieres acompañarme otra vez a visitar a Dean. —Se escuchaba nerviosa. Podía imaginarla retorciendo sus dedos en su regazo y arrugando su nariz, como hace cuando no está segura de algo o está nerviosa.

—Me encantaría

—¿Sí? Genial. Pasa por mí a las 4. —Y colgó sin esperar mi respuesta.

Dos minutos después me llegó un mensaje:

De: Jan «Después del hospital me llevaras a una cita. Báñate.»

A las 4 de la tarde estaba estacionado frente a su departamento, y me encontraba bastante nervioso. Respiré profundamente y me bajé del auto. Cuando llegué a su puerta, toqué, aunque ella me había dicho que podía pasar sin avisar. Abrió la puerta y yo me quedé en shock.

¿Recuerdan cuando dije que ella era bonita en una manera sencilla, y que no es de las que hace caer mandíbulas? Bueno, eso fue antes de verla arreglada.

Llevaba una pequeña falda negra que dejaba ver bastante de sus muslos bien formados, una blusa de tirantes de satén dorado bastante ajustada y con un escote profundo —aunque decente—, su cabello castaño claro liso suelto sobre los hombros, y lo mejor de todo, no anteojos. Sus ojos, con un poco de rímel y delineador que hacían resaltar ese hermoso color, y su boca de un color rosa claro, que solo me provocaba morderla. Estaba espectacular con sus tacones negros que la hacían lucir un poco más alta de lo normal.

No sé cuánto tiempo estuve comiéndomela con los ojos, pero supongo que fue bastante considerando cómo ella se ponía roja de la vergüenza.

—Ya, si no te gusta me cambio.

Me acerqué un poco y le besé la mejilla.

—¿Que si no me gusta? ¡Mírate! Estás... hermosa.

Ella sonrió apenada y yo la seguí viendo con la boca abierta.

—No puedo creerlo. —Sacudí mi cabeza aún incrédulo.

—Ya, para, me estás haciendo sentir incomoda —dijo, colocando un mechón detrás de su oreja.

—Lo siento pequeña, solo es que... ¡Guau!

Rodó sus ojos y sonrió

—Vamos. Dean nos está esperando.

Hoy fue un buen día para Dean. Estuvo despierto bastante tiempo y nos contó sobre los otros niños que había en el hospital y las películas que las enfermeras le ponían a ver. Me hizo tocar un par de canciones las cuales Janelle cantó, y él quiso tocar también algunas en la guitarra. Pero después de un tiempo se miraba cansado y decidimos que ya habíamos estado suficiente tiempo y debíamos dejarlo descansar.

—¿Entonces no vas a ir? ¿Por qué no?

Acababa de explicarle a Jan cómo es que había rechazado la invitación de Marcus de pasar las vacaciones en la playa y ahora ella estaba diciendo que me había vuelto loco.

—Porque no quiero estar rodeado de ebrios que hacen puras estupideces. —Me encogí de hombros—. Además, prefiero pasar tiempo contigo, eres más divertida.

Sus ojos brillaron y estiré mi mano sobre la mesa para colocarla sobre la suya.

La había llevado a un pequeño local donde vendían pizza, la cual podías pedir con tantos ingredientes como tú quisieras. Era acogedor con sus paredes de ladrillo y la música baja de fondo. Nuestra mesa se encontraba junto a una gran ventana, tenía un mantel de cuadros verdes y rojos, y una larga vela blanca en el centro.

Por la expresión de Jan al entrar, supe que le había gustado tanto como a mí, pero la pizza fue aún mejor.

—¿De verdad prefieres pasar el tiempo conmigo? — preguntó con el ceño fruncido. Aún no había soltado su mano, y no pensaba hacerlo por un buen tiempo.

—Claro que sí, ¿no te lo he demostrado estas últimas semanas?

—Eso es porque me prometiste ser mi chofer —me recordó.

Me retorcí un poco en mi asiento, y luego suspiré.

—Sí, bueno, tal vez al principio fue porque ya me había comprometido a ser tu chofer, pero empecé a disfrutar de tu compañía, y estoy seguro que tú también lo haces.

Asintió sin quitarme los ojos de encima, y su mirada se volvió pensativa. Entrecerró los ojos y luego preguntó:

—¿Porque me invitaste a salir? Y quiero que me digas la verdad.

Quité mi mano de la suya y me enderecé. Sentí que la sangre escapaba de mi rostro. ¿A qué mujer le gustaría enterarse de que la invitan a salir por solo una apuesta?

—Me gustas —dije, tratando de sonar lo más convincente posible

—No me mientas —siseó. Sus ojos brillaron con enojo y (debo admitir) me asusté

—Ya, bueno, pero no te vayas a enojar. —Tomé aire y le conté—: Aposté con Marcus a que podía hacer que aceptaras salir conmigo a cambio de que el hiciera que mi exnovia dejara de molestarme.

No habíamos establecido eso en un principio, pero no le estaba mintiendo. Me miró por lo que parecieron eones y luego suspiró y asintió.

—Entiendo. —Su mirada cayó a su plato y terminó con el pedazo de pizza que aún quedaba.

Me di una palmada mental por ser tan idiota.

—Oye, no te enojas, por favor —dije suavemente.

Ella levantó la mirada y sus ojos tristes me partieron el corazón. Sonrió temblorosamente y negó con la cabeza.

—No estoy enojada. De hecho, lo comprendo, porque ¿de qué otra manera invitarías a salir a alguien como yo? —Se puso de pie y se dirigió rápidamente al baño.

¿Alguien como ella? ¿A qué diablos se refería? Solté un suspiro y tiré la servilleta sobre el plato.

Esta chica me iba a volver loco.

Capítulo 6

El camino de regreso a su casa lo hicimos en un silencio muy tenso.

Después de que salió del baño en el restaurante, nuestra conversación no tomó ningún rumbo, por lo que decidimos que era hora de terminar con la tortura.

Odiaba saber que la había herido, prefería mil veces que se enojara conmigo y me mirara con odio, pero ser el objetivo de sonrisas tristes y miradas heridas era más de lo que podía soportar.

Cuando llegamos a su departamento, apagué el carro y nos quedamos quietos ahí sin decir nada ni intentar salir. Estaba pensando en qué podría decirle para disculparme cuando ella giró su cuerpo hacia mí y me miró, su máscara fija nuevamente en su lugar. Yo sabía que se estaba cerrando a mí de nuevo y saber eso me decepcionó.

—Mañana viene Lora a dejarme su coche prestado, se irá de vacaciones en tres días y me dijo que lo dejaría para cualquier cosa que necesitara así que... —Hizo un ademán para restarle importancia a su declaración y desvió su mirada por fuera de la ventana, su cabeza apoyada en esta...ya no es necesario que me llesves a todos lados, has cumplido con tu misión. —Me miró entonces, y sonrió forzadamente.

—¿Quieres decir que...? —Me sentía un poco aturdido. ¿De verdad creía ella que había pasado todo el tiempo posible a su lado solo por obligación?

—Quiero decir lo que dije, que ya no tienes por qué gastar tu tiempo siendo mi chofer, te he liberado de tu deber. —Levantó las manos al aire y luego las dejó caer impotentemente—. Puedes mantener tu orgullo intacto por haber cumplido con tu palabra.

Suspiré frustrado y me pasé la mano por el cabello.

—Jany, yo...

—No me digas así, por favor. Solo mi hermano y mis amigos me pueden decir así —me cortó. Bueno, si eso no era una forma de decir «vete a la mierda», entonces no sé qué más podría ser.

Asentí enojado y encendí el coche, diciéndole sin palabras que se bajara del coche. Ella lo hizo, pero antes de que pudiera arrancar, abrió la puerta de nuevo.

—Solo quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí y solo... gracias —terminó susurrando. Su tenue sonrisa esta vez sí era sincera y me odié por la forma en que reaccionó mi cuerpo al ver el contorno de sus pechos sobre el escote tan favorecedor de su blusa ajustada.

Asentí con la mandíbula apretada y agarrando el volante con fuerza.

—Si ya es todo, tengo cosas que hacer —dije cortante, pero ella ni se inmutó. Cerró la puerta de mi auto y aceleré sin perder el tiempo

¿Quién se cree que es para despacharme, así como así? Como si me estuviera despidiendo de un trabajo. Que se vaya a la mierda. Sabía que ha pasado por muchas cosas malas en su vida, pero eso no le daba el derecho a tratar mal a la gente. «Aunque tú heriste sus sentimientos primero, es lógico que ella quiera protegerse.» La voz en mi cabeza me estaba volviendo loco con sus lógicas respuestas a preguntas no formuladas, por lo que trato de acallarla subiendo el volumen de la radio lo más alto posible.

Locked out of heaven sonaba en la radio y yo la cantaba a todo pulmón, lo que hizo que recuerde la hipnotizante voz de Jan.

Apagué la radio.

Al llegar a mi departamento, el cual no estaba muy lejos del de ella, decidí que sería mala idea quedarme en casa. La noche aún era joven y las clases casi terminaban, por lo que había una fiesta en cada esquina, casi. Mi lugar debería ser en una de esas fiestas, y como nuestros departamentos estaban en área universitaria, concluí que sería buena idea caminar.

Salí al aire fresco —pero húmedo— de la noche, y empecé a caminar, escaneando las fiestas para poder encontrar alguna que llamara mi atención. Pasé por un par de calles y luego me detuve de golpe.

En una casa se veía una piscina llena de chicas medio desnudas. Y cuando digo medio me refiero a desnudas de la cintura para arriba, o sea, sin la parte superior del bikini.

Sonreí. Justo la distracción que necesitaba.

Gemí lastimosamente cuando traté de rodar sobre mi costado en la cama. Dios, mi cabeza parecía ser aporreada por un martillo y mi garganta se sentía como si hubiera tragado papel de lija con vidrios incrustados. ¿Cuánto bebí anoche?

Cuando logré rodar un poco, sentí un cuerpo cálido a mi lado y abrí un ojo para cerrarlo inmediatamente por el resplandor de la luz.

El cuerpo ronroneó a mi lado y su brazo abarcaba mi cintura. Sus pechos suaves y cálidos se presionaron en el mío y no pude evitar reaccionar en la manera que lo hago. Soy un hombre después de todo.

Cuando logré abrir mis ojos me arrepentí por lo que vi. Una chica menuda, de labios rosas y carnosos con pecas en la nariz y las mejillas me miró seductoramente por debajo de sus gruesas pestañas. Sus ojos sesgados eran verdes y su largo cabello castaño estaba desparramado por las sábanas y almohadas.

—Hola —susurró.

Tal vez ayer no me di cuenta por la gran cantidad de alcohol, pero justo entonces estaba claramente consciente del gran parecido que tenía con...

—Mandy —susurré.

Ella rio quedamente y se pegó un poco más a mí, abriendo los ojos cuando notó mi dureza contra su vientre desnudo. Se sonrojó y no puedo dejar de notar lo ridículo que era que se avergüence después de que hemos tenido sexo.

—Mindy —me corrigió con una sonrisa coqueta.

Su mano se deslizó por mi pecho y bajó hasta llegar a mi excitación, rodeándola y apretando un poco. Jadeé y ella sonrió triunfante, por lo que yo también coloqué mi mano entre sus piernas hasta hacerla lloriquear.

Así pasamos parte de la mañana, alejando mis pensamientos del lugar al que no quiero que vayan, y luego se marchó, dejándome sentir culpable.

«Dios, ¿qué he hecho?»

Los siguientes días los pasé en un estado constante entre culpa y enojo. Culpa por haber sido un cabrón con Jan y acostarme con una chica que me recordaba a ella, y enojo porque ella también se portó como una bruja conmigo. Lo que debía hacer era sacarla de mi sistema, pero ¿cómo hacerlo?

Me había dejado entrar en su vida, había confiado en mí para contarme su historia y presentarme a su hermano, y yo lo arruiné todo simplemente por no tener tacto al decir las cosas. Pero ahora ella lo sabía y era una preocupación menos de que se fuera a enterar por alguien más.

Ahora lo único que tenía que hacer era ganarme su confianza de nuevo, demostrarle que puedo ser un buen amigo, porque... Dios, la extrañaba demasiado, extrañaba pasar todo el día con ella y hacerla enojar, ver cómo se arrugaba su pequeña naricilla cuando decía algo desagradable, o cómo me miraba por debajo de sus pestañas como si quisiera aniquilarme cuando contaba un chiste malo.

Sé que teníamos apenas un par de semanas de pasar tiempo juntos, pero cada segundo había sido divertido y no solo eso, sino que también había sido provechoso.

Había aprendido más en las últimas semanas que en todo lo que duró el semestre, y todo se lo debía a ella.

Apenas habían empezado las vacaciones y yo ya sentía que me iba a volver loco aquí solo. Necesitaba hacer algo fructífero, algo valioso y productivo, no solo salir por ahí a ligar o pasármela de fiesta en fiesta como es costumbre.

Necesitaba sentir que podía ser digno de una amistad como Janelle, así que me resolví a ir a su lugar para disculparme y... no sé, supongo que cuando la tuviera de frente podría decirle todo lo que necesitaba sacar.

Me levanté de mi cama, donde había pasado la mayor parte del tiempo estos últimos tres días, fui a la cocina y tomé las llaves del auto que estaban sobre la mesa. Me dirigí a mi auto, y en el último instante tomé la decisión de ir caminando, de todas maneras, no se encontraba lejos.

El día estaba nublado, otra vez, y disfruté del clima, sabiendo que en cualquier momento podría llover, aunque no me quejaba. En realidad, yo amaba la lluvia, era relajante y me hacía sentir en paz.

Recordé que cuando era pequeño me sentaba en la ventana contemplando la lluvia caer, o a veces solamente cerraba los ojos y la escuchaba mientras comía galletas hechas por mi madre o por mi abuela.

Mis pensamientos se dispersaron cuando llegué frente a la casa de Jan, y la encontré sentada en la acera viendo hacia el frente. Sus ojos se miraban lejanos y supe que estaba sumida en sus pensamientos, como yo hace unos momentos.

Caminé un poco más y luego me senté a su lado. Parecía no ser consciente de mi presencia a su lado, y cuando la miré fijamente, noté sus ojos rojos e hinchados tras las gafas, y las mejillas manchadas por lágrimas.

—¿Estás bien? —pregunté tentativamente.

Ella no me miró, pero pude ver como empezaba a temblar.

—Lárgate, Parker —susurró temblorosa y nuevas lágrimas empezaron a caer por sus mejillas.

Me acerqué aún más y la abracé. Ella no se resistió por lo que la coloqué en mi regazo como aquella vez que me invitó a desayunar.

—Shh, ya estoy aquí, pequeña, todo va a estar bien —traté de consolarla, mientras acariciaba su cabello y besaba su frente, y luego el dique se abrió y ella empezó a llorar.

Capítulo 7

Después de unos minutos en los que la dejé desahogarse y mojar mi camiseta libremente, sus lágrimas cesaron y ella recobró la compostura. Empezó a alejarse de mí, pero la retuve por la cintura, diciéndole sin palabras que aquí estaba para ella.

—¿Quieres contarme qué es lo que pasó? —Seguí acariciando su espalda, su mejilla apoyada en mi hombro, y mi barbilla sobre su cabeza. Podía sentir su aliento en mi cuello y me tranquilicé cuando me di cuenta de que ya no trataba de alejarse de mí. Algunos mechones escapaban de su coleta siempre desordenada y se pegaban en su rostro o volaban hasta el mío.

—Mandaron a hacerle más pruebas —susurró, y yo me tensé. Sabía que no tenía buenas noticias por la forma en la que estaba llorando cuando la encontré—. Hubo metástasis en los pulmones y...

—Lo siento, pequeña, pero no te sigo... —la interrumpí.

—¡Se expandió! ¡El maldito cáncer se expandió a sus malditos pulmones y a todos sus malditos órganos! —gritó mientras se ponía de pie y nuevas lágrimas caían por sus mejillas. Por un momento no me pude mover y ella cayó sobre sus rodillas en la mitad de la calle, tapando su cara con sus manos tratando de amortiguar sus sollozos en vano.

En momentos así era cuando uno se sentía impotente. El saber que no puedes hacer nada por ciertas personas... te parte el corazón, pero también te hace ver la vida desde nuevas perspectivas.

Me puse de pie para llegar a su lado y levantarla de nuevo en mis brazos. Me puse en cuclillas y coloqué un brazo por detrás de su espalda y el otro por debajo de sus piernas. La levanté con una facilidad que me sorprendió bastante. Se sentía mucho más liviana. ¿Cuánto peso puede perder una persona en tres días? La llevé dentro de su apartamento y la coloqué en el sillón, mientras iba a prepararle una taza de café.

—¿Cuándo pasó todo esto? —pregunté suavemente mientras le entregaba la taza. Me senté frente a ella, en la pequeña mesa de café.

Ella dio un pequeño sorbo y luego me miró.

—El domingo después de que dejáramos a Dean. Me dejaste y ellos... me llamaron y no sabía... —Su barbilla empezó a temblar de nuevo por lo que me acerqué y puse la taza sobre la mesa junto a mí.

—A ver, tranquilízate un poco. —Cuando lo hizo, continué —: ¿Por qué no me llamaste?

La mirada que me lanzó fue suficiente respuesta.

—Estaba molesta contigo, estaba dolida, era obvio que no iba a recurrir a ti.

Solté un suspiro

—Mira, Jan, la apuesta la hice antes de saber por todo lo que pasabas. Yo solo pensé... que eras así por... no sé. Solo pensé que así era tu actitud. Jamás me imaginé que detrás de toda esa seriedad hubiera una historia tan triste, y quiero que sepas que te admiro. Admiro tu fuerza, tu valor, todo de ti, y que me gustas.

Sus ojos, antes fijos en su regazo, se elevaron bruscamente para encontrarse con los míos.

—Me gustas mucho, toda tú. Me gusta pasar tiempo contigo y hacerte enojar, me gusta que trates de enseñarme álgebra aun cuando no entiendo nada, me gusta que te sonrojes cuando te digo bromas subidas de tono, me gusta cuando acomodas tus gafas al resbalarse por el puente de tu nariz, me gusta cómo arrugas tu pequeña nariz al estar concentrada, o cómo inflas tus mejillas cuando te aburres. —Me acerqué un poco más, mi trasero en el borde de la mesa, y tomé sus manos entre las mías —. Me gustas, de verdad, y creo que yo también te gusto. Solo te pido que no me alejes por una cosa que hice mal, porque te prometo que puedo hacer cien cosas bien para compensarte, y si eso no te parece suficiente, dime tú qué es lo que deseas, prometo que haré todo lo posible por cumplirlo. —Respiré profundamente sin quitar mis ojos de los suyos, tratando de convencerla de que me dejara quedarme en su vida.

Después de una eternidad, ella asintió tímidamente.

—Está bien —dijo mientras retiraba sus manos de entre las mías. Se puso de pie, tomó la taza a mi lado y caminó a la cocina. La seguí, y me senté en un taburete mientras ella enjuagaba su taza —. Pero tú sabes que no tengo paciencia, y te juro que si haces una sola cosa mal...

—No lo haré —la interrumpí.

Ella giró para enfrentarme y luego sonrió cálidamente.

—Bien, porque de verdad odiaría perderte. En estos últimos días, me di cuenta de que... —su tono descendió, cerró los ojos y tomó una profunda respiración—. ...te necesito, más de lo que me gustaría. Te volviste mi pequeño oasis en medio del desierto. Eres mi única alegría en la triste vida que tengo. Tú y Dean son mis soportes, y probablemente no soportaría perder tu amistad justo ahora, eso terminaría por volverme loca. En tan poco tiempo te convertiste en mi mejor amigo, y no sabes cuán agradecida te estoy por eso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente, y vi cómo las quitaba con desesperación. Yo sabía que no le gustaba llorar, pero me alegraba saber que se abría lo suficiente conmigo como para permitirse demostrar sus emociones. Seguramente preferiría sacarse un ojo antes de dejar que alguien más la viera derramar una lágrima. Este pensamiento me hizo sonreír.

—Ven aquí, pequeña —dije abriendo mis brazos.

Ella prácticamente corrió a ellos y me sentí feliz.

—No me llames así, Parker. —Sonreí.

—Cállate, sabes que te encanta.

Soltó una risita, y mi estómago saltó. Hacerla reír era uno de los más grandes placeres de mi vida. Al igual que ella, yo también sentía que los días con Jan a mi lado, eran más fáciles de sobrellevar, aun cuando yo no tenía ningún problema tan malo como los que ella sufría. No me imaginaba cómo de tranquilizador y relajante era para ella tener a alguien con quien desahogarse y poder quitarse la máscara, ser ella misma, no tener que pretender ser alguien que no es.

La retiré un poco con mis manos en sus hombros, y por primera vez vi las manchas oscuras bajo sus ojos, y sus mejillas un poco más hundidas.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —pregunté no muy seguro de querer saber la respuesta.

Ella miró hacia sus zapatos y respondió en voz tan baja que casi no la escuché.

—El sábado.

Un gran enfado me recorrió y tuve que tomar una gran respiración antes de hacer o decir algo de lo que me arrepintiera.

—Vamos —dije tomando su mano y llevándola a la mesa del comedor—. Te prepararé algo de comer.

—¿Por lo menos sabes cocinar? —preguntó inocentemente.

—No. —Su gemido torturado me hizo reír—. Hubieras pensado en eso antes de pasar tanto tiempo sin comer. Siéntate, no quiero que te vayas a desmayar o algo, mi espalda me duele y no quiero tener que cargarte nuevamente.

—¿Me estás diciendo gorda? —preguntó dolida mientras se sentaba frente a la mesa.

—No seas ridícula, eres casi un palillo. Apuesto a que puedo abarcar tu cintura con una mano.

Ella resopló y me sacó la lengua. Tras esto, me giré y dispuse a cocinar algo sencillo.

—Tengo que admitir que te quedó delicioso —dijo mientras masticaba una albóndiga. ¿Quién hubiera pensado que sería tan agradable ver comer a una mujer hambrienta? Era la segunda porción que terminaba de espagueti con albóndigas, y la segunda vez que dejaba el plato casi limpio.

—Yo tengo que admitir que te ves sexy con la boca llena de salsa de tomate.

Despegó la mirada del plato, y me miró con sus ojos muy abiertos. Un bonito sonrojo cubrió su cuello y rostro hasta las puntas de las orejas.

—Lo..., lo siento —tartamudeó.

—Yo no, es muy agradable ver cómo aspiras la comida — bromeé.

Sus ojos se estrecharon y dejó el cubierto en el plato con un sonido molesto.

—Hoy mi turno empieza a las cinco —cambió de tema, lo cual me divirtió.

Descansé mis brazos en el borde de la mesa y la miré, una sonrisa jugando en mis labios.

—¿Quieres que te lleve?

—No es necesario, recuerda que Lora me dejó su auto. — Limpió su boca con una servilleta y luego me miró fijamente—. Estaba pensando en que saliéramos mañana antes de que empiece mi turno. A comer, tal vez, si eso está bien para ti.

—Lo estoy deseando —dije mirándola seductoramente.

Ella puso los ojos en blanco y luego miró hacia la pared.

—Mierda —soltó mientras salía corriendo de la habitación. Dos minutos después regresó vistiendo su uniforme de enfermera el cual consistía en una enorme blusa y unos pantalones igual de grandes azules con estampados de ositos—. Se me hizo tarde, te veo mañana a las dos.

—Adiós, cariño —grité cuando escuché la puerta azotarse y fui hasta la entrada para observar cómo encendía el auto.

Me miró por el retrovisor mientras salía a la calle y le soplé un beso, el cual ella respondió enseñando el dedo medio de nuevo y no pude evitar reír.

«Dios, cuanto me gustaba estar con ella.» Y eso era peligroso por muchas razones.

Capítulo 8

—Buenos días, rayito de sol —canté cuando Jan contestó su teléfono.

Eran apenas las siete de la mañana de un jueves en vacaciones, y yo me encontraba más despierto que un adicto al crack con síndrome de abstinencia.

Su gruñido al otro lado de la línea me dijo que la había despertado y por alguna razón esto se sintió muy íntimo.

—Maldita sea, Parker, más te vale que tengas una buena razón para despertarme a las... — escuché como se revolvía entre las sabanas—, ¿siete de la mañana? ¿Qué estás loco? Juro que te voy a arrancar la cabeza cuando te vea, maldito. Apenas y he logrado dormir tres horas.

Hice una mueca de dolor al escuchar su voz cansada. Ciertamente, yo era un maldito desconsiderado. No había pensado en que ella saldría tarde de su turno en el hospital, y que fue por eso que me invitó a comer, no a desayunar. En mi mente solo habían estado presente las ganas de volver a estar con ella.

—Lo siento, pequeña, yo como... que me olvidé que salías muy tarde.

Su chillido de irritación hizo que despegara el celular de mi oreja. Vaya, esa chica sí que sabía cómo gritar. Me preguntaba cómo gritaría cuando nosotros... «Basta, Derek, no dirijas tus pensamientos en esa dirección, solo terminarás tomando una ducha fría o con la visita de tu fiel amiga al final de tu brazo.»

—Más te vale que tengas una buena razón por la cual haberme despertado tan temprano —
ladró.

«Piensa rápido.»

—¡Sí! Yo, eh... quería invitarte el desayuno.

El silencio gobernó la línea por un largo momento que me hizo contener el aliento.

—Te quiero aquí en quince. Entra sin tocar y prepara el desayuno en lo que yo vuelvo a dormir.
Despiértame cuando esté todo listo.

«Mandona.»

—Claro, cielo, como tú digas —dije sarcásticamente, pero ella ya había colgado.

Veinte minutos más tarde, me encontraba en la cocina de la pequeña ogro, y como no sabía exactamente qué le gustaba, preparé tostadas con azúcar y canela molida, huevos revueltos, tocino y hasta exprimí un poco de jugo de naranja.

Después de servir en platos y colocarlos en la mesa, fui en busca de su habitación. Estaba pensando en alguna manera divertida de despertarla, como arrojarle un vaso de agua, o gritar mientras brincaba sobre ella, cuando encontré su cuarto.

Su puerta estaba entreabierta y sus piernas desnudas eran la única parte de su cuerpo que se asomaban bajo las sábanas, así que caminé de puntillas tratando de hacer el menor ruido posible y me acerqué a su lado. Había decidido despertarla con una palmada en el trasero, por lo que saqué las sábanas completamente de su cuerpo y me congelé.

Estaba recostada boca abajo con los labios ligeramente entreabiertos, una mano sobre su cabeza y la otra retorcida incómodamente debajo de su vientre. Llevaba puesta una enorme camiseta negra que alcanzaba a cubrir hasta la mitad de su muslo. No sabía si agradecer o maldecir por eso. Su largo cabello liso se encontraba enmarañado sobre su rostro y parte de su almohada. Se miraba tan cómoda que por un momento pensé en dejarla descansar y desayunar yo solo.

Pero luego recordé cuánto me gusta molestarla y supe que eso no iba a pasar. Retrocedí dos pasos, elevé mi mano y tomé vuelo para poder impactarla con mayor fuerza. El sonido de mi mano chocando con la carne de su trasero fue casi tan fuerte como el ardor que sentí justo después, o como el grito que ella soltó después de retorcerse en la cama. «Buena manera de espantar el sueño.»

Cuando ella logró ponerse las gafas que había dejado en el buró junto a su cama y me vio agarrando mi mano lastimada, rápidamente se puso de pie.

—Ahora sí te voy a matar —siseó, con una mirada seria, un segundo antes de saltar de la cama y empezar a perseguirme alrededor de la casa.

Tomó alrededor de cuarenta minutos el rodear la mesa del comedor para convencerla de que no me amputara un brazo o me sacara los ojos. No solo tuve que deshacerme en disculpas y casi rogarle que no cortara mis bolas, también tuve que prometerle que la ayudaría a limpiar el desorden que tenía en el pequeño patio trasero. Accedí porque, bueno, no puede ser tan malo limpiar el patio con tu mejor amiga.

«Alto ahí.»

¿Mejor amiga? ¿De dónde había venido eso? Sí, ella me había dicho que yo era su mejor amigo, pero... no lo sé. El título de mejores amigos conllevaba una gran responsabilidad por ambas partes y... Oh, a quién engañaba, era la única chica con la que pasaba tiempo de buena gana y con la que no había tratado de acostarme. Aún. «Por favor, Derek, no echas a perder esto.»

Después de que llevé a Jan a que devorara el delicioso desayuno que le preparé, nos sentamos en el sillón y conversamos un rato sobre todo y sobre nada, y debo admitir que me sentí increíble por poder hacerla reír tan libremente.

—En serio, cuando salió del baño tenía este pedazo de papel colgando por detrás de sus pantalones. Fue un poco vergonzoso, pero nadie se atrevía a decir nada y el pobre pasó el resto de la noche con el papel flotando detrás de él —le conté.

Ella estaba roja por tanto reírse de la humillante experiencia que mi amigo Marcus sufrió en nuestro primer año de universidad.

—No puedo creerlo. —Seguía riendo incontrolablemente. Era gracioso ver cómo sostenía su estómago que dolía por las estridentes carcajadas que emanaban de ella. Cuando logró establecerse un poco, habló de nuevo—: ¿Durante cuánto tiempo lo torturaron con eso? —preguntó sonriendo

En mis labios se fue formando una sonrisa perversa.

—Digamos que nadie lo ha olvidado todavía. —Sacudí mi cabeza sin dejar de sonreír—. Todo el primer año sufrió bromas por parte de los estudiantes mayores, pero en el tercer semestre, después de que encontraron a Mike y Charlotte haciéndolo en las gradas del campo de fútbol, su incidente fue reemplazado y olvidado. Menos por mí, claro está.

—Sí, recuerdo lo de Charlotte. Pobrecilla, era una gran muchacha, aunque un poco fácil. — Negó lentamente con su cabeza y luego se despezó—. Bueno, vayamos a limpiar el patio antes de que tenga que irme a trabajar. —Se levantó del sofá y se dirigió a su habitación.

Me arrepiento de haber pensado que esto no iba a ser una tortura. Digo, no había tantas cosas para recoger o tirar, pero la humedad en el aire era casi insoportable si no fuera porque las nubes seguían reacias a marcharse ya hubiera muerto de deshidratación.

Y además estaba el asunto de la ropa de Jan. ¿Por qué diablos se había puesto solo unos shorts y la parte superior de un bikini? Podría ser su mejor amigo, ¡pero no era ciego, por el amor de Dios!

—Ya deja de mirarme y ayúdame a tirar esto —dijo mientras metía la basura dentro de una gran bolsa negra.

Su cabello claro lo llevaba recogido en un moño desordenado y los mechones sueltos se le pegaban con el sudor al rostro. Tenía una mancha de suciedad en la mejilla y podía ver el pequeño riachuelo que corría entre el valle de sus pechos.

Me acerqué refunfuñando y empecé a meter más basura dentro de la bolsa, teniendo una clara vista de su parte frontal. Justo cuando estaba empezando a tener una reacción un poco incómoda ante la estimulación visual que me brindaba, su teléfono sonó. Suspiré agradecido por la distracción.

—¿Diga? —Su voz volvía a ser esa que utilizaba con todo mundo y la cual (estaba empezando a notar) ya no usaba tanto conmigo.

Su conversación seguía y ella solo hacia ruidos de aprobación mientras la persona al otro lado de la línea seguía hablando.

—Sí, bueno, gracias, Carter, nos vemos luego. —Colgó y luego me miró—. Hablaban del hospital para decirme que no es necesario que me presente hoy. —La mirada en sus ojos no podía ser nada más que alivio.

—¿Quiere decir que hoy no veras a Dean? Podemos ir solo de visita si deseas —sugerí.

Su mirada cambio rápidamente a culpa. «¿Culpa por qué? ¿No deseaba ver a su hermano?»

Suspiró largamente y luego me miró.

—Hoy no puedo —dijo sacudiendo su cabeza. Su cuerpo empezó a temblar levemente y me acerqué.

—Ey, está bien, no tenemos que ir si no quieres. Podemos salir a algún lado o estar aquí, podemos hacer lo que quieras, ¿sí?

—Es que no entiendes. —Me miró con sus ojos llenos de lágrimas. Su barbilla empezó a temblar y una gota salada de aventuro a deslizarse por su mejilla—. Me siento como una perra. ¿Cómo no voy a visitar a mi hermano? Está enfermo, soy lo único que tiene y yo estoy aquí comportándome egoístamente solo porque me duele verlo en esa situación. Dolor que no se compara con el que él está sufriendo justo ahora.

Entendía su punto, pero no sabía cómo decirle que a veces está bien ser un poco egoísta, está bien pensar un poco en ti, en tu bienestar, porque si no vas a acabar derrumbándote bajo el peso de los problemas que te agobian.

—Ven aquí, pequeña. —Abrí mis brazos y ella aceptó la invitación de buena gana. Me encantaba que me dejara darle consuelo de esta manera.

Solo desearía que mis brazos pudieran protegerla del dolor que sentía también.

Capítulo 9

Tras el incómodo momento en el que Jan se dio cuenta de que mi pecho desnudo y el suyo eran separados simplemente por la fina barrera de su bikini, se limpió las lágrimas y se alejó de mí. Sus mejillas estaban rojas de la vergüenza y una risa se deslizó fácilmente por mi garganta.

—Oh, vamos, Jan, no es como si no hubieras visto a un chico sin camiseta antes. Estoy seguro de que has llegado a ver más de un chico que solo su pecho desnudo. —Sonreí ladinamente.

Si pensaba que sus mejillas no podían tornarse más rojas, me equivoqué. Pero no estaba seguro de si era por pena o enojo.

—No me digas que nunca has... Oh, Dios, ¿eres virgen? — pregunté estupefacto. No es que me molestara la idea de que nunca otro hombre la hubiera tocado, pero no podía creer que una chica llegara virgen a la edad de veinte años.

—¿Qué? ¡No! Yo solo... —Se quedó sin palabras. Se miraba como si estuviera en un callejón sin salida.

—Oh, vamos, Jan, dime la verdad. No te voy a juzgar si me dices que eres virgen o si te has acostado con cincuenta hombres al mismo tiempo. —Me miró con sus ojos entrecerrados.

—No soy virgen, pero tampoco me he acostado con tantos hombres, y menos al mismo tiempo, no seas ridículo, Parker.

—¿Entonces por qué tu reacción tan exagerada? Ah, ya sé. Me encuentras irresistiblemente atractivo, es eso, ¿no es verdad?

Su risa me divirtió, pude ver cómo se relajaba gradualmente.

—No, solo es que... —Me miró por el rabillo de su ojo—. Ha pasado mucho tiempo, y el chico con el que estuve no lucía... así. —Terminó señalando mi torso con un movimiento de su mano.

Mi ego se elevó bastante, cosa que, por cierto, no necesitaba.

—¿Ah, ¿no?

Sacudió su cabeza y acomodó sus gafas que se resbalaban por el puente de su nariz. Hizo una mueca y me miró a los ojos.

—No, teníamos apenas quince años, ¿ok?

¿Qué?

—Alto... aguanta un segundo. Me estás diciendo que... ¿hace cinco años que no te acuestas con nadie? —Mi cerebro estaba tratando de procesar esta información lo más rápido posible. Casi sentía cómo mis neuronas se freían.

Tal vez Jan no era la chica más bonita o sexy que conocía, pero... por lo menos debería haber un par de chicos decentes que anduvieran tras ella.

—Ya, no es para tanto. —Limpió la poca tierra que estaba aferrada en su vientre y no pude desviar la mirada.

—Pero...

Se dio la vuelta para entrar al departamento y empezó a caminar.

—Ya, Parker, déjalo.

—No puedo dejarlo. ¿En serio me estás diciendo que no ha habido algún chico por ahí interesado en ti?

Ella resopló y se volvió hacia mí.

—No he dicho tal cosa, solo dije que hace cinco años que no tengo sexo. Además, no es como si hubiera sido sexo de ese capaz de hacer temblar tu mundo. Solo fue... sexo.

La palabra sexo saliendo de sus labios repetidamente no debió de haberme afectado, pero lo hizo.

Vaya que lo hizo.

Aclaré mi garganta para hablar bien:

—Bueno... si alguna vez necesitas ayuda con eso, puedes... ya sabes, acudir a mí. Yo podría arreglar tu problema.

Puso los ojos en blanco y de nuevo empezó a caminar dentro. Cuando llegamos a la cocina, sacó una jarra de agua helada del refrigerador y nos sirvió dos vasos grandes.

Ah, beber agua fresca en un día caluroso cuando mueres de sed tiene que ser uno de los más grandes placeres de la vida.

—Aprecio tu oferta, pero no es necesario que te sacrifiques tanto por mí. —El sarcasmo goteaba de su voz.

—No lo tomes como un sacrificio, mejor piensa en él como... un favor. Ya sabes, como tu mejor amigo debo estar pendiente de tu bienestar y todo eso.

Me miró divertida.

—Lo pensaré.

—No te atrevas a jugar con mis sentimientos, Ferrati.

Su carcajada resonó por toda la habitación.

—Cállate —dijo con la sonrisa aun jugando en sus labios.

—Me gusta cómo te ves así.

—¿Así como?

Estábamos de nuevo recostados en su, ahora limpio, patio. Habíamos salido a comer como acordamos el día anterior, y paseamos un momento entre las calmadas calles que contenían los departamentos estudiantiles. Ahora que ya había atardecido y refrescado un poco, decidimos regresar a su lugar y ver películas, pero al último terminamos recostados en el césped platicando y viendo cómo se movían lentamente las nubes.

Bueno, la verdad es que yo la había estado viendo a ella mientras me explicaba los diferentes tipos de nubes que existen y sobre las tormentas meteorológicas y no sé qué más. Toda una nerd.

—Relajada, sin estar a la defensiva... se podría decir que feliz. —Ladeó su cabeza y me miro agradecida.

¿Agradecida?

—Un día sin estar rodeado de enfermedades y muerte puede relajar a cualquiera.

Me quedé pensando un minuto en esto.

—¿Y porque trabajas ahí? Quiero decir, sé que necesitas el dinero y que Dean está ahí, pero podrías encontrar otro trabajo que te pague bien y aun así visitarlo...

—No —me interrumpió—, tú no entiendes. No es solo un trabajo para mí, los pacientes y trabajadores... son como mi familia. He visto a mucha gente buena e inocente ser arrastradas por las garras de la muerte, y créeme, es doloroso cuando cada persona se lleva un pedacito de mi corazón, pero al mismo tiempo es hermoso. Es hermoso ver cómo, personas que están en el borde entre la vida y la muerte, son tan felices y positivos, entregan su amor incondicionalmente y yo hago lo mismo con ellos. Créeme cuando te digo que las personas más puras y buenas las he conocido ahí, ya sea que estén postrados en una cama o ayudando a los demás. La mayoría de los doctores, enfermeras, ayudantes de ahí no solo están porque es un trabajo bien pagado... están ahí porque sienten lo mismo que yo. Esa conexión tan... profunda. Soy afortunada de poder ayudar y conocer a tantas personas. —Suspiró.

Sus ojos no se habían alejado ni un segundo de los míos y pude ver cada emoción que pasaba por ellos. Dolor, amor, anhelo...

—Ver cómo las familias se mantienen unidas aún en las situaciones más difíciles me hace darme cuenta de que no todo en este mundo es tan malo, que aún en la oscuridad más profunda puedes encontrar una luz esperanzadora. —Su mirada antes perdida se enfocó en mí. Sonrió y luego dijo algo que hizo hinchar a mi corazón—: Y mi luz eres tú.

Me quedé unos segundos en silencio, y no sabía qué era lo que le transmitían mis ojos, pero su sonrisa se fue desvaneciendo lentamente, dejando una expresión de deseo en su lugar.

Si eso no era una invitación, entonces no sé lo que era, pero yo la tomé como tal. Me acerqué lentamente hasta que pude sentir su aliento en mis labios. Aún no la había tocado y ella ya empezaba a respirar pesadamente. Sus labios entreabiertos me pedían a gritos que los sellara con los míos. Un mechón de cabello estaba sobre su mejilla, y lo quité, colocándolo detrás de su oreja. Mi mano fue detrás de su cabeza, y la jalé un poco, hasta que nuestras frentes y narices se tocaban.

En lo único que podía pensar en ese momento era en lo mucho que quería besarla, lo quería más que nada en el mundo.

Y eso fue exactamente lo que hice.

Capítulo 10

Sus labios eran increíblemente firmes, suaves y tersos.

Y parecían estar sellados.

No sé si estaba asustada o simplemente no le gustaba mi beso, pero tuve que pasar un par de minutos besándola lentamente, solo toques ligeros para que se abriera y me dejara invadir su — oh, tan— dulce boca.

Cuando por fin separó sus labios y me dejó entrar con ese pequeño gemido de éxtasis, no pude controlar la reacción de mi cuerpo. Nuestro beso había empezado suave, y así es como traté de mantenerlo por un rato, pero fue aumentado de ritmo, más presión, más intensidad, más profundidad, incluso un pequeño toque de agresividad, y esto solo me hacía sentir más desesperado.

Ella había colocado sus manos en mi corto cabello marrón, sus dedos tirando de puñados de mi pelo y ese pequeño punto de dolor extrañamente me excitaba.

La besaba tan profundamente que me sorprendía no haberla ahogado aún. Quería impregnarme dentro de su alma, ser una parte intrínseca de ella. Quería que me necesitara tanto como yo estaba empezando a necesitarla, y traté de lograrlo en ese simple beso. Aunque el beso definitivamente no tenía nada de simple. Era de todo menos simple. Era dulce y agresivo, tierno y desesperado, calmado y excitante. Era un beso que la describía a ella perfectamente.

De algún modo terminé sobre ella besándola a profundidad, en esa posición podía alcanzar los lugares correctos haciéndola gemir y retorcerse entre mis brazos.

Mis caderas tomaron vida propia y empecé a mecarme contra las de ellas, y ella ha de haber entendido lo que quería porque sus piernas me rodearon y me jalaron, presionándome contra su punto sensible. Gimió profundamente.

—Derek...

Escuchar mi nombre salir por primera vez de sus labios fue un punto crucial para desatar mi libido. Mis manos, antes en su cabello, se movieron a sus costados acariciando los contornos exteriores de su pecho, sus costillas, hasta llegar a su pequeña cintura, la cual pude abarcar casi completamente con mis dos manos.

Uno de mis brazos pasó por debajo de su espalda baja y se enganchó en su cadera, jalándola para que la unión entre sus muslos chocara contra mi demasiado notable excitación. Mi mano estaba haciendo su camino por debajo de su blusa cuando sentí la primera gota caer en mi cuello, pero nada en el mundo podría lograr que me separara de esta chica en algún momento cercano. Ni siquiera el fin del mundo.

Bueno, eso tal vez sí. Tal vez.

Sus manos, antes en mi cuello, viajaban libremente por mi espalda, arañando, tirando, tratando de acercarme más. Podía sentir cómo se restregaba contra mí, haciéndome perder el control. Las gotas de lluvia empezaron a caer con más frecuencia, empapándonos en cuestión de minutos, pero aun así no podíamos detenernos.

Mis manos encontraron sus pechos cubiertos por el sostén y rompí el beso por un segundo, juntando nuestras frentes, para ver la silueta de mi mano bajo su blusa mojada. Respirábamos trabajosamente y mis dedos jugando con su pezón la hacían jadear y retorcerse, lo cual no aliviaba el problema que tenía dentro de mis pantalones.

—Jan... —gruñí, mi voz se escuchaba más ronca de lo normal, y ella se estremeció—. Por favor, pequeña, dime si quieres parar porque estoy casi en el punto de no retorno.

Ella sonrió un poco, una sonrisa fugaz en medio de un encuentro acalorado, y luego guio su boca a mi oreja, atrapando mi lóbulo entre sus dientes.

—No pares —ronroneó.

Y con eso fue suficiente.

La levanté rápidamente como si no pasara nada y retomamos el ardiente beso que habíamos pausado.

Era tanta mi desesperación que ni siquiera logré entrar al departamento, o por lo menos llegar a un lugar seco, antes de estrellarla contra el muro exterior de la casa y empezar a sacar su ropa.

Su cabello, antes en una coleta, estaba ahora suelto y pegado a su rostro, sus gafas se habían perdido en algún momento cuando nos revolcábamos en el césped, y su boca estaba roja por los besos salvajes.

Y se miraba hermosa.

Cuando logré sacarle la blusa y el pequeño short que llevaba, me quedé ahí contemplándola con nada más que su ropa interior azul. Mi pantalón de chándal parecía ahora una tienda de campaña, y miré cómo su vista se desviaba hacia abajo, al lugar donde mi reacción a su estado de casi completa desnudez era evidente.

—Dios mío, Janelle, no sabes lo que me gustaría hacerte — susurré.

Ella me miró a los ojos, y luego de nuevo a mi erección y sonrió seductoramente.

—Tengo una ligera sospecha.

—Listilla.

Me acerqué de nuevo y la aplasté contra la pared. Mis manos temblaban mientras se deslizaban por su espalda, buscando el broche de su sostén. Antes de poder desabrocharlo los malditos broches eran tan complicados, ella me empujó ligeramente en el pecho y rogué por qué no me fuera a detener.

—Espera... —susurró mientras yo besaba su cuello—. Yo estoy casi desnuda, y tú sigues completamente vestido, no es justo. —Su voz jadeante me hizo sonreír en el lugar justo bajo su oreja.

Ese asunto fue rápidamente arreglado. Saqué mi camiseta por mi cabeza y ella se quedó ahí devorándome con la mirada. Sus ojos vagaron por mi pecho, brazos, hombros y abdomen. Yo sabía que estaba en buena forma, me gustaba cuidarme haciendo ejercicio constantemente.

Respiro hondo y luego me miró a los ojos.

—No sabes cuánto me afectó verte sin camisa cuando limpiábamos —admitió, y me alegré de no haber sido el único teniendo una reacción por el otro.

—Al igual que tú me afectaste a mí, casi tanto como ahora —dije señalando la evidencia en mis pantalones.

—Vamos adentro —dijo justo antes de arrastrarme a su habitación

Llegamos a su cama y no perdimos el tiempo quitándonos el resto de la ropa. Mi cuerpo temblaba por la impaciencia de querer estar sobre y dentro de ella.

Se tumbó y esperó a que llegara a su lado. Me coloqué entre sus piernas, y justo cuando iba a entrar, me detuvo.

—¿Tienes un condón? —preguntó recobrando la cordura.

Me quedé pensando solo un segundo en esto, tratando de comprender lo que quería decir tras la neblina de lujuria que afectaba mi racionalidad, y luego me tumbé a su lado, cubriendo mis ojos con mi brazo y respirando pesadamente.

Siendo sincero, era doloroso estar en mi estado y no poder encontrar alivio inmediato.

—No, lo olvidé. No tenía pensado que ocurriera esto — confesé. Cuando miré por debajo de mi brazo, ella ya había cubierto su desnudez con una sábana.

—Bueno... yo tomo la píldora. Para regular mi periodo y eso, y pues... ya sabes que no he estado con nadie en mucho tiempo... —¡Sí, sí, síiiii! —, pero no sé tú...

Estaba a punto de decirle que no había estado con nadie en mucho tiempo, cuando recordé que apenas el día anterior había tenido sexo con Mandy o Mindy o.... como sea. Sí, habíamos usado protección, pero aun así me sentí culpable. ¿Que estaba mal conmigo? Deseaba a Jan, ella me deseaba, pero ¿iba a arruinar esto solo porque a mi conciencia se le ocurría hacer una aparición estelar, justo hoy?

—No he tenido sexo sin protección en mucho tiempo, pero... no quiero arriesgarme. —Estas palabras fueron las más difíciles que había tenido que pronunciar en mi vida. Decir que no a tener sexo con una chica, que no solo era hermosa y me deseaba, sino que también significaba algo para mí, era un asco

—Oh... —Su cara de decepción me hizo darme cuenta que no solo yo me quedaría sufriendo por nuestro momento de abstinencia, por lo que decidí tomar el asunto en mis manos. Me acerqué nuevamente a ella y quité la sábana de entre sus manos.

—No te preocupes, pequeña, te haré sentir bien.

Coloqué mi mano en su pecho y la empuje ligeramente hasta que quedó recostada en la cama. Abrí sus muslos y me ocupé de hacerla sentir bien con mi boca.

Después de verla retorcerse y oírla gritar sin pudor, mi carga estaba lista para volar, pero lo primero era hacerla sentir satisfecha, así que continué hasta que su sonrisa somnolienta me hizo sentir orgulloso de mis habilidades bucales.

Me miró por debajo de sus pestañas, parpadeo un par de veces y luego inocentemente, preguntó:

—¿Qué hay de ti? —La sincera preocupación que miraba en ella casi me hizo reír.

—No te preocupes, no es nada que no se pueda arreglar con una ducha fría. —O cien.

Mordió su labio inferior y luego me empujó para quedar sobre mí.

—Deja que me haga cargo —susurró a centímetros de mi cara. Empezó a bajar y antes de poder decirle algo, sentí su pequeña mano rodeándome.

Tal vez no hubiéramos tenido sexo en sí, pero había sido fabuloso y muy, muy satisfactorio.

Aunque quería más.

Estábamos en su cama, aún desnudos, y abrazados. Ella jugaba con el vello de mi pecho y yo con un mechón de su cabello, nuestras piernas estaban enredadas y su cabeza descansaba en mi hombro.

Se seguía escuchando caer la lluvia y era relajante. Me sentía muy bien, feliz y complacido.

—¿Esto no cambia nada, ¿no?

Me tensé. ¿A qué se refería?

—Creo que no te sigo —dije receloso.

—A nosotros, no porque hayamos hecho esto significa que somos algo más, ¿no? Es decir, solo somos amigos que pasaron un buen rato. Diría que no se va a volver a repetir, pero no confío en mí contigo alrededor.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté, dejando de jugar con su cabello.

Ella volvió su rostro hacia mí y besó mi barbilla.

—Sí —susurró.

—Bien, entonces, por mí no hay problema.

Ella sonrió.

Pero sí tenía un problema. Esto debió haberme aliviado, saber que no había presión de poner un título sobre nosotros, pero por alguna razón esto me dolió. Bastante.

Y eso me molesto aún más.

Capítulo 11

El día siguiente fue un recordatorio de nuestra última conversación:

«—Buenos días, amigo.»

«—¿Quieres desayunar algo, amigo?»

«—Eres el mejor amigo que pueda tener.»

«—Por eso eres mi amigo.»

¡Bah! Parecía más como si estuviera tratando de convencerse a ella misma de que no éramos nada más que amigos. Esa palabra me estaba empezando a volver loco. Amigo, amigo, amigo, amigo. Ya estaba perdiendo su significado.

Anoche, después de la conversación en la que me puso definitivamente en la friendzone, nos quedamos dormidos así en los brazos del otro, y déjenme decirles que despertar a su lado fue como una revelación. Viéndola ahí tumbada a mi lado luciendo como la mujer más frágil y vulnerable que he visto, despertó un deseo en mi interior de protegerla, cuidarla, hacerla feliz. Toda su vida, desde muy pequeña, se había dedicado a cuidar de otros. Su mamá, su tía, su hermano, sus pacientes, y jamás se había quejado acerca de esto. Es más, su vida consistía en eso precisamente. Ahora era su turno de ser cuidada. Y nadie mejor para hacer ese trabajo que yo.

—Entonces hoy tu turno comienza a las cuatro. Tenemos tiempo para comer algo, apenas serán las dos. —Estábamos sentados en el sofá viendo *Grey's Anatomy* (hablando de drama) y ella estaba en el lado opuesto que yo.

Si tanto decía y aseguraba que éramos amigos, ¿entonces porque se alejaba de mí? Las mujeres eran tan complicadas.

—¿Me escuchaste tan siquiera?

Estaba tan concentrada en la maldita televisión, que empecé a sentir celos. ¡Celos! Y de nada menos que una maldita serie. Estaba empezando a perder lo poco de cordura que me quedaba.

Me acerqué a su lado y le quité el control remoto antes de que pudiera siquiera pestañear.

—¡Ey, regrésame eso! —¿Les había comentado lo bonita que se miraba enojada?

—No, me estás ignorando y eso no me agrada para nada.

Hizo esa mueca donde arruga su naricilla y pone su boca como si quisiera un beso, lo cual me hacía querer besarla. Concéntrate, Parker.

—Está interesante —masculló irritada.

Entrecerré mis ojos hacia ella.

—Yo también puedo ser interesante si me dejas. —Juro que no lo decía con mala intención ni doble sentido, pero por la mirada que ella me lanzó supe que había tergiversado en su mente mis palabras para darles un significado diferente. Se mordió el labio inferior y su mirada adquirió un calor poco familiar, solo la había visto así una vez antes.

El día anterior.

Mi irritación fue reemplazada rápidamente por excitación y entrecerré mis ojos para que no pudiera notar cuánto me afectaba. Aunque con una sencilla mirada en dirección a mis pantalones se lo dejaría claro.

—Yo sé que sí —dijo pícaramente.

Puse los ojos en blanco y sonreí, no queriendo ceder a mis impulsos.

La próxima vez que tuviéramos un contacto sexual, fuera o no más profundo, sería porque ella había aceptado que éramos algo más que amigos. Me aseguraría que así fuera.

—Vamos a comer algo antes de que tengas que irte. Ven, te prepararé algo.

¿A qué chica no le gustaría que le dijeran eso? Ya fuera su amigo, novio o pretendiente, estoy casi completamente seguro de que es una buena forma para conquistarlas. Seguro que a eso no se pueden resistir. No era un gran cocinero, pero la intención es lo que cuenta, ¿no? Además, no es como si hubiera muchas mujeres que se me resistieran. Era agradable de ver y era carismático. Un chico guapo que las hiciera reír, ¿qué más podían pedir? Pero no. Existía esa chica que estaba tratando de resistirse a mí y, para mi mala suerte, era precisamente la chica que me traía loco y me hacía sentir cosas que no quería.

Después de un fallido intento para preparar lasaña y de que pedimos pizza, Jan se había ido a su turno en el hospital y yo regresé a mi lugar, donde me esperaba un gran desorden que no quería limpiar.

Justo cuando me había mentalizado para empezar a ordenar todo, mi teléfono sonó.

—Diga. —El número que aparecía en mi pantalla no estaba registrado en mis contactos, por lo que no tenía ni la mínima idea de quién podría ser.

—Hasta que por fin de dignas a contestar tu teléfono.

—Hola, mamá. —Según yo, ella y mi padre se habían ido de vacaciones a Bora Bora por su aniversario número veinticinco, pero parece que regresaron antes—. ¿Cómo te fue en tus vacaciones?

—Horrible. Para empezar, el vuelo se retrasó cuatro horas. Y luego de averiguar que una de mis maletas se perdió, en el hotel nos informaron que nuestra reservación no había sido registrada. Además... —Y así tuve que escuchar a mi quejumbrosa madre. Digo, la amo y todo, pero si elegí esta universidad tan lejos de casa fue para no tener que estar escuchando sus constantes quejas y sermones. Para eso estaba mi papá.

Después de treinta minutos colgó y yo me recosté en la cama. Solo había sido capaz de deshacerme de ella prometiéndole que los visitaría en un par de semanas, pero la verdad era que no quería ir. O más bien, no quería dejar a Janelle aquí y yo sabía que ella se negaría rotundamente a acompañarme. Tal vez solo fuera uno o dos días, pero de igual manera no quería dejarla sola. Demasiado tiempo sin mí le dejaría espacio para pensar y analizar nuestra relación, y conociendo a la sabotearía incluso antes de que empezara.

Ahora, con mi actitud de persona lista para limpiar evaporada, decidí ver un poco de televisión. No tenía ni dos segundos sentado cuando el teléfono empezó a sonar de nuevo. Número desconocido otra vez.

—Dime, mamá, ¿qué pasó ahora?

—Ey, hombre. —Ups, no era mi madre.

—Marcus, ¿cómo te la estás pasando en tu tercer día de vacaciones en la playa?

—¡Genial, amigo! No sabes de lo que te pierdes. Conecté con esta chica de la universidad, la amiga de la bajita enojona. —Supongo que se refería a Janelle.

—¿Con Lora? Bueno, eso no me lo esperaba.

—Sí, ella es perfecta. Para pasar el rato, digo. Y opina lo mismo que yo sobre no amarrarse a nadie en este momento. Diversión, sexo, alcohol y esas cosas.

—Sí, me alegro por ti.

—¿Y cómo va tu asunto con la gruñona?

Rodé los ojos y le conté un poco cómo iba mi asunto con ella. Claro, sin parecer demasiada nena.

Después de advertirme que ella me podía romper el corazón, como si eso pudiera pasar, me dijo que iría a buscar un poco de diversión con Lora y colgó.

Hablar con Marcus sobre Jan hizo que la extrañara un poco. «¿Cursi? ¿Dónde?» Así que me vestí y fui a darle una visita sorpresa.

Lo primero que hice cuando llegué al hospital fue buscar la habitación de Dean, ya tenía varios días sin verlo y me sentía mal por ello.

—Hola, campeón —dije cuando abrí la puerta y lo vi ahí acostado mirando por la ventana.

Me miró, pero el brillo en sus ojos y la sonrisa que siempre mostraba cuando íbamos a visitarlo nunca llegó. Tal vez fuera porque Jan no estaba.

—Hola —susurró. Desvió su vista de nuevo por la ventana y no me dirigió otra palabra. Por más que traté de iniciar una conversación con él, no contestaba más que con gestos y palabras monosilábicas.

Salí de la habitación tras decirle que luego regresaría y fui en busca de Jan. La encontré con Sonrisitas y él se miraba demasiado amigable con ella para mi gusto, aunque su expresión no era precisamente de alegría, parecía más... compasión.

Cuando colocó su enorme mano sobre el pequeño brazo de ella, di un paso hacia adelante involuntariamente. Ella estaba de espaldas a mí, así que no vio cuando me acerqué, y al parecer él no me reconoció porque no le tomó importancia a mi presencia.

—¿Que estás tratando de decir? —preguntó con voz temblorosa.

—Ese tratamiento ya no está funcionando en él, Jany. Hemos empezado a darle uno más fuerte que esperamos ataque las células cancerosas más rápido. Probablemente tome un par de meses...

—¿Y si no lo hace? —lo interrumpió, su voz rota.

Después de un espeso silencio, él simplemente se encogió de hombros y negó con la cabeza levemente.

Me acerqué rápido cuando vi que sus rodillas empezaban a fallar.

—Jany... —susurré.

Ella me miró, su rostro lívido y lleno de dolor. Su barbilla empezó a temblar y la tomé en mis brazos como siempre hacía cuando la miraba sufriendo.

—Llévatela —me dijo él—. No está en condiciones para seguir trabajando por hoy.

Asentí e hice lo que me dijo. La guíé por el pasillo que conducía a la salida con un brazo sobre sus hombros para estabilizarla, y justo cuando cruzamos las puertas hacia el estacionamiento, ella se derrumbó en el suelo y empezó a llorar.

Capítulo 12

Una semana pasó desde que le dijeron a Jan que Dean probablemente no lo lograría, y cada uno de esos días había sido completamente deprimente. Viéndola ahí luciendo como un zombi, con ojeras y ojos apagados, me estaba volviendo malditamente loco. Y lo que es aún peor, Jan había sido despedida de su trabajo como mesera.

El sábado siguiente a la noticia bomba, aparentemente, ella se había comportado un poco grosera con algunos clientes. Y no la culpo, quiero decir, ¿qué persona sería capaz de seguir su vida como si nada cuando sabe que una parte de ella está muriendo rápidamente y no hay nada que ella pueda hacer para impedirlo? Déjame decirte: ninguna.

Pero vamos, Dean era un chico fuerte y aun cuando en cada una de las visitas él había lucido un poco débil, su sonrisa había vuelto junto con sus ganas de vivir. La luz en sus ojos y la emoción en su voz cuando Jan y yo entrábamos en la habitación no tenía precio.

Ahora nos encontrábamos en mi auto, porque ella había descompuesto el de Lora, rumbo al hospital para visitar a Dean, y aún no sabía cómo decirle que me iba en dos días con mis padres. Estaba esperando el momento adecuado para decirle, pero nunca parecía correcto, por lo que decidí hacerlo de una vez.

—¿Jan?

Ella dejó de ver por la ventana para encontrarse con mi mirada. «Sus ojos.»

Desde aquella vez que terminamos revolcándonos en el césped y sus gafas habían terminado completamente aplastadas y rotas, ella había empezado a utilizar lentes de contacto, lo que me permitía admirar sus ojos más claramente.

He de haber permanecido mucho tiempo mirándola sin decir nada porque puso sus ojos en blanco.

—El semáforo acaba de cambiar a verde. —La sonrisa en su voz era inconfundible—. ¿Qué ibas a decirme? Digo, antes de que se te empezara a caer la baba mirándome.

—Ja, ja. Que graciosa eres, de verdad —dije sarcásticamente. A continuación, me puse un poco nervioso—. Yo solo... mi mamá me habló.

Ella arqueó su ceja y me miró confundida.

—Supongo que eso es bueno, ¿o me equivoco?

Llegamos al hospital y entré en el estacionamiento en busca de un lugar. Después de haberlo encontrado y puesto el coche ahí, lo solté.

—Me pidió que vaya a visitarlos el lunes.

El silencio en el auto era tan tenso que casi era palpable.

Cuando me arriesgue a echarle un vistazo, ella parecía a punto de romperse por la tensión.

—Me vas a dejar. —No era una pregunta.

—Solo por un par de días, Jany, volveré rápidamente, lo prometo.

Ella seguía mirándome y parecía enojada. Bastante, a decir verdad. Luego su enojo fue reemplazado por una profunda tristeza. «Dios, no es como si me fuera a mudar.»

—Te necesito, Derek, por favor, no te vayas —susurró con su voz quebrada y supe cuánto esfuerzo le había costado dejar salir esas palabras. Solo escucharla decir mi nombre en lugar de mi apellido me hacía querer darle todo lo que deseara.

Mi corazón se hizo pequeño en mi pecho y, literalmente, hice una mueca de dolor.

—Ven aquí —dije extendiendo mis brazos, pero por primera vez se negó a entrar en ellos.

Esperé varios segundos a que se acercara y cuando no lo hizo, me incliné y la jalé a mi regazo. No es que ella haya opuesto mucha resistencia de todos modos.

—Te haces la difícil, ¿eh? —susurré contra su pelo.

Escuché como sorbía y me golpeé mentalmente por ser tan idiota. «¿Que no ves que últimamente es una bola de hormonas sentimentales?» Sí, yo prácticamente era su pañuelo andante, lleno de mocos y eso.

—Lo siento, pequeña, había olvidado lo mal que te sientes últimamente. —«Mentiraaaa.»

—No te preocupes, creo que ya llega mi periodo.

—Okeeeeeey, demasiada información para mi cerebro.

Su risa después de tantos días de lágrimas me hizo inmensamente feliz.

—Mira, ¿qué te parece si te llamo tres veces al día todos los días que este allá?

Su cabeza, que antes había estado en el hueco de mi cuello, se elevó y sus magníficos ojos se encontraron con los míos.

—¿Algo así como un pase de lista?

Ahora fue mi turno de reír.

—Sí, muñeca, algo así como un pase de lista, o cómo checar tu llegada en el trabajo. ¿Eso está bien para ti?

Asintió y me dio un pequeño beso en la esquina de los labios que me dejó deseando más antes de salir del auto.

—Hola, campeón. —Llegamos a la habitación de Dean y lo encontramos jugando muy concentrado PlayStation con otro niño del hospital. (Sí, ellos tenían PlayStation.)

—¿Por qué me dices campeón? —Su pregunta me sorprendió.

Miré a Jan, quien simplemente se encogió de hombros.

—Porque eso es lo que eres —dije no muy seguro de cuál era la respuesta que él esperaba.

Pausó su juego y el pequeño niño a su lado se puso de pie y salió de la habitación sin ninguna palabra. Una vez que la puerta se hubo cerrado, Dean se giró hacia mí, su mirada seria.

—No, Derek, yo no soy un campeón todavía, soy un luchador. Campeón es aquel que gana algo. Cualquier cosa. Un juego, una pelea, una apuesta, una lucha. Y yo definitivamente no he ganado aún, pero lo haré. Ganaré y saldré vencedor de esta lucha contra el cáncer.

Este enorme nudo se formó en mi garganta y no pude hacer nada más que asentir y palmear su hombro. ¿Desde cuándo los niños eran tan profundos?

Cuando miré nuevamente hacia Jan, ella se encontraba pestañeando rápidamente para alejar las lágrimas y me dio una sonrisa temblorosa mientras tocaba su espalda donde se encontraba su tatuaje, como diciendo: «Rendirse nunca fue una opción para él tampoco.»

El domingo la pasamos todo el día en su casa encerrados solo hablando y viendo series dramáticas... y besándonos. Sí, lo sé, dije que no tendría ningún contacto sexual con ella hasta que confesara que tenía sentimientos por mí, pero compréndanme, solo soy un chico con las hormonas alborotadas. Además, ella no me puso las cosas fáciles con su pequeñísimo pantalón corto y esa blusa de tirante que dejaba ver la parte superior de sus pechos y parte de su vientre, pero no es que me quejara.

—Entonces te voy a dejar las llaves para que vayas solo a ver que todo esté bien. —Le pedí que, si podía revisar mi departamento en mi ausencia, y creo que se estaba enojando por repetírselo tantas veces—. Si no abre a la primera, tienes que empu...

—Empujarla hacia arriba un poco, ya se, ya lo capté. Es la quinta vez que me lo dices. —Sí, bueno, estaba teniendo un tiempo difícil tratando de recordar lo que ya le había dicho cuando sus senos sobresalían tanto por encima de sus brazos cruzados. Pero de nuevo, no me estaba quejando.

—Ya. Entonces... vámonos a dormir que mi vuelo sale mañana a las siete.

Ella resopló.

—No sé porque no pudiste reservar un vuelo más tarde, a ti ni siquiera te gusta levantarte temprano.

—Ya te lo dije, así tengo tiempo de hacer más cosas cuando llegue con mis padres. —No iba a decirle que reservé el vuelo AM en vez de PM porque estaba demasiado ocupado viéndola bailar alrededor de la casa mientras limpiaba, pulsé el botón equivocado y no hacían cambios ni devoluciones así que... ni modo.

—Sí, pero pudiste haber reservado más tarde para poder pasar un poco más de tiempo conmigo.

Sonreí.

—Así que es eso.

Ella me miró recelosa esperando a que continuara.

—Sabes que me extrañarás como una loca y quieres aprovechar el mayor tiempo posible.

Ella abrió la boca y la cerró un par de veces. Se miraba adorable. Cuando no encontró ninguna replica inteligente para lanzarme, no le quedó otra opción más que aceptarlo.

—Bueno, puede que sea un poco así, pero de todos modos tú te irás temprano y no hay nada que pueda hacer.

Me acerqué rápidamente a su lado del sillón.

—Prácticamente monopolizas mi tiempo, cada segundo libre que tengo estoy contigo, ¿no te es suficiente? —«Di que no, di que no, di que no, di que no.»

—Ya, pero es porque te tengo obligado a estar conmigo — dijo haciendo un puchero. ¡Un puchero! Como decía, adorable.

—Pequeña, créeme que no me obligas a nada, pasar mi tiempo contigo me otorga un gran placer. —Aunque no tanto como quisiera, a veces tengo que llegar a casa tomando una ducha fría.

Su tímida sonrisa me hizo sonreír más ampliamente.

—Ven, vamos a dormirnos —dijo mientras la tomaba de la mano y la guiaba a su habitación. Era una buena noticia que no hubiera renegado porque no pensaba dormir lejos de ella, no cuando pasaría varios días haciendo precisamente eso.

Entré al baño a cambiarme, y cuando salí me quedé helado. O no tanto. Jan se encontraba en medio de la habitación en nada más que un par diminuto de bragas y un sostén blanco de encaje.

—¿Q... ¿qué haces? —tartamudee. No podía dejar de admirar su delgado cuerpo.

—Quiero darte una digna despedida, para que no me olvides. —Como si eso fuera posible.

No tenía enormes pechos ni grandes traseros como regularmente me gustaban, pero era perfecta, así como estaba. Y se lo dije.

—Eres perfecta. —Mi voz salió en un susurro. No podía ver bien por la tenue iluminación, pero sabía que se había sonrojado.

—No lo soy —susurro, empezando a lucir incómoda.

Tomé sus manos antes de que se cubriera y la miré a los ojos para que supiera que lo que iba a decirle era en serio.

—Tal vez no seas perfecta, Jany, pero eres todo lo que quiero, todo lo que necesito. Y yo sé, en lo más profundo de mi ser, que tú sientes también lo mismo, por más que te empeñes en negarlo. Así que te advierto de una vez que tú y yo vamos a terminar juntos. Solo para que lo sepas. —Sus ojos se pusieron vidriosos, y antes de que pudiera llorar o decir algo, la besé.

La besé con la fuerza suficiente como para impregnar parte de mi alma y mi esencia en ella. Para que pensara en mi estos días en los que estaríamos lejos, así como sé que yo estaría pensando en ella.

Capítulo 13

—Despierta, dormilón —escuché, muy cerca de mi oído.

Mis ojos aletearon hasta abrirse solo un poco y sonreí al ver a Jan a mi lado igual de adormilada que yo.

Sus ojos entrecerrados y pesados por el sueño, la sonrisa satisfecha y la marca de almohada que tenía en la mejilla eran suficiente para que quisiera repetir lo de la noche anterior, aunque esta vez tampoco habíamos tenido sexo. ¿Por qué? Bueno, porque el idiota de mí no consiguió condones nuevamente. Pero vaya que disfruté lo que paso, al igual que ella.

—Buenos días, pequeña.

Se acercó y me dio un beso rápido en los labios antes de salir corriendo al baño.

—¡Te toca preparar el desayuno! —gritó desde donde estaba y sacudí mi cabeza divertido antes de levantarme de la cama y desperezarme.

«Dios, que buen sueño.»

Miré alrededor del desastre en la habitación —esta mujer era más desordenada que yo— y mis ojos se detuvieron en la prenda interior blanca que colgaba de las esquinas de un cajón abierto.

Ayer, en nuestra desesperación solamente arrancamos nuestras prendas y las arrojamos a donde fuera. Solo recordar su cuerpo desnudo retorciéndose debajo de mí, sus manos y boca a mi alrededor ya me tenían listo para la segunda ronda.

Me acomodé dentro de mis bóxers antes de ir a la cocina y preparar algo rápido. Mientras sacaba lo que iba a necesitar para hacer el desayuno me puse a pensar en la visita a mis padres.

Tenía casi medio año sin verlos y los extrañaba un poco, la verdad, pero me sentía mal por no poder llevarme a Jan y Dean conmigo. Algún día, cuando ella aceptara sus sentimientos hacia mí, y cuando Dean estuviera más estable, los llevaría al pueblito que me vio nacer y crecer.

Ya imaginaba la cara de mis padres cuando vieran a Jan, la adorarían al instante, si es que ella no se mostraba hostil como lo hacía normalmente, y no se diga de Dean. Siempre quisieron tener varios hijos, pero a mamá le extrajeron la matriz por unos problemas que tuvo después de que nací yo y pues, creo que no es necesario decir lo mal que se puso después de eso.

—Mmm, huele rico —dijo una vocecilla detrás de mí mientras me abrazaba por la espalda. ¿Cómo podía seguir negando lo que sentía cuando era tan obvio para mí?

—No tanto como tú —contesté dándome la vuelta y colocando un beso en su frente.

Sonrió tímidamente en respuesta y mi estómago bailó. ¡Agghhhh! Ahora parecía una niña enamorada sintiendo maripositas.

—Debes darte prisa porque tu vuelo sale en una hora —dijo separándose de mis brazos. «¿Qué? Oh, rayos, había olvidado que el avión despegaba a las siete.»

—Oh, cierto. —Seguí preparando el desayuno y ella salió de la cocina.

Diez minutos después los omeletes se encontraban servidos y ella volvió vestida como siempre. Camiseta ancha negra, pantalones descoloridos y unos Converse negros.

—Extrañaba verte así.

—Ajá. —Su simple respuesta dijo que no me creía.

—En serio. Recuerdo que una vez pensé: «Oh, ella es un misterio, tengo que resolverlo.»

Soltó una carcajada y no pude evitar unirme a ella. Su felicidad era tan contagiosa y era demasiado difícil de creer que hasta hace poco ella no sonreía ni reía mucho.

—¿Ah, ¿sí? ¿Y lo lograste?

—Algunas cosas. —Ella me miró divertida y me acerqué a besarla. Pequeños besos desperdigados por sus mejillas, frente, nariz y ojos—. Pero hay otras que faltan ser desentrañadas todavía —dije mientras besaba debajo de su oreja.

—¿Como cuáles? —pregunto jadeante, sus manitas agarrando mis bíceps fuertemente.

Me separé de ella y la miré a los ojos.

—Como saber por qué no quieres aceptar que somos más que amigos. —Y así, el momento mágico desapareció.

Ella puso sus ojos en blanco y salió fuera de mi agarre.

—Solo somos amigos, Parker, deberías aceptarlo de una vez. No pienso echar a perder la mejor amistad que he tenido solo porque no puedes aceptar un no por respuesta. Los dos sabemos que una vez que te aburras de mí me abandonarás y quedaré sola de nuevo, probablemente con un corazón roto esta vez.

Bingo.

—Es mejor así, como amigos —continuó—, los dos somos libres y podemos tener otras relaciones sin sentirnos culpables de estar engañándonos el uno al otro. —«¡Por favor! Como si eso fuera posible.»

Creo que la raíz de toda su negación está en la inseguridad de que alguien como yo no puede estar con alguien como ella. Ahora solo debo demostrarle y convencerla de que no quiero estar con ella solo para un rato, que todas esas «reglas» sociales no importaban para mí. ¿Pero cómo?

Ella con sus brazos alrededor de su cuerpo como forma de protección era una imagen que destilaba vulnerabilidad.

—Lo siento, no te presionare más, pequeña. Ahora a desayunar.

Cuarenta minutos después nos encontrábamos en el aeropuerto abrazados fuertemente.

—Te voy a extrañar —susurré contra su pelo.

—Lo sé, es inevitable.

La risa burbujeó en mi pecho y besé su cabeza.

—Listilla.

Nos separamos y me sorprendí al ver lágrimas derramadas en sus ojos. Las limpió y luego me miró seriamente.

—Márcame en cuanto llegues sano y salvo. No pararé de estar preocupada hasta que no lo hagas, así que más te vale que no me tengas esperando mucho tiempo.

—Sí, mamá.

Me sonrió y luego se lanzó a mis brazos de nuevo.

—También te voy a extrañar —dijo contra mi cuello, y dejó un beso ahí. Luego dos, luego tres... Se quedó ahí besando mi cuello, sabiendo que era uno de mis puntos más sensibles y yo obtuve una muy inoportuna erección en medio del aeropuerto con toda esta gente pasando a mi alrededor.

—Basta —dije jadeante mientras la separaba por sus hombros un poco, solo lo necesario para que no continuara, pero no tanto para poder esconder la evidencia de mi excitación.

Debió haber conseguido lo que quería porque su inocente mirada adquirió un brillo pícaro que me puso la piel de gallina.

—Para que no me olvides —susurró.

—Como si eso fuera posible —contesté, quitando un mechón de cabello de su cara y colocándolo detrás de su oreja.

Mi mano se quedó en su mejilla y luego, sin poder aguantarlo más, me acerqué y la besé sabiendo que era la última oportunidad que tenía de hacerlo en mucho tiempo.

El beso dulce se fue convirtiendo en algo un poco más apasionado, nuestras lenguas entrelazándose entre sí, excavando profundamente en nuestras bocas. El gemido que soltó solo me provocó abrazarla más fuerte y pegada a mí.

—Consíganse una habitación —gritó alguien entre la multitud, lo que consiguió que nos separáramos.

Y luego aplausos.

La gente empezó a aplaudirnos y sentí el vergonzoso calor subir por mi cuello. Era... ¿me estaba sonrojando?

Miré a Jan, quien estaba mirando a la multitud igual de roja que yo y con los ojos abiertos como platos. Cuando su mirada se encontró con la mía y empezamos a reír. Sí, definitivamente la iba a extrañar.

—Te veo en unos cuantos días —le dije cuando escuché la primera llamada a mi vuelo.

—Está bien —asintió y me abrazó de nuevo—. Llámame.

—Lo haré —dije divertido por su preocupación.

Me empecé a alejar y escuché un «te quiero». Cuando volteé, Jan ya se estaba alejando, lo que significaba que probablemente lo había imaginado. ¿Cierto?

Jan

Habían pasado apenas 2 días desde que Derek se fue y yo ya sentía que me iba a volver loca. El silencio y quietud en mi apartamento hacían que quisiera salir corriendo.

Era cierto que hablábamos todos los días, en cuanto se levantaba con su sexy voz ronca, y antes de dormirse. Solo imaginarlo ahí acostado en su cama con su pecho desnudo y las sábanas alrededor de sus piernas era suficiente para que yo empezara a entrar en calor.

Pero claro que nunca se lo decía.

Y aunque seguíamos en contacto, sentía que no era suficiente. Necesitaba sus brazos consoladores y sus chistes malos, extrañaba oler a su aroma incluso cuando él ya se había ido y que me hiciera reír hasta que me dolieran las costillas. Si me hubieran dicho hace un par de meses que no podría vivir sin Derek Parker los hubiera mandado a la mierda. Pero lo cierto es... que me hacía muchísima falta. Y eso me daba miedo.

Demasiado.

Justo ahora me encontraba en su departamento, acostada en su cama oliendo su almohada como toda una acosadora. Acababa de regresar de visitar a Dean en el hospital después de mi turno, eran las cinco de la mañana y yo no tenía sueño, ni un poco, por lo que decidí venir a su departamento mejor.

Era curioso ver que él era más ordenado que yo, aunque no tanto, también tenía cosas desparramadas por todos lados, pero de todas maneras era un desorden más ordenado que el mío. No sé si me explico.

Empecé a abrir sus cajones y saqué una camiseta que decía: «La masturbación es positiva, si fuera negativa sería menosturbacion.» Rodé los ojos ante la ridícula frase, era tan típico de Derek. Me puse la camiseta y me dirigí a la cocina a ver si podía prepararme un café o algo. Estaba cantando Why can't I de Liz Phair y por alguna razón me sentí identificada.

¿Por qué no puedo respirar cada vez que pienso en ti?

¿Porque no puedo hablar cada vez que hablo de ti?

Es inevitable, nos estamos poniendo manos a la obra.

Así que dime:

¿Porque no puedo respirar cada vez que pienso en ti?

Me encantaría que hagas que me pregunte:

¿A dónde va esto?

Me encantaría que me tires abajo.

Algo está creciendo.

Porque esto lo podemos controlar

Bebé, estoy muriendo

Sí, bueno, no iba a entrar en detalles del porqué pensaba en Derek cuando cantaba precisamente esta canción, porque es probable que no me guste la conclusión a la que llegue.

Después de prepararme un café, fui, me senté en el sillón, encendí la televisión y me puse a ver Friends. Hablando de amigos...

Unos golpes en la puerta me despertaron. Me he de haber quedado dormida en algún momento en los cortes comerciales

Me levanté y me dirigí a la puerta preguntándome quién diablos está tocando tan temprano.

Mi mirada se desvió al reloj del horno y vi que eran las 9:17 am. Bueno, tal vez no era tan temprano.

Abrí la puerta y me encontré con una rubia hermosa de piernas largas al otro lado, ella me estudió de arriba a abajo y luego frunció el ceño con desaprobación. Me miró a los ojos y la reconocí.

—¿Molly?

Capítulo 14

—Buenos días, hermosa —dije cuando Jan contestó el teléfono. Casi siempre respondía la primera llamada como al primer o segundo timbre, pero esta vez me tomó tres llamadas para conseguir que tomara la llamada.

—Hola —dijo, su voz un poco apagada.

—¿Estás bien? —No podía evitar que se notara la preocupación, no era típico de ella contestarme así, por lo menos no lo era estos últimos días.

—Ahm, sí. Vine a tu casa —soltó para cambiar de tema.

—¿Ah, ¿sí? —Sonreí—. ¿Y qué te pareció? —Imaginarla andando libremente en mi espacio no me incomodaba como con la mayoría de las chicas, se sentía... bien, correcto.

—Pues bien, eres más ordenado que yo. —Río secamente.

—Jany, ¿de verdad estás bien? Te noto un poco... extraña.

—Sí, sí, todo bien, solo estoy un poco cansada. Ayer, o más bien, hoy dormí hasta casi a las seis de la mañana. —Tal vez era por eso que no me contestaba—. Y me despertó una visita inesperada.

—¿Te fueron a visitar?

—Sí... bueno, no. Estaba en tu casa así que supongo que era una visita para ti, pero como tú no estabas...

Imaginarla acostada enredada en mis sábanas hizo que la temperatura del lugar aumentara notablemente.

—Mmm, dormiste en mi cama, ¿eh? —Esperaba que mi voz saliera tan seductora como yo pensaba. El silencio duró un poco más del tiempo que creía correcto, lo que me hizo ponerme alerta—. ¿Quién te visito? —pregunté receloso.

—Molly, creo que era tu exnovia.

Esta noticia fue como recibir un chorro de agua helada. Conocía a Molly y sabía que era muy rencorosa, ya imaginaba lo que ha de haber pensado cuando vio a Jan abrir mi puerta.

—¿Y qué te dijo? —La cautela era muy importante en este punto.

—Creo que tú deberías buscarla cuando vengas y averiguarlo. —El tono de su voz era dolido, y traté de excavar en mi mente por cualquier información que fuera útil.

—Jan, no le creas. Nada de lo que te diga es verdad, ella es una perra y solo te quiere hacer sentir mal, estoy seguro. —Esa mujer podía ser una arpía cuando se lo proponía.

La risa seca y sin humor que soltó fue suficiente para hacerme estremecer.

¿Estás seguro? ¿No te acostaste con una de sus amigas llamada Mindy?

Hice una mueca amarga. ¿Por qué entre todas las cosas tenía que haberle dicho eso? Maldito Marcus, él me había prometido deshacerse de ella por mí, lo mataré cuando vuelva a verlo.

—Dime —ordenó. Sabía que no podía mentirle, no a ella, y sabía que la noticia no le agradaría.

—No significó nada para mí. —Dios, sé que es una frase cliché, pero juro que eso no significo nada para mí de verdad.

—Eres un idiota. —Bien, me lo merecía.

Suspiré

—Lo sé, pequeña.

—No me llames así otra vez, Parker, ¿entendiste? Es más, no me vuelvas a llamar en absoluto.

—¡No es justo, maldita sea! —exploté—. Me dices que solo somos amigos y que puedo estar en otra relación, ¡y luego me tiras en cara lo que hice antes de empezar a sentir cosas por ti! — Bueno, eso no era del todo verdad.

Escuché su sollozo al otro lado de la línea y me sentí como un imbécil. Sabía que le afectaba, ella sí me quería, aunque siguiera tratando de convencerse a sí misma de lo contrario.

—Háblame, Janelle —le rogué. Me dolía escuchar cómo sufría—. Dime lo que sientes.

—¡Me siento destrozada, Parker! Maldita sea.

—Mira... podemos arreglar esto si nos lo propon...

—No —me interrumpió—. Esto no se puede arreglar.

—Vamos, Jan, solo fue un poco de sexo sin importancia.

—Pues gracias a ese sexo sin importancia ahora vas a ser papá.

Mi mundo se detuvo.

—Adiós, Parker.

Luego de que colgó me quedé ahí congelado como una estatua. Sentía cómo las paredes empezaban a cerrarse a mi alrededor y cómo el aire no parecía ser suficiente.

—¿Derek? —preguntó mi madre preocupada desde el umbral de mi habitación.

La miré, pero los bordes de mi vista empezaron a nublarse, y su voz se escuchó lejana mientras sentía cómo me desplomaba.

—¡Derek! —el grito aterrorizado de mi madre fue lo último que escuché antes de caer en la inconsciencia.

Mi cabeza dolía. Demasiado.

Elevé mi mano a mi cabeza para tocar la venda que rodeaba mi cabeza y gemí sin abrir los ojos.

—¡Oh, gracias a Dios! —escuché que mi madre decía asustada.

Abrí los ojos y me encontré con sus ojos hinchados y rojos.

—¿Que paso? —pregunté con mi boca seca. Maldición, sentía mi lengua pesada y pastosa, como si hubiera bebido demasiado.

—Estuviste inconsciente todo el día, hijo, me diste un susto de muerte. —Se acercó y me abrazó torpemente. Puse mi brazo a su alrededor y froté su espalda para reconfortarla.

De repente todo volvió a mí. La llamada de Jan, su actitud distante y la noticia. La maldita noticia. Lo primero que haría cuando llegara de nuevo a mi departamento sería llamar a Molly y a Mindy para que me aclararan todo esto. Tenía que ser una broma de mal gusto, definitivamente. ¡Había usado un maldito condón, por el amor de Dios!

Traté de incorporarme, pero el dolor de intensifico por lo que cerré los ojos fuertemente y volví a recostarme.

—¿Te duele mucho?

Asentí.

—¿Has estado comiendo bien? Puede que se te haya bajado la presión o el azúcar o puede que...

—Estoy bien, mamá, solo... no es nada importante.

—¡¿Que no es nada importante?! Te desmayaste, Derek, y te golpeaste en la cabeza con la esquina del gabinete. Pudiste haber muerto. —Mi mamá y sus exageraciones.

—Pero aquí estoy, ¿no?

—No seas insolente, hijo.

Suspiré ante su tono frustrado.

—Tengo que irme.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A casa

—Pero...

—No, mamá, ya vine a visitarlos y tengo que resolver unos asuntos urgentes.

Ella se quedó callada observándome durante un minuto completo.

—¿Es por esa chica, ¿no? —¿Qué diablos? ¿Cómo es que las mamás se enteran de todo?

—No sé de qué hablas —contesté mirando hacia otra parte. Colocó su mano sobre mi antebrazo y elevé mi mirada para encontrarme con la suya.

—Hijo... he visto cómo sonríes cuando suena tu teléfono, y cómo corres lejos de la habitación para contestar. Te he escuchado hablar hasta altas horas de la madrugada y ver cómo te levantas temprano para llamarla cuando a ti nunca te ha gustado despertarte antes de las once en vacaciones. Cómo te brillan los ojos cuando recibes un mensaje y cómo lo respondes apenas llega. Y sé que es por una chica. Soy tu madre y es mi obligación saber por lo que pasan mis hijos.

Sonrió comprensivamente y me sentí mal inmediatamente. Literalmente, mi estómago se revolvió y tuve que hacer mi cabeza a un lado cuando sentí el ácido trepar por mi garganta. A penas logre moverme cuando todos los alimentos que había consumido fueron evacuados rápidamente por el mismo lugar por donde entraron. «Qué asco.»

—Ah, Derek, ¿qué ha pasado para que te pongas así? — preguntó mientras me limpiaba y ponía una toalla fresca en mi frente. Hace mucho que no era consentido así, y algo en ese momento hizo que me abriera a mi mamá.

—La he cagado, mamá, lo he arruinado todo antes de siquiera tener una oportunidad. En vez de regañarme por mi lenguaje, me mimó como a su bebé y me sonrió.

—Tal vez se pueda arreglar.

—No lo creo. —Suspiré apesadumbrado—. Es algo demasiado grave, algo que arruinará mi vida completamente, y no me preguntes por ello —dije cuando vi que abría su boca para preguntar—, cuando esté listo te lo contaré.

Pasaron unos momentos y luego ella asintió como si hubiera tomado una decisión.

—Bueno, hijo, entonces creo que sería mejor que empacaras y reservaras un vuelo, tienes cosas más importantes que hacer que estar aquí con tu vieja madre.

Sonreí.

—Tú no eres vieja, eres la mujer más guapa que conozco, y la más comprensiva —dije besando su mejilla.

Ella rio y palmeó mi mejilla.

—Anda, chico, que con halagos no lograras nada conmigo. Ve por tu mujer y hazla comprender.

—Sí, señora —dije mientras me ponía de pie con dificultad, aún me sentía un poco mareado y sentía la cabeza pesada.

Salí de la habitación y empecé a hacer mis maletas justo después de reservar mi vuelo

Iba a aclarar todo este asunto, el cual esperaba que fuera un GRAN malentendido, y trataría de recuperar a Jan, aunque no es como si la hubiera tenido alguna vez. Pero le diría todo lo que sentía, y esta vez me iba a escuchar, así tuviera que amarrarla a una silla y amordazarla. Le diría que no importaba lo que pasara con Mindy, yo aún seguiría enamorado de ella. Porque, maldición, definitivamente amaba a esa mujer.

Capítulo 15

Jan

—Te has metido entre mis venas para siempre, poco a poco te adueñaste de mi mente como sal al mar, el oxígeno que tanto necesito, es tu aliento lo único que yo respiro, dime dónde estabas. Hoy quiero que me digas que me amas, que soy todo lo que siempre soñabas, no te atrevas a soltarme que ya me enamoraste...

El tono de mi teléfono sonando interrumpe mi gran interpretación frente al espejo. Juro que si es él nuevamente arrojaré el móvil contra la pared, no me importa si se destruye, no puedo escuchar su voz o leer lo que me envía sin sentir cómo se revuelve mi estómago y mi corazón empieza a latir desbocado. No me sorprendería si saliera por mi garganta y comenzara a correr alrededor de la habitación, adquiere vida propia cuando se trata de él.

Dejo el cepillo que usaba de micrófono y me acerco a la mesilla donde se encuentra mi teléfono. LORA. Me siento aliviada y al mismo tiempo decepcionada de que no sea Derek. Levanto mi móvil y contesto.

—Ey, amiga, ¿dónde has estado? ¡Tengo días marcándote y tú no contestas!
Hago una mueca al escuchar el tono acusatorio de Lora.

—Hola, Lora, es que... mi celular estaba perdido y descargado, lo acabo de encontrar ahora.
—Gran mentira.

Apagué el celular en el segundo después donde le conté a Derek lo que Molly me había dicho, no podía soportar saber de él en ese momento. ¡Va a ser papá! Un sentimiento extraño se apodera de mí, un punto intermedio entre dolor y enojo. ¿Desesperación, tal vez?

—Mhmm... ¿Sabes? Por alguna razón no termino de creerte. Sabes que eres pésima para las mentiras, ¿no? Pé-si-ma. —Absolutamente cierto—. Bueno, solo quería decirte que mañana me regreso a casa y que quiero verte, hay tantas cosas por contarte y... bueno... ¿qué me cuentas? Bah, olvídalo, mañana hablaremos de todo lo que nos haiga pasado.

—Haya —la interrumpí. Odiaba cuando decían «haiga». A veces me daban ganas de darle con el diccionario en la cabeza a ver si así aprendía, pero no había llegado a esos extremos. Aún.

—Hayaaa. ¿Feliz? Bueno, como te decía, mañana tendremos todo el tiempo del mundo para ponernos al día. Tengo que aprovechar a mi hombre por última vez antes de irme, cuídate, adiós. —Y colgó.

Mi mejor amiga estaba loca, ni siquiera sé cómo nos llevábamos tan bien. Creo que era porque nos complementábamos la una a la otra. Probablemente me hubiera vuelto loca sin ella todos estos años.

Suspiré y coloqué el teléfono de nuevo en la mesilla antes de dirigirme al baño.

Hoy tenía una entrevista para un nuevo trabajo, desde que me corrieron de la cafetería he andado corta de dinero, pero al estar de vacaciones no me ha afectado tanto como había pensado.

Puse música, me desvestí y entré al agua fresca.

*Si ayer tuviste un día gris, tranquila,
yo haré canciones para ver
si así consigo hacerte sonreír*

*Si lo que quieres es huir, camina,
yo hare canciones para ver
si así consigo fuerzas para vivir.*

Maldito sea Alex Ubago y la canción que me recuerda a él. Cerré los ojos fuertemente y apoyé mis manos en la pared tratando de no derramar las lágrimas que pican detrás de mis ojos.

Ugh, me odio. Me odio por dejar que me afecte tanto cuando he insistido una y otra vez en que solo somos amigos.

*Si te sientes sola háblame,
que te estaré escuchando
aunque no te pueda ver.*

Una estúpida lágrima cae por mi mejilla y otra le sigue mientras aprieto mi mandíbula fuertemente por dejar que él me haga sentir débil. ¿Por qué maldita sea tengo que sentirme así? No somos nada más que amigos. Simplemente. Amigos. «Síguete mintiendo a ti misma Jan, probablemente algún día te lo creas.» Pero la noticia se seguía sintiendo igual que el mismísimo segundo en el que Molly me la dijo.

«—¿Molly? —pregunté insegura.

Ella hizo una mueca de desprecio.

—¿Está Derek?

—N..., no, está de viaje.

Sus ojos se abrieron y me miró de una forma distinta antes de que una sonrisa escalofriante se pintara en su rostro.

—Oh, bueno, entonces, ¿podría dejarle un mensaje contigo para cuando regrese? Es urgente.

Asentí lentamente, preguntándome qué traería entre manos

—Uhm, sí, está bien, supongo.

Respiró profundamente y luego examinó mi rostro.

—Bueno, lo que pasa es que hace un par de semanas Derek se acostó con mi amiga Mindy, y a la muy zorra se le atrasó el periodo. —Hizo una pausa esperando por cualquier reacción mía y luego sonrió de nuevo. No me gustaba hacia donde se dirigía esta conversación—. El punto es que se hizo una prueba de embarazo.

Contuve el aliento, esperando.

—Salió positiva. —Sus ojos eran crueles. Ella estaba esperando hacerme daño y lamentablemente lo logró. Mi estómago se hizo nudos y sentí una punzada en mi pecho.

—Y..., yo le paso el mensaje —dije, y cerré la puerta antes de que me viera hacer algo tonto, como llorar.»

Cerré la llave del agua y me envolví en la esponjosa toalla morada antes de salir a mi habitación a elegir mi ropa.

Me encontraba revolviendo mi cajón de ropa interior en busca de un par de bragas limpias cuando unos toques en la puerta principal resonaron por todo el espacio. Rápidamente me puse mi ropa interior y un vestido negro casual que quedaba un poco más de mi rodilla, y me dirigí descalza hasta la puerta principal. Había olvidado colocarme mis lentes de contacto por lo que miraba un poco borroso mi alrededor. Mi cabello húmedo ya había empapado la parte de atrás de mi vestido para cuando llegué a abrir la puerta.

Tal vez miraba un poco borroso, pero pude reconocer esos hombros anchos y cabello despeinado. Derek se encontraba al otro lado de la puerta con sus manos recargadas en el marco luciendo más sexy que hace una semana, cuando se fue. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando él dio un paso al frente y entró sin permiso. Di un paso atrás.

—¿Por qué no contestas mis llamadas? —Él de verdad lucía enfadado—. Hace cuatro días que llegué. He estado marcándote, yendo y viniendo de un lugar a otro buscándote. Al hospital, a la cafetería, aquí a tu departamento, pero es como si me estuvieras evitando. ¿Por qué?

Mi barbilla empezó a temblar y regresé a mi habitación, rogando que él no me siguiera. Pero claro que lo hizo. Apenas había cruzado el umbral de mi habitación cuando él me tomó de un brazo y me giró para que lo enfrentara.

—¡Dime por qué, maldición!

Me solté bruscamente de su agarre, fulminándolo con la mirada y me dirigí al baño para colocarme las lentillas, a ver si así ya no me sentía tan en desventaja.

Salí y me arrepentí.

Sus ojos estaban rojos y ojerosos, y se miraba un rastrojo de barba en su mandíbula. Parecía no haber dormido bien en estos últimos días, pero a pesar de su aspecto cansado, se le seguía viendo tan apuesto como siempre.

—Sigo esperando. —Su ronca voz me sacó de mis cavilaciones y me encontré de nuevo con sus ojos.

Quería decirle lo mucho que lo había extrañado y lo mal que me había sentado la noticia de saber que iba a ser padre, decirle que era una tonta por creer que podía permanecer como su amiga, que sentía algo muy fuerte por él, pero lo único que salió de mi boca en cambio fue:

—Vete a la mierda.

Y así, en dos segundos, él se había acercado, me había tomado entre sus brazos y estampado sus labios contra los míos. Su boca era desesperada contra la mía y yo me encontré correspondiéndole con fiereza. Los besos eran bruscos y rápidos, con mordiscos y gemidos, y eso me encendió hasta el tope.

—Jan... —gruñó contra mi cuello mientras subía sus manos por mis piernas hasta ahuecar mi trasero—. Oh, mierda, te deseo, pequeña.

Me elevó del piso y enredé mis piernas alrededor de sus caderas mientras él molía su erección contra mi centro. Un sollozo escapó de mis labios y fue acompañado por unas lágrimas insolentes

—No llores, cariño, arreglaremos esto, lo prometo —seguía diciendo mientras besaba mi cuello y subía mi vestido hasta quitármelo y dejarme en nada más que ropa interior.

Odiaba cómo este hombre podía desarmarme con un chasquido de sus dedos si él lo deseaba.

—No podemos —contesté, mientras con manos temblorosas quitaba su ajustada camiseta negra. Si esta era la única oportunidad que tenía para sentirlo mío, no la iba a desaprovechar. Antes de que pudiera replicar algo, tomé su boca en un beso hambriento.

Nos separó de la pared y se encaminó hacia la cama, quitando el resto de la ropa cuando me recostó sobre el colchón. Tendida completamente desnuda me sentía vulnerable y expuesta, pero amaba ver cómo recorría mi cuerpo con su mirada, con ojos hambrientos y admirados.

Cuando su mirada se encontró con la mía, se quitó rápidamente su pantalón y bóxers, dejándome ver lo ansioso que se encontraba por hacerme suya.

Buscó algo en su pantalón y luego lo dejó caer de nuevo en el suelo. Se enfundó un condón y se recostó sobre mí. «Gracioso que esta vez no lo haya olvidado.»

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé mientras lo sentía presionar contra mi entrada.

Al principio era un poco incómodo, había pasado mucho tiempo para mí, pero poco a poco se fue sintiendo mejor. Me sentía tan llena y completa que lágrimas brotaron por mis ojos.

—Te amo, Jany —susurró contra mis labios mientras se movía dentro de mí—. Te amo tanto, pequeña.

Apreté mis ojos fuertemente tratando de concentrarme en las sensaciones que me brindaba y no en sus palabras. Mis manos recorrían su espalda con adoración y podía sentir cómo temblaba conteniéndose.

—Mas rápido —dije contra su oído mientras mordía el lóbulo de su oreja, y esto pareció pulsar un botón en él porque empezó a moverse frenéticamente en mi interior.

El choque de piel contra piel me estaba volviendo loca junto con sus gruñidos de placer. Sentir cómo me estiraba era... mágico.

Su mano se dirigió a mi centro y tras un poco de presión contra mi dulce punto, exploté. Entre los temblores y convulsiones de mi cuerpo pude sentir los suyos, y supe que había llegado poco después que yo.

—Jany...

—Vete, Derek. —Su brazo en vuelto a mi alrededor se tensó y yo suspiré tristemente—. Vete, por favor, yo... también tengo que irme.

Me levanté de la cama lentamente con las piernas débiles y fui a limpiarme un poco. Cuando regresé, Derek estaba sentado en la orilla de la cama completamente vestido y con la cara enterrada entre sus manos.

Ha de haber escuchado mis pasos porque elevó su cabeza y me inmovilizó con su mirada.

—No voy a permitir que huyas, no después de esto que acaba de pasar. —La seguridad en su voz hizo que la mía flaqueara.

—Esto que acaba de pasar —dije señalándonos a ambos— fue sexo, solo eso.

—¡Y una mierda que fue solo sexo!

Su grito me sobresalto.

—Esto fue mucho más que eso y lo sabes.

Negué con la cabeza y recogí mi teléfono. No quería verlo, sabía que podría convencerme de cualquier cosa si lo miraba directamente a los ojos, así que tomé un pequeño bolso, guardé mis cosas y empecé a salir de la habitación cuando su voz me detuvo.

—Huye si quieres, Janelle, pero no creas ni por un segundo que me iré. Aquí estaré, siempre detrás de ti, así que cuando quieras dar la vuelta y huir, te verás encerrada entre mis brazos, no tienes salida.

Capítulo 16

Derek

¡Maldita sea!

Entré a mi departamento y azoté la puerta. Di dos pasos dentro y luego golpeé la pared enojado.

Debí haber imaginado que ella solamente estaba despidiéndose. Un asqueroso y amargo adiós por su parte, cuando de la mía era más una declaración de mis sentimientos hacia ella. ¿Quién iba a decir que yo estaría enojado porque una mujer huye después de tener sexo? Jamás lo hubiera imaginado. Quiero decir, tener relaciones sexuales nunca había significado algo más para mí... hasta ahora.

Cerré los ojos con fuerza y recargué mi cabeza en la pared. Imágenes de ella sonrojada, su frente un poco arrugada por la dulce agonía del placer, sus labios entreabiertos y sus pequeños gemidos se reproducían en mi mente una y otra vez.

Apreté las mis manos en puños contra mis ojos y traté de pensar en cualquier otra cosa, lo que me llevó al origen del problema. Molly y Mindy. ¿Qué le había hecho a Mindy para que estuviera de acuerdo con Molly en hacerme algo así? A menos que... No. A menos que... no fuera una broma. En ese caso estaba hasta el cuello de mierda. No podía ser padre, no en este momento. Claro que quería tener una familia, pero no ahora, por Dios, apenas tenía veintidós años, toda mi vida por delante.

Decidí dejar de torturarme con suposiciones e ir a visitar a ese par de brujas.

—Hola, Derek —me saludó Mindy.

El enojo que cargaba se liberó un poco cuando vi las manchas oscuras que rodeaban sus ojos.

Tragué dificultosamente.

—Mindy, ¿podemos hablar?

Ella asintió y abrió la puerta, haciéndome un ademán para que pasara. Una vez dentro me guió a lo que parecía ser la sala de estar y tomamos asiento en un sillón. Tras un largo y tenso silencio, me atreví a romperlo

—¿Cómo te encuentras? —Original.

—Un poco estresada, como ves.

Asentí mientras retorcí los dedos en mi regazo.

—¿Y tú? Molly me dijo que vio a una chica en tu departamento... ¿es tu...?

—Amiga —dije con una mueca de dolor. «Solo mi amiga.»

—Oh, eso está bien, supongo...

Hablamos otros diez minutos, tratando de ignorar al enorme elefante rosa con tutú en la habitación. Era más fácil no hablar sobre el verdadero problema que nos angustiaba a ambos, pero tenía que ser ventilado.

—Entonces —me atreví— ¿cómo fue que paso?

Ella me dio una mirada de «¿tu cómo crees, estúpido?» que me hizo enojar.

—Quiero decir, sé cómo pasó, pero usé un condón. No estaba tan ebrio como para no recordar eso.

—Yo... sinceramente no lo sé, o sea, también recuerdo que usamos un condón, pero pudo haberse roto o algo... —Ella frunció el ceño y mi corazón se contrajo al notar el gran parecido que tenía con Janelle.

—Pero... —esperaba no sonar como un completo imbécil—, ¿estás segura que es mío?

Ella me miró un largo par de segundos y luego asintió mientras metía un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Sí, aunque no lo creas yo... no suelo hacer mucho... eso.

Sí le creía. Aunque era amiga de Molly, ella no parecía estar loca.

—Te creo.

—Gracias.

—¿Así que te hiciste una prueba?

—Sí —contestó mientras sacaba una pequeña caja de su bolsa. La abrió y sacó la prueba que mostraba dos rayitas azules—. Las dos líneas significan que es positivo —dijo, y yo me sentí un poco mareado. «De verdad seré papá.»

—No sé qué decir.

—No tienes por qué sentirte presionado, Derek, no es como que te esté pidiendo que te cases conmigo, solo creí que tenías derecho a saber.

Asentí. Era una buena chica.

—Prometo hacerme cargo de cualquier cosa que necesiten tú y el bebé. Te voy a apoyar, no lo dudes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me acerqué a confortarla.

—No quiero ser mamá aún —sollozó—, pero tampoco puedo deshacerme de él. Es una pequeña vida dentro de mí. — Las lágrimas caían por su rostro y la abracé.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

Iba caminando por los pasillos del hospital en busca de Jan para hablar con ella cuando me encontré con Mr. Sonrisas.

—¿Buscas a Janelle? —Sonrió. Quería golpearlo.

—Sí, ¿sabes dónde puedo encontrarla? —pregunté molesto de que él no pareciera tener problemas.

—Habitación 104, con Dean Ferrati.

—Gracias —dije mientras me alejaba rápidamente de su presencia.

Cuando llegué a la habitación de Dean, entré sigilosamente para que Jan no me viera. Ella se encontraba acariciando la cabeza de Dean y susurrándole cosas al oído.

Hoy él se miraba más cansado y con más sufrimiento que los demás días «malos» que había tenido cuando vine a visitarlo. Sus ojos estaban apagados cuando me miró, pero no alertó a Jan de mi presencia. Volvió de nuevo su mirada por la ventana, donde el día se miraba igual de triste que los ánimos en la habitación. El cielo estaba gris, completamente nublado, y el aire movía ligeramente las hojas de los árboles.

Me acerqué un poco más y alcancé a escuchar lo que decía Jan.

—No te rindas, campeón, tú sigue luchando. Por mí. —Ella le hablaba mientras sostenía su mano, acariciaba sus nudillos con su pulgar y lo miraba con unos ojos cansados y tristes, desprovistos de energía.

Cuando él se giró a verla, sus ojos eran aún más tristes que los de ella. Se sostuvieron la mirada por un largo tiempo antes de que él hablara.

—Déjame ir, Jany, por favor, me duele mucho. Deja que me vaya con nuestros padres, prometo que te voy a cuidar desde allá. Es que —empezó a sollozar, las lágrimas inundaron sus ojos y comenzaron a derramarse por sus mejillas— ya no aguanto el dolor, es como un fuego en mis venas que me quema y no lo aguanto más. No te quiero dejar, pero ya no puedo más. Es demasiado fuerte...

Ambos estaban llorando y en mi garganta se formó un nudo, empecé a sentir el escozor detrás de mis ojos, y tras unos parpadeos, sentí la calidez sobre mi rostro, avisándome la presencia de las lágrimas.

Esta imagen era demasiado para cualquiera.

—No puedo, tú eres mi ancla, Dean, no sé qué haría sin ti. Por ti sigo luchando, por ti sigo aquí —susurró Jan, subiendo a la cama junto con él y enterrando su cara en su hombro, con los sollozos sacudiendo su pequeño cuerpo violentamente.

—Serás fuerte y seguirás adelante, tu mundo no acabará solo porque el mío sí lo haga. —Dean decía en un intento por consolarla.

—Tú eres mi mundo, Deany. Si te vas... no tendré ninguna razón por la cual quedarme.

—Sí, la tienes —susurró acariciando la espalda de su hermana, tratando de consolarla. Me miró y en sus ojos pude ver lo que me pedía: «cuidala bien».

Asentí mientras secaba las lágrimas que había soltado y me acercaba lentamente a donde Jan se encontraba llorando. Puse mi mano en su espalda y froté tranquilizadamente.

Miré a Dean y pude ver la lucha interna que estaba librando, entre quedarse o dejarse ir. Tan pequeño e inocente y teniendo que enfrentarse a todas estas cosas tan difíciles, cuando por ahí hay personas que merecen esto y más.

En estas ocasiones era cuando no comprendía nada. Dean merecía una vida plena y feliz, no vivir prácticamente en un hospital con dolor permanente. Merecía poder correr al aire libre, jugar con sus amigos, tener novias, ir a la escuela... Pero aquí estaba, viviendo una lucha diaria contra el cáncer, y a pesar de esto, era raro verlo sin una sonrisa en su rostro. Era el niño más positivo y alegre que había conocido en mi vida, y verlo así, queriendo rendirse, hacía que me doliera el alma.

Los sollozos desgarradores de Jan me hacían sentir mal por no ser capaz de aliviar su sufrimiento y el de Dean.

Cuando mi mano apretó su cuello en un gesto consolador, se volvió hacia mí. Pensé que me correría, que me diría que no quería verme, en cambio se dio la vuelta y me abrazó por la cintura fuertemente. Mis brazos rodearon sus hombros y sentí cada temblor que recorría su cuerpo.

—Tú no me dejes, por favor —gimió en contra de mi abdomen, el cual amortiguó un poco el sonido de su voz.

—No lo haré —dije, y ella levantó su rostro para verme con esos ojos llorosos e irritados, pero para mí seguía siendo igual de bonita que siempre.

Era refrescante que no escondiera sus verdaderos sentimientos de mí, que no se ocultara tras la máscara de hielo que siempre solía usar en público.

—¿Lo prometes? —preguntó y sorbió por su naricilla mientras parpadeaba para evitar que más lágrimas cayeran.

—Lo prometo, pequeña —contesté mientras retiraba el cabello pegado a su frente.

Después de que le aplicaron un poco de morfina a Dean para aliviar el dolor que tenía —el cual señaló era de 10 en una escala del 1 al 10— y se quedó dormido, lo dejamos descansar y fuimos a tomar un café para decirle lo que tenía que sacar de mi pecho.

Estábamos sentados —ella mirando por la ventana y yo mirándola a ella— cuando dejaron nuestro pedido en la mesa.

—Gracias —le dije a la mesera antes de que se retirara.

Me sonrió y se alejó.

Miré de regreso a Jan y ella ahora me estaba prestando toda la atención que quería.

—Te amo —confesé, viéndola a los ojos y noté cómo su barbilla empezaba a temblar.

—Derek...

—¡No, escúchame! —Cuando vi que no iba a decir nada, proseguí—: Te amo de verdad, y no me voy a alejar solo porque el destino me está jugando una mala pasada, quiero estar contigo al igual que tú, y sé que podemos hacer funcionar esto. El que vaya a ser... papá —dije con dificultad—, no quiere decir que me voy a casar con Mindy. Hablé con ella y estamos de acuerdo en que solo me haré responsable del bebé y de ella durante el embarazo, y sé que eso tal vez pueda ser difícil para ti, pero de verdad quiero intentarlo contigo, Janelle. Me haces sentir cosas diferentes y me haces ver el mundo desde otro ángulo, te admiro por ser tan fuerte y por no haberte quebrado bajo situaciones por las que hasta la persona más fuerte pudo haber cedido.

» Eres una mujer increíble, una hermana maravillosa, una amiga inigualable, y sé que como novia serías más que eso. Como mi novia. Eres... mejor de lo que esperaba y sería un tonto si te dejo ir. Sé que eres difícil, pero yo soy terco, lo sabes, y no me voy a rendir. Como te dije antes, podrás tratar de escapar pero siempre terminarás entre mis brazos. Te amo y eso no va a cambiar fácilmente, ¿entiendes?

Ahora las lágrimas corrían libremente por su rostro, pero su mirada era diferente. Era... esperanzada, supongo. Sus ojos adquirieron un poco del brillo que no estaba cuando nos encontrábamos con Dean.

—Di algo —susurré cuando pasaron varios minutos en silencio.

—También te amo —contestó en poco más que un susurro, y mis ojos se abrieron con la sorpresa. Sonreí y me levanté solo para volver a sentarme, pero ahora a su lado.

—¿De verdad?

Asintió tímidamente. Una risa escapó de mi pecho y tomé su rostro entre mis manos para plantar un beso en esa bonita boca que tenía.

—Ah, pequeña, no sabes cómo me hace feliz saber eso. De verdad, eres... ah, eres increíble. Te amo —repetí, besándola nuevamente.

Ella tomó mis muñecas con sus manos y se alejó un poco de mí.

—Sí, te amo, pero no creo que pueda soportar estar contigo cuando sé que tendrás el hijo de alguien más. No sería..., yo..., me dolería mucho, y en estos momentos lo que menos necesito es más dolor. Eres mi mejor amigo, Derek, y no quiero perderte, pero tampoco puedo estar contigo.

«No, no, no, no, no.»

—No voy a permitir que me alejes. Te daré un poco de tiempo para que te acostumbres a la idea, pero no me voy a rendir.

Ella miró mi rostro, lo examinó detalladamente —parecía querer memorizarlo— antes de asentir y darme un pequeño beso.

—Mañana llega Lora de sus vacaciones y aún no le he dicho que descompuse su coche.

Reí.

—No creo que se moleste mucho por eso, es una amiga comprensiva, ¿no?

—Así es. —Tomé su mano y la elevé para depositar un beso en su palma.

—Mañana también regresa Marcus. Podríamos salir los cuatro a comer o algo... —me interrumpí cuando ella empezó a negar con la cabeza.

—Tuve una entrevista para un nuevo trabajo y empiezo mañana.

—¿Qué? ¿Dónde? —pregunté sorprendido. Había olvidado que necesitaba un nuevo empleo desde lo de la cafetería.

—No te diré. —Eso me sorprendió más.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque te conozco y querrás estar ahí en cualquier tiempo libre que tengas.

Traté de suprimir la sonrisa que podía sentir formándose en mis labios. «Esta mujer me conocía a la perfección.»

—Lo averiguaré, lo sabes —dije mientras depositaba un beso en su mejilla aún húmeda.

—Para ese entonces ya habré conseguido una buena cantidad de dinero y podré salirme sin problemas.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué tendrías que salirte?

—Porque... sé que no te agradará. —Se levantó para ir al sanitario y yo me quedé ahí un poco confundido. ¿Dónde demonios podría trabajar para saber que no me gustara la idea?

Capítulo 17

2 semanas después

—Hijo de... ¿por qué no me habías dicho antes? —pregunté casi gritando, me encontraba realmente enfurecido.

La noticia de que Jan estuviera trabajando en un bar como cantante definitivamente no me agradaba. Menos aún la idea de que su uniforme consistiera en una falda corta de mezclilla y una blusa de botones que no tapaba su vientre y dejaba a la vista parte de su escote.

La información que mi amigo me acababa de brindar apagó cualquier alivio que hubiera sentido por la noticia anterior, la que quería compartir con Jan

Marcus había ido dos o tres veces esta semana y hasta el día de hoy se había dignado a decirme lo que había visto.

—Cálmate, hombre, no es como si estuviera quitándose la ropa. Además, solo son amigos, ¿no? ¿Cuál es tu problema?

Apreté los dientes con el recordatorio de nuestra «relación.»

Me había evitado desde aquel día en que salimos del café, y yo se lo había pasado porque no quería presionarla, pero esto era demasiado. No iba a permitir que los hombres se la comieran con los ojos mientras los seducía con su dulce voz. Solo pensar en ello me hacía cerrar los puños y querer golpear a alguien.

—¿Dónde?

—¿Uh? —Marcus se miraba confundido y me hubiera reído si no fuera porque estaba a punto de golpearlo.

—¿Dónde trabaja? —pregunté lo más calmado posible.

Él se rascó la nuca y supe que no me iba a gustar su respuesta.

—Saxochicks —respondió quedamente y mi sangre se congeló.

Ese maldito lugar era conocido por dos cosas solamente:

1. Dejaban beber a los menores de edad.
2. Era donde las prostitutas iban a buscar clientela.

Pensar en Jan cerca de ese tipo de gente no agradaba para nada. Ya había anochecido así que era seguro que el bar ya había abierto. Tomé las llaves de mi auto y me puse mis Vans.

—Vamos —dije mientras le lanzaba las llaves a Marcus.

Jan se iba a llevar una gran sorpresa esta noche. No me importaba si yo tenía que estarle dando dinero cada semana, ella no volvería a pisar ese lugar.

El bar estaba atestado de gente y la música country estaba demasiado fuerte.

Mientras me abría paso entre la multitud buscaba a Jan entre el mar de personas para poder sacarla de aquí. «Ya verás cuando te encuentre, Ferrati.»

A lo lejos pude visualizar una pequeña figura de espaldas a mí, vestida provocativamente con el uniforme que Marcus me había descrito anteriormente, y estaba hablando con una alta morena

Cuando me acerqué lo suficiente pude reconocer que era Lora, y mi sangre hirvió al darme cuenta de que ella la había apoyado en que trabajara aquí en vez de convencerla de que buscara en otro lado. En dos grandes zancadas ya me encontraba detrás de ella, y la tomé por la cintura. Jan dio un pequeño brinco por el susto y luego se dio la vuelta para palmearme el pecho.

—Tonto, me asustaste —dijo mientras colocaba una mano sobre su pecho, el cual prácticamente exhibía—. ¿Qué haces aquí?

Fruncí el ceño al estudiar más de cerca su apariencia. Se miraba realmente sexy. Y me molestó que todos en esta habitación pudieran darse cuenta de ello.

—¿Qué haces tú aquí? —Mi mirada se reunió de nuevo con la de ella y vi sus mejillas un poco más hundidas que antes. «¿No había estado comiendo bien?»

—Estoy trabajando. —Su tono condescendiente no se me pasó por alto. Cruzó sus brazos sobre su pecho y tuve un momento difícil tratando de evitar que mi mirada viajara a su escote nuevamente.

—Mírate —le dije —pareces una pu...

—No te atrevas —siseó con sus dientes apretados y su dedo índice apuntándome—. No te atrevas a decir algo de lo cual luego vas a arrepentirte.

Cerré los ojos y exhalé lentamente.

—Necesitamos hablar —dije cuando abrí mis ojos nuevamente.

—Ya lo creo —respondió mirando a su alrededor—. Pero más tarde, ya que termine mi espectáculo. —No me gustaba como se escuchaba eso.

—Jan...

—Hoy es mi último día, por favor, contrólate. Te dije que para cuando me encontraras yo ya habría ganado suficiente dinero, ¿no?

«¿Cuánto le pagarían?»

—Está bien, pero aquí te esperaré, no esperes que me vaya a ningún lado.

Rodó sus ojos y se alejó de mí.

Cuando ya no estaba a mi vista giré para buscar a Marcus, pero él parecía estar demasiado ocupado con Lora en una esquina del bar.

Caminé entre la apretada multitud hasta que encontré un asiento vacío y luego me puse a pensar en la llamada de Mindy. Me había pedido hace dos días que la acompañara a hacerse unos exámenes porque había estado sangrando últimamente — asqueroso— y tenía miedo de que pudiera abortar o algo, así que la llevé con un especialista y le hizo unos exámenes. Según parece hoy llegaron los resultados y ella quería compartirlos conmigo.

«—Buenas noticias —dijo cuando respondí la llamada—. Según parece todo era una falsa alarma.

«¿Falsa alarma?»

—Mindy, creo que no te sigo.

—¡No estoy embarazada, Derek! Las pruebas a veces fallan y yo solo me hice una, el doctor me dijo que el sangrado era mi periodo.

Hice una mueca de asco. «Soy hombre, no quiero saber de eso, por Dios.» Y justo después de la mueca, vino una sonrisa. Una enorme y sincera sonrisa.

—¡Dios! ¿No estás jugando conmigo verdad?

—Nah.

Una verdadera risa brotó por mi pecho y sentí un enorme alivio al saber que aún no tendría que cargar con esa responsabilidad. Aunque la verdad, creo que ya me había acostumbrado a la idea.

—Ah, eso es genial.

—Sí... eso creo. Como que ya me había agradado la idea de ser madre, ¿sabes? Pero bueno, aún tengo una larga vida por delante.

Sonreí con aprecio

—Estoy seguro que serás una gran madre algún día.

Al igual que tú, Derek. Gracias... por todo, eres un buen tipo. La verdad —sonó un poco insegura— no sé cómo pudiste salir con Molly.

Reí.

—La verdad es que yo tampoco.

Tras intercambiar unas palabras más, colgamos.

Y me sentí más ligero que nunca.

Ahora podría ir nuevamente tras Janelle y ella no tendría ninguna excusa válida para rechazarme. Yo sabía que ella estaba casi tan loca por mí como yo por ella. Estaba a punto de salir a buscarla, cuando Marcus llegó.»

—Ahora, presentamos a nuestra reciente estrella —dijo un pequeño hombre robusto—. Recibamos a nuestra cantante, la pequeña Janda.

«Janda. Gracioso.»

Ví cómo Janelle fulminaba al tipo y decía en voz baja: «Es Janelle», antes de que la música empezara a sonar. Empezó cantando una canción movida que en poco tiempo tenía la pista de baile llena.

Su voz me hipnotizaba realmente, y no podía apartar mis ojos de ella. Después de cada canción escuchaba los gritos de la gente pidiendo otra, o los hombres que le decían cosas... estúpidas. Tenían suerte de que no podía distinguir quiénes eran los que le gritaban cosas tan vulgares.

Después de que terminó de cantar la cuarta o quinta canción —no estaba seguro de cual era—, una lenta melodía empezó a sonar.

—Bueno, ahora les traigo una canción un poco más lenta y romántica, para todas las parejas que se encuentran hoy aquí. Quiero agradecerles por apoyarme tanto estas dos semanas y decirles que hoy es mi último día como cantante.

Un coro de «¡Buuuuh!» se hizo escuchar y Jan sonrió ampliamente.

—Como cantante fija, quería decir. Probablemente me dé una vuelta por aquí una o dos veces a la semana. ¿Les parece?

Aplausos y gritos siguieron a su noticia y yo simplemente admiraba la naturalidad con la que ella se desenvolvía en el escenario con el público que la adoraba.

—Bueno, la canción que les voy a cantar se llama Linger y es de The Cranberries. Una canción vieja, lo sé, pero me sigue gustando mucho. Así que aquí voy.

Su voz me cautivó desde el principio, y aunque sabía que era una canción de desamor, no podía evitar pensar que estaba tratando de decirme algo.

*Estoy segura de que no estoy siendo grosera,
pero es solo tu actitud.
Me está desgarrando,
está arruinando todos los días
para mí.*

*Juré que sería fiel,
y cariñosa por lo que hiciste
¿entonces por qué estabas tomando su mano?
¿Es esa la forma en la que estamos?
¿Estabas mintiendo todo el tiempo?
¿Era solo un juego para ti?
Pero estoy tan adentro,
sabes que soy una tonta por ti.
Me tienes envuelta alrededor de tus dedos.
¿Tienes que dejarlo atrás?*

El sentimiento que le ponía a la canción era admirable. Sus ojos cerrados, y sus manos agarrando el micrófono tenían a varios hombres prestando atención y a muchas parejas bailando acurrucados.

Abrió los ojos y se encontró con los míos mientras seguía cantando.

*Oh, pensé en tu mundo,
pensé que nada podía salir mal,
pero me equivoqué, me equivoqué.
Si tú, si tú pudieras pasar
tratando de no mentir,
las cosas no serían tan confusas,
y yo no me sentiría tan utilizada,
pero tú siempre realmente supiste.
Solo quiero estar contigo.*

Asentí y ella sonrió. Yo sabía que ella quería estar conmigo y a eso había venido esta noche, a hacerla aceptar precisamente eso

Cuando la canción terminó me puse de pie y aplaudí mientras la demás gente silbaba y le aventaba... ¿billetes? «Entonces así fue cómo consiguió dinero tan rápidamente.» Cualquiera pensaría que se había desnudado por la cantidad de dinero que le daban. Y esto aunado a su paga oficial... supongo que era bastante.

Ella bajó del escenario después de recoger el dinero, y fue a una puerta trasera. Estaba por ir tras ella cuando volvió a salir con una gran sonrisa.

—Hola —dijo cuando llegó a mi lado.

—Hola, pequeña.

Miró a nuestro alrededor y luego a mis ojos nuevamente.

—¿Y Lora?

—Con Marcus.

Rodó los ojos y sonrió.

—Y ella dice que no tienen nada serio.

Reí por su comentario. Tenía razón, Marcus se empeñaba en negar que tenían una relación seria, pero sabía que estaba loco por esa chica. Se le notaba porque le brillaban los ojos cuando la miraba, y aparecía una tonta sonrisa en su cara cuando hablaba de ella. «¿Tan obvio había sido yo?»

—Ey, quiero decirte algo.

—Soy toda oídos.

La gente a nuestro alrededor nos estaba empezando a empujar por el nuevo cantante que había subido. Él hacía un poco más de relaxo, así que la tomé de la mano y la saqué del bar.

—Vamos a mi casa, quiero un poco de privacidad. —La miré a los ojos y noté su nerviosismo.

—No creo que sea buena idea...

—¿Por qué no? —pregunté frunciendo el ceño.

Respiro profundamente y luego desvió la mirada.

—No confío en mí estando contigo.

Sonreí.

—No lo es.

—Sí, lo es. Vamos.

La jalé del brazo y prácticamente la empujé en el coche.

—Te veo más relajada —dije para romper el silencio dentro del auto

Me miró y sonrió.

—Lo estoy. —Elevé mi ceja en forma de pregunta—. Le hicieron nuevas radiografías a Dean, y según parece las manchas en sus pulmones ya no crecieron. No se han eliminado, pero... tampoco han crecido, se encuentra estable. Desde aquel día no había estado segura de lo que pasaría, pero Carter me dio varias opciones, solo es cuestión de verlas junto con Dean

—¿Carter? —pregunté. Sí, lo sé, soy terrible. De todo lo que me dijo solo escuché el nombre de Carter.

Ella puso sus ojos en blanco.

—El doctor de Dean.

—Ah, el sonriente.

—Sí, ese.

Me quedé pensativo un momento.

—¿Y qué opciones te dio?

Se quedó en silencio hasta que llegamos a mi departamento. Entramos y nos sentamos en un sillón uno junto al otro, nuestros muslos juntos, y sentí natural rodear sus hombros con mis brazos y que ella recargara su cabeza en mi hombro mientras mirábamos la televisión

Estábamos viendo The big bang theory cuando llegaron los cortes y ella habló.

—Él va a morir, ¿sabes? Tal vez no mañana, ni la próxima semana, pero morirá. El cáncer ha invadido todo su cuerpo y lo único que el tratamiento hace es matar sus defensas. —No dije nada mientras ella seguía explicándose—. ¿Sabías que la mayoría de la gente que tiene cáncer no muere por esto? La quimioterapia mata sus defensas, lo que deja a la persona más vulnerable a otros virus. Una tos que se complicó y se volvió neumonía, una infección en una de las heridas de operación que no cicatrizaron bien, pueden ser muchas cosas, pero más del 90% de la gente con cáncer que muere no es por cáncer.

Aún no sabía a donde quería llegar con esto.

—O sea, si ya sabemos que de todas maneras va a morir, ¿cuál es el punto de seguir dándole quimioterapia, radioterapia o lo que sea, si lo único que va a hacer es tenerlo sufriendo? ¿No es preferible que este en casa, con su familia, viviendo sus últimos días plenamente? —Respiró profundamente, me miró y yo me sorprendí al encontrar sus ojos secos—. Esa es una opción. Sacarlo del hospital y darle tratamientos naturales alternativos. La otra es dejar que siga ahí con el tratamiento sin estar seguros de que vaya a funcionar.

Ahora sí veía su punto.

—¿Y tú qué crees que es mejor? —pregunté mientras jugaba con un mechón de su cabello.

—Lo que decida Dean. —Se encogió de hombros y luego me brindó una sonrisa—. Es inteligente y sé que elegirá lo mejor para él.

—Es lo más probable —dije antes de acercarme a besarla.

Un pequeño beso inocente en sus labios y ella se alejó.

—No lo hagas, por favor—susurró.

Suspiré y pasé las manos por mi cabello, despeinándolo en el proceso.

—Hoy iba a ir a buscarte para contarte lo que pasó, pero luego Marcus llegó y me contó dónde estabas trabajando y me volví loco porque solo quería encerrarte para que nadie te viera vestida así y olvidé lo que te iba a decir. —Parecía niño pequeño divagando—. El punto es, Jany... no voy a ser papá.

Las muecas que se formaban en su rostro por cada emoción que pasaba era graciosa. Alivio, curiosidad, duda, enojo, ¿dolor?

—¿Ella tuvo un... aborto? —preguntó en un susurro.

—¿Qué? ¡No! Ya sabes que esas pruebas caseras de embarazo no son muy seguras y ella solo utilizo una. Empezó a... sangrar —expliqué e hice una mueca de asco— y fue al doctor para hacerse análisis, y resulta que era su periodo —otra mueca de asco—, nunca hubo bebé. —Sonreí cuando vi el alivio asentarse en su rostro.

—Eso es bueno —murmuró.

—Demasiado. ¿Sabes lo que eso significa?

Ella me miró interrogante.

—Que ya no tienes excusas para no estar conmigo. No puedes rechazarme ahora.

Ella sonrió ampliamente y me abrazó.

—No pensaba hacerlo —susurró antes de estampar sus labios con los míos.

Capítulo 18

Las dos semanas restantes de vacaciones pasaron y ya mañana regresábamos a clases.

Jan y yo como una pareja.

Por fin.

Ahora habíamos regresado de visitar a Dean en el hospital, de comentarle las opciones que tenía, y de tomar una decisión. Bueno, él fue el que tomó la decisión de que ya no quería seguir en el hospital, quería ir a la escuela, hacer amigos, estar con su hermana, salir... vivir.

Así que el fin de semana siguiente, ayudaría a Jan a limpiar la pequeña habitación contigua a la suya —donde prácticamente habíamos vivido encerrados este último par de semanas— para poder arreglarla conforme los gustos de Dean. Después de casi cinco años, por fin saldría de ese hospital.

Lo bueno es que como Jan había estado pagando los tratamientos, cirugías y demás gastos a tiempo, no tenía una gran deuda que saldar y tenía suficiente dinero ahorrado para poder comprar las cosas necesarias para la remodelación. «Si, ahí es a donde se iba todo su dinero.» Así que aquí estábamos, tumbados en la cama —desnudos— hablando sobre todo lo que haríamos en la habitación de Dean. Más bien, ella es la que hablaba, yo... solo me prestaba a escuchar con atención.

—...y le podemos poner cortinas oscuras para que hagan juego con los muebles. ¿Qué opinas de que el edredón sea guinda? Creo que es un poco maduro para él, pero pues él también es más maduro que los chicos de su edad.

No pude evitar reír por sus divagaciones. Me encontraba jugando con su cabello mientras ella estaba recargada en mi pecho sin parar de hablar

—¿De qué te ríes? —preguntó mientras movía su cabeza para que nuestras miradas se encontraran.

—De nada, amor. Solo... te ves muy linda así, desnuda y divagando. Creo que es mi combinación favorita —dije sonriendo.

Ella puso los ojos en blanco y me dio una palmada en el pecho

Besé su cabello.

—Es tarde, pero no creo que pueda dormir, estoy muy entusiasmada porque mañana empiezan las clases —admitió en medio de un bostezo

Resoplé.

—Solo tú podrías entusiasmarte porque las vacaciones se han acabado. Tal vez yo no estaría tan reacio a entrar si hubieras admitido tus sentimientos por mí desde el principio el verano.

—Cariño, al principio del verano lo único que quería hacer era cortarte las bolas.

Solté una carcajada que ella no tardó en seguir.

—Ay, amor, ¿y ahora?

Se encogió de hombros.

—Ahora me gustan demasiado ahí donde están.

—Picarona —dije mientras la volteaba para estar sobre ella.

Su pelo desparramado en la almohada y su sonrisa sincera junto con los ojos brillantes, felices, me hacía sentir realmente feliz. Sentí cómo se suavizaba la sonrisa en mi cara antes de hablar.

—Sabes que te amo, ¿no?

Parpadeó sorprendida antes de sonreír nuevamente.

—Lo sé, pero no tanto como yo a ti. —Se levantó un poco y plantó un pequeño pico en mis labios antes de salir corriendo—. Necesito hacer pipí.

Reí.

Hace tres meses no hubiera pensado que estaría enamorado. Y de nada menos que la chica más gruñona de la universidad. Pero ahora que la conozco mejor, sé lo frágil, dulce y cariñosa que puede ser. Aunque eso no le quita lo enojona. Sigo amándola con todo y sus defectos. No es que yo sea perfecto, pero casi, tienen que admitirlo.

Estaba recostado, con las manos cruzadas tras mi cabeza, viendo el techo cuando escuche la puerta cerrarse. Sin dejar de mirar el techo, hablé:

—Ven aquí, Jany, estoy listo para la tercera ronda. —La sonrisa en mi rostro se desvaneció cuando escuché como sorbía. Rápidamente me levanté y me encontré con una Janelle llorosa —. ¿Amor, estás bien?

Negó lentamente.

—Es Dean —dijo, y eso fue lo último que salió de su boca antes de que empezáramos a cambiarnos a toda velocidad.

Estábamos en la sala de espera del hospital.

En la maldita sala de espera.

Dean había sido introducido de emergencia al quirófano por una infección en su pierna. La semana pasada habían raspado parte de su hueso y habían quitado el músculo donde se encontraba el tumor, y le habían quitado parte del abdomen para reemplazarlo en la pierna. Además, tuvieron que quitar injertos de piel de su otra pierna para colocarlos sobre la que había sido operada, y según los doctores, el cuerpo los estaba rechazando. No había cicatrizado bien, y con este clima cálido, había sido propenso a que una infección se formara en la pierna afectada.

Quitar la piel y el músculo nuevamente no era algo bueno definitivamente. Y el que sus defensas hayan bajado lo suficiente como para tener que trasplantarle sangre — nuevamente— era aún peor.

Este tipo, Carter, había contactado con Jan para decirle que era urgente que vinieran. La infección ya había entrado en su torrente sanguíneo y lo tuvieron que inducir a un coma médico para poder aplicar el procedimiento que tenían en mente sin ponerlo aún más en peligro.

—Es probable que esta vez no lo logre —había dicho, y yo tuve que contenerme para no golpearlo cuando Janelle empezó a llorar desgarradoramente. Sé que nos estaba preparando para lo peor, pero... ¡aaaghhh!, era casi completamente imposible controlar mi reacción ante tal noticia.

Todo había ido bien por quince días y de repente... parecía que el destino no quisiera ver a esta increíble mujer a mi lado, feliz.

A las tres de la madrugada, Carter nos dijo que ya habían sacado a Dean del quirófano, pero el efecto de los medicamentos aún no había pasado, y no sabían el tiempo estimado durante el cual seguiría bajo el coma inducido.

—Jan... ¿necesitas un café o algo?

—No, solo... quédate conmigo, no me dejes.

—No me iré a ningún lado, amor.

—Gracias.

Nos sentamos nuevamente en la sala de espera. Quería decirle que fuéramos a su departamento para que descansara, pero sabía que se opondría, por lo que opté por no decir nada y quedarme para tranquilizarla. Sabía que en un par de horas teníamos que ir a la escuela, pero por nada del mundo pensaba dejarla, no cuando estaba tan mal.

—Jan, despierta, cariño —susurré en su oído. Se había quedado dormida en mi regazo con su cara escondida en mi cuello, y por más que me gustaba tenerla así, no sentía mis piernas—. Jan, por favor, despierta o tendrán que amputarme ambas piernas.

Escuché su risa ronca.

—Lo siento —dijo con voz adormilada mientras se levantaba y desperezaba.

—No importa, no es como si las necesitara para caminar o algo —dije tratando de aligerar el ánimo.

Ella me sonrió levemente y sacudió la cabeza.

—¿Vas a ir a la universidad?

—No si tú no lo haces —respondí rápidamente mientras sentía la sangre correr nuevamente por mis extremidades.

Me dio una tierna mirada que hincho mi corazón. «¡Yo puedo hacer que me dé miradas enamoradas!» Hice un baile de la victoria mental y le sonreí.

—¿Quieres que traiga el desayuno?

—Sí, por favor, de McDonald's si se puede.

—Está bien, solo deja recupero la movilidad en mis piernas. Estarás delgadita, pero los huesos pesan.

Rio un poco y me golpeó ligeramente en el hombro.

—Tonto.

—Me amas.

—Así es.

Capítulo 19

—¿Todavía no hay noticias? —pregunté mientras dejaba el desayuno frente a ella.

Hoy era el segundo día de clases y, por ende, el segundo día que faltábamos por estar en el hospital.

—No —me respondió mientras abría la bolsa.

Ayer había logrado convencerla de que fuera a su departamento a darse un baño y descansar un poco diciéndole que yo le llamaría si tenía noticias de Dean, pero un par de horas después, regresó diciendo que no soportaba estar «cómoda» en casa mientras su hermano estaba en coma. «Por favor.»

Me acomodé en el asiento a su lado y la jalé para que descansara contra mi costado mientras engullía los panqueques que le traje —sabía que le encantaban— para mimarla, y yo solo la admiraba.

Cada vez que me la imaginaba pasando estas cosas sin nadie a su lado que la apoyara incondicionalmente, me entraban unas ganas de gritar por lo injusta que era la vida. Bueno, ella siempre había tenido a Lora, pero a veces pensaba que no recibía el apoyo necesario de su parte. Me imaginaba a una niña de dieciséis años tratando de sacar adelante a su hermano ella sola, de darle todo lo necesario a expensas de ella misma.

Tal y como la conocía ahora, sabía que se había privado de muchas cosas necesarias para poder darle a su hermano cosas que eran dispensables, ya fuera ropa nueva, o juguetes, pero sabía que ella en su mente lo justificaba porque estaba enfermo. Y lo entendía. Pero me hubiera gustado estar a su lado desde hace mucho tiempo para hacerla comprender que no tenía por qué cargar con todo ese peso ella sola, para que pudiera desahogarse conmigo tal y como lo hacía ahora, solo para que supiera que ella también tenía alguien que la cuidaba y velaba por su bienestar. Pero ahora ya estaba aquí, y mi misión era aligerar su carga lo más que pudiera.

—¿En qué piensas? —preguntó, lo que me hizo salir de mis cavilaciones. No me había dado cuenta de que la había estado viendo todo este tiempo.

—En lo hermosa que te ves comiendo —respondí mientras quitaba un mechón de cabello de su rostro.

—Mentiroso.

—De verdad, te ves adorable con tus mejillas llenas de comida.

Rodó sus ojos, pero vi la esquina de sus labios elevarse en una sonrisa. Le gustaba hacerse la dura, pero sabía que la traía loca. Ese es el efecto Derek Parker.

—Creo que hoy también tendré que hablar con Lora. Espero no... ammm, interrumpir ninguna interacción que tenga con tu amigo —dijo mientras se sonrojaba.

Solté una carcajada. Ayer en la noche Jan había insistido una y otra vez en llamarla cuando el teléfono de Lora mandaba directo a buzón. Por fin la mujer se apiadó de ella y contestó con la respiración agitada mientras se escuchaba a Marcus quejándose sobre gente inoportuna en el fondo. No hace falta decir que Jan colgó sin decir nada con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—Mándale un mensaje antes para que esté preparada —dije con una sonrisa en el rostro.

Me fulminó con la mirada.

—No es gracioso.

—Sí lo es, amor, acéptalo.

—Bueno, un poco tal vez —admitió con una pequeña sonrisa.

Era alrededor de medio día cuando Carter entró a la sala de espera buscando a Janelle.

—¿Jany?

Ella dejó inmediatamente la tarea que estaba adelantando (la cual Lora recogía para llevársela al día siguiente al profesor) y se puso de pie. Quería ir con ella, pero me dijo que esperara, así que lo hice.

Esperé.

Aunque, créanme, no me gustaba la idea de ese tipo demasiado cerca de ella, siempre la miraba con ternura y buscaba cualquier pretexto para tocarla. Como justo ahora. «Maldito, aléjate, es mía.» No sé qué era lo que hacía que saliera lo posesivo en mí, pero casi me daban ganas de ir a hacerle pis encima para que los demás supieran que era mía. Pero eso era demasiado... asqueroso. Incluso para mí.

Ahora, volviendo a la escena frente a mí, pude ver cómo los hombros tensos de Jan se iban relajando poco a poco, lo que tomé como una buena señal. Ella lo abrazó rápidamente y escuché cómo le dio las gracias antes de darse la vuelta y venir hacia mí con una sonrisa en el rostro.

—Los antibióticos hicieron efecto y la infección ha disminuido considerablemente —dijo emocionada.

La tensión en mis hombros se alivió un poco. «Uh, ni sabía que estaba tenso.»

—Eso es fantástico, amor. ¿No te han dicho nada sobre... lo del coma? —Sus ojos brillaron—. En el buen sentido de la palabra.

Y asintió.

—Dijeron que acaba de despertar, que ya está fuera de peligro, pero aún está en terapia intensiva por lo que tendremos que esperar un par de horas más para verlo, pero... ¿qué es un par de horas más, cuando ya hemos estado aquí dos días?

Ella seguía parada frente a mí por lo que coloqué mis manos en sus caderas y la jalé un poco más cerca hasta que quedó entre mis piernas.

—Me alegro mucho, de verdad.

—Lo sé, siento que por fin puedo tomar una respiración después de casi dos días conteniendo el aliento. Me siento tan aliviada. —Su voz se quebró un poco y la senté en mi regazo para poder acariciarla y consolarla.

Un pequeño sollozo escapó de ella.

—De verdad creí que no lo lograría, ¿sabes? Y me siento como una persona terrible.

—No, hermosa, no eres una persona terrible, supongo que solo querías... que él dejara de sufrir. Tal vez eso es lo que quieres en el fondo. Que él ya no tenga que pasar por esto, aún si eso te destroza. Eres la persona menos egoísta y más desinteresada que conozco y esa puede ser una posibilidad.

El silencio reinó por unos minutos.

—¿Sabes? A veces creo que me conoces mejor que yo misma.

—Yo opino lo mismo.

Me dio una mirada divertida antes de presionar un ligero beso contra mis labios. Se sentía tan bien poder hacer eso cuando queríamos.

—Pero ya hablando en serio, creo que a veces sí siento eso. Solo... no quiero que él pase más dolor, pero al mismo tiempo no quiero que me abandone. ¿Es eso ser egoísta? —preguntó viéndome a los ojos.

—No, cariño, eso no es ser egoísta. Y si lo fuera, tienes todo el derecho a serlo. Anteponer siempre el bien de los demás antes que el tuyo te da derecho a ser egoísta un par de veces en la vida.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Y lo que yo digo se hace, es la ley de la vida.

Rio libremente antes de palmeear mi pecho débilmente.

—Tonto —dijo riéndose aún.

¿Les había dicho cuánto me gustaba hacerla reír? Bueno, pues me encanta, por si no les quedó claro.

—Solo por ti, cariño.

—Más te vale.

—Hola, Dean.

—Hola, campeón —saludamos mientras entrabamos en su habitación.

Lo habían trasladado de terapia intensiva apenas una hora antes y acababa de despertar hacía no más de veinte minutos.

—Ey —dijo con voz débil y nos brindó una sonrisa temblorosa. Su boca estaba seca y vi cómo lamió sus labios.

—¿Tienes sed? —preguntó Jan mientras se acercaba a servirle un vaso de agua sin esperar su respuesta.

—Un poco.

Jan llegó hasta a él y levantó un poco su cabeza para que pudiera tomar agua sin ahogarse. Una vez que terminó el agua hizo un sonido satisfactorio, ese que haces cuando tomas agua fresca en un día caluroso.

—Así está mucho mejor, mi garganta realmente lo aprecia.

Le sonreí.

—¿Y cómo te sientes?

—Operado y recién salido de un coma. —¿Desde cuándo los niños de once años contestaban sarcásticamente?

—Ja ja, muy gracioso —respondí cuando Jan lo miró divertida mientras acariciaba su frente.

—Pues me siento bien, teniendo en cuenta las circunstancias, gracias por preguntar.

—Me alegro mucho. Nos diste un gran susto —dije mientras me sentaba en la silla al lado de la cama y descansaba mis codos en mis rodillas.

—¿De verdad? —preguntó mientras elevaba su mirada para encontrar la de Jan.

—Así es, niño. —Besó su cabeza—. Trata de no volver a hacerlo, por favor.

—Pero fue tan divertido —bromeó. Este niño encontraba cómo hacerte reír aún en medio de tanto caos. Siempre tan fuerte y positivo.

—No para mí.

—Nosotros —la corregí.

—Nosotros —repitió Jan, mirándome con amor.

La miré tratando de comunicarle cuánto la adoraba y lo agradecido que estaba por tenerla a mi lado, hasta que Dean rompió el encanto mientras carraspeaba. Pero bueno, este era su momento no el nuestro.

Capítulo 20

—¿Entonces dices que Dean se irá a vivir contigo? — preguntó Lora mientras nos encaminábamos los tres al estacionamiento.

Las clases ya habían acabado por hoy y yo estaba más que listo para tener un tiempo a solas con Jan.

—Sí, solo es cuestión de que lo tengan en observación por unos cuantos días más y ya después lo podré sacar de ahí. Estoy muy emocionada —dijo Jan, sonriendo mientras se acurrucaba más a mi lado y yo rodeaba sus hombros dándole un pequeño apretón.

Giró su cabeza en mi dirección y besó mi mandíbula.

—Ugh, ustedes dos son realmente asquerosos. Toda la semana he tenido que soportar sus demostraciones públicas de afecto y toda la cosa de: «Te amo», «No, yo te amo más» — imitó nuestra voz. Lora negó con la cabeza como si estuviera decepcionada.

—Envidiosa —le contesté—. Solo porque Marcus no es así contigo no significa que nosotros no tengamos por qué ser así.

—No, en serio, ustedes son tan... asquerosamente dulces y tan empalagosos que no me sorprendería si mueren por diabetes un día de estos.

Jan y yo empezamos a reír. Lora estaba medio loca, pero me caía muy bien.

Estaba a punto de contestar algo inteligente cuando Marcus llegó corriendo y cargó a Lora entre sus brazos besándola desesperadamente.

Jan resopló.

—Y luego dicen que nosotros somos los que se exhiben. — Me dio una mirada divertida y luego jaló mi brazo—. Vámonos antes de que se den cuenta, ya quiero tenerte para mi solita. — Mordió su labio y me miró por debajo de sus pestañas.

Reí e hice exactamente lo que me dijo, la llevé a mi auto, la besé y luego nos dirigimos a mi departamento.

—Extrañaba esto —dijo con un suspiro mientras la jalaba contra mi costado en el sillón.

—¿Qué? ¿Qué te hiciera de comer? —pregunté antes de tomar un sorbo de mi té.

Su risa llegó a mis oídos un segundo antes de que recargara su cabeza contra mi hombro.

—Además de eso, tonto. Ya extrañaba estar así los dos solitos como antes. Entre la escuela y los turnos en el hospital, ya casi no he tenido tiempo para ti, lo siento.

—No tienes por qué disculparte, pequeña. Créeme, yo también había extrañado tenerte así, pero vale la pena esperar solo para tenerte los fines de semana. —Dejé el vaso en la mesa y me giré un poco para poder ver su rostro. Se le miraba más... feliz, más relajada, y eso me gustaba.

Se acercó a besarme y yo la tomé por la cintura.

—Espera —dijo jadeante mientras se separaba de mí un par de minutos después—. Me tengo que ir en media hora, y si seguimos por este camino no voy a llegar a tiempo, ya sabes.

Gemí y cerré los ojos descansando mi cabeza en el sofá.

—Tú tienes la culpa. —Un cojín rebotó en mi pecho y abrí un ojo para ver a Jan de pie, luciendo despeinada y con los labios hinchados. Cerré los ojos más fuertemente—. Ve a cambiarte antes de que cambie de opinión y te desnude aquí mismo.

Su risa llegó a través del pasillo y una sonrisa se pintó en mis labios.

—¿A qué hora sales hoy? Para venir a recogerte. —Estaba estacionado fuera del hospital porque había venido a traer a Janelle, pero no quería dejarla. No aún.

—A las diez, pero creo que Carter me puede ir a dejar, así que no es necesario que...

—No —la interrumpí—. Nadie más que yo va a ir y venir por ti, y menos ese... tipo.

Jan me miró con una sonrisa divertida y yo fruncí el ceño.

—Amor, ese tipo está casado.

—No me importa, que esté casado no significa que no tenga ojos, y no me gusta que te mire
cua...

—Con un hombre. —Esta vez fue su turno de interrumpirme. «Espera, ¿qué?»

—Me estás diciendo... —Mi cerebro estaba tratando de ver si había procesado mal la información.

—Que es gay. —Jan rio—. Carter es gay, Derek, no tienes por qué preocuparte. Además, yo solo tengo ojos para ti. —Se acercó a darme un beso y luego salió del auto—. Así que no te preocupes, no tienes por qué ser tan inseguro.

«¿Inseguro yo?»

—No estaba inseguro, solo... no quería que el sufriera una decepción cuando se diera cuenta de lo loca que estas por mí.

—Lo que tú digas, adiós. Te amo.

—Te amo más —contesté mientras la miraba entrar al hospital.

«Uh, Carter es gay. Una preocupación menos.»

Estaba recostado en mi cama cuando me llegó un mensaje de Marcus:

Marcus:

«Estoy jodido.»

Yo:

«¿Por qué?»

Marcus:

«Creo que me enamoré.»

¿Y el pobre se iba dando cuenta hasta ahora?

Yo:

«Ya lo sabía, se te nota a leguas.»

Marcus:

«Maldición, ¿ahora qué hago?»

Yo:

«Díselo, no pierdes nada con intentarlo.»

Marcus:

«No es tan fácil.»

Yo:

«El que no arriesga no gana.»

Después de eso Marcus ya no contestó, pero esperaba que se armara de valor y le contara a Lora como se sentía. Porque a Lora también se le notaba el amor en la mirada, no es algo que se pueda esconder tan fácilmente.

Quería que supieran lo que se siente amar a alguien como yo amo a Jan y como ella me ama a mí. El nuestro era un amor de esos que te cambian la vida, de los que te dan un sentido y una razón de ser, de los que te impulsan a dar y hacer feliz, de los que, si los pierdes, sabes que tu vida nunca volverá a ser como antes, porque ya ha hecho mella en tu alma y dejada una huella en tu corazón.

Sacudí mi cabeza cuando mis pensamientos se fueron al lugar ¿Qué pasaría si Jan me dejara?, y definitivamente no quería ir allí. Hoy la tenía, y aunque el futuro es incierto y puede que mañana ya no, no iba a estarme torturando con eso. Iba a disfrutar cada segundo a su lado y a saborear cada muestra de amor que me diera, a atesorar cada momento que estuviera con ella y no a pensar en cosas deprimentes.

Mi teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo. Cuando lo saqué vi el nombre de Jan en la pantalla y una foto de ella sacándome la lengua, y una sonrisa se formó en mi rostro inconscientemente.

—Hola, amor.

—Ey, ¿puedes venir por mí?

—¿Ya son las diez?

Me levanté del sillón y empecé a ponerme mis Vans.

—Ah no, todavía son las nueve, pero estaba quejándome de la tarea de álgebra que no había hecho aún, y mi jefa se apiado de mí. De todos modos, hoy no hubo mucho movimiento en el hospital.

—¿Tarea de álgebra? No sabía que teníamos tarea —dije un poco asustado.

—Sí, sobre eso..., te cuento cuando pases por mí.

—Está bien, te veo en quince. Te amo.

—Yo también, maneja con cuidado.

—Eso haré.

Colgué y me subí rápidamente al auto. Prendí la radio y salí rápidamente hacia el hospital.

Era tan tonto pensar en lo mucho que la había extrañado, cuando hace un par de horas la tenía entre mis brazos. Pero bueno, eso es lo que te hace el amor.

Estaba tarareando la canción Safe and sound cuando el semáforo en el que estaba se puso en verde. Aceleré, y unas luces me encandilaron. Entrecerré mis ojos, y antes de darme cuenta, un fuerte impacto hizo que mi auto se volteara. Sentí cómo mi cuello daba un doloroso tirón y escuché el choque de metal contra metal. Vidrios salieron volando y mi cabeza rebotaba mientras el auto giraba.

Lo único que podía pensar era que iba a morir y nunca la vería de nuevo. A Jan. A la mujer con la que estaba planeando formar una familia.

La imagen de ella sonriendo y diciendo que me amaba llegó a mi mente y todo empezó a oscurecerse lentamente. Pensé una vez más cómo de injusta era la vida, el dolor que ella sentiría al saber que me había ido.

Bajé mi vista y pude ver un pedazo enorme de vidrio encajado en mi abdomen, la sangre mojando mi camiseta a una velocidad alarmante.

Cerré mis ojos y dejé correr las lágrimas cuando el conocimiento de que no podría consolarla esta vez llegó a mí.

Luego, nada.

Capítulo 21

Jan

Él me dijo quince minutos y ya habían pasado más de cuarenta. Estaba empezando a preocuparme un poco, imaginando varios escenarios, cada uno peor que el anterior. «Llega, Derek, me estas poniendo nerviosa.»

Para tratar de relajarme un poco, empecé a pensar en que Dean ya mañana saldría, por eso mi jefa me había dejado salir temprano, para poder compartir la noticia con mis seres queridos. O sea, Derek y Lora.

Le había dicho a Derek que había mentido, pero es que quería decirle cuando estuviéramos de frente. Él me había ayudado a arreglar la habitación de Dean, y sabía que se preocupaba sinceramente por su bienestar, que se alegraría cuando le contara la buena noticia.

Mi teléfono empezó a vibrar y bajé la mirada para ver que era Lora. Traté de controlar la decepción porque no fuera Derek.

—Hola —dije al contestar la llamada.

—Ey, Janelle.

—¿Marcus? —¿Que hacía Marcus llamándome desde el celular de Lora?

—¿Dónde estás?

—En el hospital, acabo de terminar mi turno, solo estoy esperando a que Derek llegue a recogerme.

—Él no va a poder ir por ti.

«¿Qué? ¿Por qué?»

—Yo creo que... —me interrumpí cuando escuché a Lora en el fondo diciendo algo. No pude entender nada de lo que dijo pero luego ella se puso al teléfono.

—¿Jany? —Se escuchaba preocupada y me tensé inmediatamente.

Lora nunca se preocupaba.

Nunca.

—¿E..., estás bien? —pregunté nerviosa.

El suspiro que soltó no hizo nada para calmarme.

—Acaban de hablar al teléfono de Marcus preguntando si conocía a Derek. Al parecer él... tuvo un accidente.

—¿Qué tipo de accidente? —Mi preocupación estaba aumentando cada vez más.

—Un accidente automovilístico. Al parecer algún tipo se pasó la luz roja y se estrelló contra Derek. Parece que está demasiado grave. Están llevándolo a algún hospital cerca, supongo que al tuyo. Iremos lo más pronto posible. Lo siento mucho, Jany. —No escuché ninguna palabra después de que dijo que se encontraba grave, solo podía pensar en que Derek tuvo un accidente mientras venía por mí.

Tuvo un accidente por mi culpa.

—¿Jan? —Lora aún seguía al teléfono, pero yo no podía responder, en mi garganta se encontraba un nudo enorme que no podía tragar.

Colgué el teléfono y me senté en la acera sin llorar. Creo que me encontraba en estado de shock.

Me encontraba mirando a la nada cuando escuché las sirenas de una ambulancia acercándose rápidamente, y de algún modo, yo sabía que ahí venía Derek.

Rápidamente me levanté y corrí. Llegué justo cuando bajaban la camilla que contenía un cuerpo cubierto con una sábana blanca. «No, no, no, no, ¡NO!» Miré a los hombres que bajaban la camilla y me acerqué a uno de ellos.

—¿Pu..., puedo ver el c..., cuerpo? —pregunté con mi voz temblorosa. En cualquier momento empezaría a llorar.

El hombre miró al otro y luego retiró un poco la sábana para descubrir a una mujer mayor de edad. Me sentí mal por el alivio que me inundo, ella tampoco merecía morir.

—Gracias —dije y luego entré corriendo al hospital.

Corrí entre los pasillos buscando a Carter. Él podía decirme si Derek se encontraba aquí o si venía en camino.

—¡Carter! —grité cuando lo vi al final del pasillo con dos enfermeras. Se giró a verme y su rostro adquirió un gesto confuso. Llegué hasta él sin aliento.

—Ey, Jany, ¿estás bien? —Puso una mano en mi espalda mientras frotaba en pequeños círculos.

Negué con la cabeza y luego las lágrimas empezaron a caer, mi cuerpo estremeciéndose por los sollozos.

Me abrazó.

—¿Derek? —pregunté.

—Justo ahora está en el quirófano. Al parecer un gran pedazo de vidrio le perforó un intestino, y, bueno..., tú sabes lo peligroso que es eso.

Mis rodillas se debilitaron. Derek no podía morir. No podía.

—Quiero verlo.

—Jany, sabes que eso es impos...

—¡Quiero verlo! —grité alterada. Levanté la mirada hacia Carter y le supliqué con mis ojos—.

Por favor —susurré.

Le tomó dos segundos de indecisión, pero al final cedió.

—Está bien, pero ponte una bata limpia.

Asentí limpiando las lágrimas de mi rostro con el dorso de mi mano.

Quince minutos después me encontraba al otro lado del quirófano, viendo por el vidrio que conectaba ambos cuartos a Derek, estaba recostado y lleno de cables, sus signos vitales eran estables, pero a juzgar por la cantidad de sangre que manchaba las batas y guantes de los doctores y enfermera, la herida había sido muy grave y profunda.

Mi cuerpo temblaba incontrolablemente y sentía que podría desmayarme un cualquier momento.

Pequeñas gotas saladas seguían saliendo por mis ojos y cayendo silenciosamente. No podía perderlo. No sé lo que sería de mí sin él.

Así como Dean era el soporte por el cual me aferraba a la vida, Derek era la tabla que me salvaba de hundirme en la locura y depresión. No podía funcionar correctamente sin él ahora. Lo necesitaba más que a nada.

Estuve un poco más de una hora viendo a los doctores trabajar con Derek, mi cuerpo nunca dejando de temblar. Me sentía fría por dentro a pesar de que la habitación estaba cálida.

Cuando terminaron, sacaron a Derek y lo llevaron a observación, donde pasaría el resto de la noche.

La ventaja de ser una enfermera era que podía entrar cuando quisiera a verlo con el pretexto de checar sus signos vitales. Y eso estuve haciendo por dos días. Dos. Malditos. Días.

Su cerebro se había inflamado y le estaban proporcionando medicamentos para que la inflamación bajara rápidamente, solo que aún no había despertado, y eso tenía a mi estómago hecho nudos. Para lo único que había salido del hospital fue para sacar a Dean y llevarlo al departamento. El día que se supone debía ser uno de los más felices en mucho tiempo, había sido opacado por otra desgracia.

Y así me sentía. Desgraciada.

Vacía.

Dean no había querido abandonar mi lado, pero le había pedido a Lora que por favor lo cuidara mientras yo estaba con Derek. Me sentía la peor hermana del mundo, pero no podría descansar hasta que supiera que él estaba fuera de peligro.

Le había dicho a Marcus que llamara a sus padres y ahora se encontraban aquí. Dos personas maravillosas que se encontraban destrozadas. «Vaya ocasión en la que nos conocimos.»

Cada hora más o menos salía a decirles algo sobre la situación de Derek, aunque no variaba mucho. Para el tercer día, Derek ya había salido de peligro y lo habían trasladado a una habitación en la planta baja donde había podido empezar a recibir visitas. Aunque seguía sin despertar, y eso me estaba volviendo loca. Creo que ya había bajado unos cuantos kilos.

Era después de medio día del cuarto día cuando entré a su habitación a checar sus signos vitales y que tuviera suficiente medicamento aún. Su madre se encontraba a su lado hablándole y peinando su cabello fuera de su frente.

—Tienes que despertar, tienes que luchar, hay mucha gente que te extraña. Está esta chica maravillosa, ahora veo porque querías luchar por ella. No ha dejado tu lado en ningún momento y se le ve desolada. Ella te ama sinceramente, lo puedo ver en sus ojos cada vez que te mira, y en cómo te toca cuando cree que nadie más la está viendo...

Me detuve en la puerta con un nudo en mi garganta y lágrimas picando detrás de mis ojos. Tomé una respiración profunda y toqué la puerta.

—¿Se puede?

Su mamá se giró y me dio una sonrisa temblorosa.

—Claro, querida, solo estaba diciendo... pidiéndole que luchara. —Parpadeó varias veces y luego negó con la cabeza.

Sin saber que decir me acerqué a su lado y le di un pequeño apretón en el hombro. Ella puso su mano sobre la mía y me devolvió el apretón.

Me alejé para empezar a revisar que todo estuviera en orden y que no faltara nada.

—Él te ama, ¿sabes?

Mi cuerpo empezó a temblar mientras trataba de no llorar. Últimamente eso era lo único que hacía.

—Lo sé —susurré.

—De verdad, nunca lo había visto tan entusiasmado con una chica como cuando fue a casa, se miraba... radiante.

Un sollozo escapó de mi boca.

—Yo... también lo amo.

—Lo sé, cariño. Se nota.

Me di la vuelta y limpié mis lágrimas antes de acercarme a Derek. Contemplé su rostro un poco magullado. Tenía algunos rasguños por aquí y por allá, pero eso no hacía mella en su buena apariencia. «Siempre tan guapo.»

Un tubo atravesaba su garganta y una mascarilla le proporcionaba oxígeno.

Besé su frente y susurré en su oído un «te amo» al igual que siempre que iba a verlo.

Aplasté el botón rojo que le proporcionaba el medicamento y luego salí de la habitación.

Derek

Traté de abrir los ojos, pero estaba demasiado cansado para incluso hacer eso.

Mi garganta dolía.

Mi cabeza dolía.

Todo mi cuerpo dolía.

¿Qué rayos había pasado?

Escuchaba voces cerca de mí, pero no estaba muy seguro de quienes eran

—Él te ama, ¿sabes? —Esa era mamá. Se escuchaba... triste.

—Lo sé. —Y esa era Jan. «¡Jan!»

Quise hablar, pero no pude, cualquier movimiento que hiciera dolía como el infierno. «Ah, maldición.» Quería decirle que tuve este maldito sueño donde yo moría y no la volvía a ver nunca más. Quería abrazarla para estar seguro de que solo fue mi imaginación. Quería besarla y asegurarme de que estaba vivo. Quería decirle cuanto la amo

Sentí una presión húmeda en mi frente y luego un «te amo» susurrado en mi oído por Jan. «Te amo más, pequeña, no te vayas. No me dejes, por favor.»

Si esto era un sueño, quería que durara lo más posible.

Estaba desesperado por no poder hablar, pero luego sentí que me hundía nuevamente en la oscuridad.

Jan

A las tres de la tarde volví a entrar a la habitación de Derek, la cual se encontraba vacía, y no pude resistir la tentación de acostarme a su lado, así que lo hice.

Me recosté y coloqué mi brazo sobre sus costillas, con mucho cuidado de no lastimarlo. Tomé su mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

Cuando me estaba quedando dormida, sentí un ligero apretón en mi mano y rápidamente giré mi cabeza para verlo.

—Derek —susurré.

Otro apretón en mi mano y luego sus parpados revoloteando. Me bajé de la cama y me acerqué a su rostro.

—Amor, Derek, soy yo, despierta. —Mi mano temblorosa acariciaba su rostro delicadamente.

Un pequeño gemido salió de él y luego su cara girando hacia mi toque. Sus ojos se abrieron en pequeñas rendijas y sonreí.

—Hola, amor. —Sus ojos parpadearon un par de veces y luego lágrimas cayeron por sus sienas.

Mi frente se arrugó con preocupación.

—¿Te duele?

Hizo un sonido, pero el tubo que tenía en su garganta amortiguaba cualquier palabra.

—Un parpadeo es sí, dos es no.

Parpadeó dos veces y yo sonreí.

—Te extrañe, no vuelvas a asustarme así. —Puse mi frente sobre la suya y cerré los ojos—. Si vuelves a hacerlo patearé tu trasero. —Besé su nariz y me alejé para limpiar las lágrimas que se empezaban a formar en mi rostro.

Lo quería tener para mí solita, pero sabía que tenía que avisar a los demás que ya había despertado así que toqué el botón sobre su cama.

—Ahorita vendrán a revisarte.

Él parpadeó fuertemente dos veces y me miró asustado.

—No me iré de tu lado, cariño, aquí estaré.

Sus ojos se relajaron un poco y luego empezó a entrar la gente. Doctores, enfermeras, asistentes, aprendices, todo mundo estaba en la habitación de Derek, y pude ver cómo empezaba a entrar en pánico, sus ojos nunca dejándome. Le brindé una sonrisa y moví mis labios diciendo que le amaba. Él parpadeó una vez y luego desvió su mirada a un doctor que le hacía preguntas.

Habían dicho que era probable que perdiera la memoria, pero al parecer a mí no me olvidó, y eso era un gran alivio. Suspiré lentamente y cerré los ojos. «Gracias, Dios.»

Capítulo 22

Derek

No sé cuánto tiempo pasó desde la última vez que vi a Jan, pero se sentía como una eternidad. Lo único que quería era salir de este maldito hospital, mandar a todos a la mierda y luego encerrarme con ella en una habitación por lo menos una semana.

Había varios espacios en blanco en mi mente y los doctores querían tenerme en observación por un tiempo, pero yo solo quería a Jan.

Me habían quitado el tubo de la garganta y por lo único que había preguntado era por Janelle y por mis padres. En este momento nada más me importaba.

—¿Necesitas algo? —Una joven enfermera rubia estaba siendo demasiado amable conmigo y no parecía querer dejar mi lado en un periodo corto.

—Amm... ¿conoces a mi novia, Janelle? —Su sonrisa flaqueó un poco y luego asintió rígidamente—. ¿Podrías conseguir que la vea?

—Déjame ver qué puedo hacer. —Se alejó de mí, refunfuñando y me alegré.

Algunos minutos después entró Jan, ya no estaba vistiendo su bata de enfermera, ahora tenía unos pantalones negros y una camiseta verde que hacía resaltar sus ojos. Su cabello estaba suelto como tanto me gustaba, y las gafas habían vuelto.

—Hola —saludo tímidamente desde la puerta.

No parecía querer acercarse mucho y eso me confundió. Abrí mis brazos y ella dudó solo un par de segundos antes de lanzarse a mis brazos abiertos. Chocó contra mi pecho e hice una mueca de dolor que ella no vio, pero no pensaba quejarme cuando la tenía aquí conmigo.

—Lo siento —sollozó—, no quería lastimarte. —Hizo amago de alejarse un poco, pero no la dejé.

—Déjame abrazarte —pedí con voz ronca—. Necesito saber que no estoy soñando.

Sus sollozos se volvieron más fuertes y su cuerpo empezó a sacudirse.

—No llores, pequeña.

—¿Cómo no quieres que llore? ¡Casi te pierdo! Casi me pierdo a mí misma, me estaba volviendo loca con la maldita incertidumbre de si despertaría o no, ¡así que no me digas que no llore!

Estaba enojada definitivamente, en algún momento de su diatriba se había alejado de mí y ahora me apuntaba con su pequeño y delicado dedo.

—Está bien, llora si quieres, pero déjame abrazarte por favor. Pasé un mal rato pensando que nunca te volvería a ver, y lo único que quiero ahora es tenerte a mi lado, rodearte con mis brazos y poder besarte y que me digas cuánto me amas, ¿podrías dejarme hacer eso?

Su ceño se relajó y luego se arrojó nuevamente entre mis brazos.

—Odio que puedas convencerme tan fácilmente.

—Es el poder de los moribundos.

Rió un poco y luego palmeó mi pecho ligeramente.

—No sé cómo puedes hacer bromas sobre esto. No es nada gracioso.

—Lo sé, pero no creo que pueda lidiar con la seriedad del asunto. —Suspiré recordando mi último pensamiento antes de haber caído en la inconsciencia.

—Te amo.

—Lo sé, amor. Yo te amo también, más de lo que puedas imaginar.

—No me dejes.

—Nunca.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

Hoy por fin me daban de alta en el hospital. Habían pasado tres semanas desde el hospital y Jan no había dejado mi lado más que para ir a comer y bañarse. Y solo una vez la convencí de que fuera a dormir a su departamento, los demás días se había quedado a mi lado.

Literalmente.

Dormíamos en la misma cama, apretados, pero no me quejaba

Todos mis amigos y compañeros habían ido a visitarme, incluso Dean. Para ser un niño de once años que pasó casi la mitad de su vida enfermo, era bastante alto. Tenía que usar muletas porque su pierna aún no estaba lo suficientemente fuerte como para apoyarse en ella, pero empezaría a ir a fisioterapia una vez que hubiera cicatrizado internamente.

Me sentía mal por haber alejado a Jan de su hermano en sus primeros días fuera del hospital después de quien sabe cuánto tiempo, pero a Dean se le veía bien, a comparación de Janelle que parecía haber perdido la mitad de su peso en estas semanas.

—Hola, amor. —Jan entró a la habitación vestida con su uniforme azul con ositos y llevaba una silla de ruedas—. Te voy a ayudar a cambiarte y luego te sacaremos de aquí. —Se acercó a mí y me besó lenta y dulcemente. Quitó las sábanas de mi cuerpo, revelando mi reacción hacia su beso. Me miró y sonrió pícaramente.

—No puedo evitarlo —dije en mi defensa.

—No quiero que lo hagas. —Se encogió de hombros y luego me ayudó a ir al baño para cambiarme. Mi rodilla dolía un poco y tenía que apoyar parte de mi peso en Janelle.

Cuando terminé de cambiarme —porque no la dejé ayudarme con eso— salí del baño y ella ya tenía la silla frente a mí. Me senté y luego me sacó de la habitación.

—¿Por qué no me dejaste ayudarte a cambiarte? —preguntó cuando estuvimos solos en un pasillo.

—Porque me excita que me desvistas —dije sinceramente.

Ella rio y sacudió su cabeza.

—También que me vistas. O que me mires. De hecho, todo lo que hagas me excita.

Su melódica risa resonó por el pasillo y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Estás loco.

—Un poco, pero así me amas.

—Tienes razón, no te preferiría de otra manera. —Hice mi cabeza hacia atrás y ella se inclinó para darme un beso rápido.

Después de todo el papeleo e instrucciones, ya estábamos fuera, dirigiéndonos a mi departamento.

—Estaba pensando que tal vez tengas que dormir en mi departamento o yo en el tuyo, no pienso dejarte solo por un buen rato.

Sonreí.

—Solo si es en la misma cama.

Jan me miró de reojo y sacudió su cabeza.

—No lo creo. Dean ahora estará cruzando el pasillo y no quiero que escuche nada inapropiado.

—Oh, Dios mío, Janelle. Yo solo estaba hablando de dormir. ¿Acabo de salir del hospital y tú ya estás pensando en saltar sobre mis huesos? Eres una perversa. —Estaba tomándole el pelo y me encantó ver su sonrojo.

—Eh... no, yo solo... quería decir... ¿qué?

Reí.

—No es cierto, amor. La verdad es que sí tenía pensando un poco de acción, pero no creo que pueda de todos modos, aún sigo un poco adolorido.

Llegamos a mi departamento y ella se bajó rápidamente para abrir mi puerta.

—Espera aquí, solo iré por unos cambios de ropa. Dormirás en mi lugar. —Antes de que pudiera decir algo, cerró la puerta y me dejó ahí solo.

Dos minutos después ya había vuelto.

—Eres rápida.

Me lanzó una sonrisa.

Cuando llegamos a su departamento, estacionamos a un lado de un auto que se me hacía conocido. Lora salió a recibirnos junto con Marcus y Dean detrás de ellos.

—Ey, hombre —me saludó Marcus.

Lora se acercó y me dio un abrazo, y Dean me saludó con la mano.

—Hola a todos —dije mientras bajaba y Jan me ayudaba a sentarme en la silla de ruedas.

«Me siento como un invalido.»

—Justo ahora eres uno —dijo Jan, respondiendo a mi pensamiento que, al parecer, había dicho en voz alta. Se acercó a mi oído y susurró—: Pero uno muy sexy.

Sonreí. Esta mujer sabía cómo hacerme sentir mejor.

Entré a una habitación llena de gente llorando y vestida de negro. Miré alrededor y todos eran conocidos míos. Seguí caminando y vi a Jan llorando sobre un ataúd. Traté de tocar su brazo, pero al parecer ella no me sentía. Me asomé dentro del ataúd y mis rodillas se debilitaron.

Era yo.

Estaba muerto.

—Prometiste que no me dejarías —dijo Jan llorando, luego un tipo llegó, la abrazó y se la llevó de ahí.

Lejos de mí.

—¡Jan! ¡Aquí estoy! —grité, pero ella no volteó. Simplemente se fue.

Me desperté cubierto de sudor.

Había pasado ya un mes desde el accidente y yo aún tenía pesadillas y todas tenían que ver con perder a Jan.

—Dios mío, Derek, ¿estás bien? —Jan estaba a mi lado, luciendo preocupada y con su mano sobre mi hombro apretándolo ligeramente.

Mi cuerpo estaba temblando y solo pude girarme bruscamente para abrazarla.

—¿Estás bien? —repitió mientras acariciaba mi cabello.

—Yo... estaba muerto, y tú te fuiste con alguien más. Te grité y no me escuchabas.

—Fue un mal sueño, cariño, aquí estamos. Tú estás vivo y yo estoy contigo. Tranquilo.

Sin poder controlarlo, empecé a sollozar.

—Tenía mucho miedo de no volver a verte —le dije y sentí que su cuerpo empezaba a temblar.

—Yo también —susurró con la voz quebrada—. Muchísimo miedo.

Nos quedamos así un momento hasta que los dos nos calmabamos considerablemente y luego me recosté, trayendo a Jan a mi lado. Cuando quedó acurrucada contra mi costado, su mejilla contra mi pecho, me atreví a hablar nuevamente.

—¿Sabes? Nunca pensé que me pasaría algo así. Uno no siempre es consciente de que es vulnerable, le pudo pasar a cualquiera, pero fui yo quien estuve en el momento equivocado en el lugar equivocado. Y es... horrible darte cuenta cómo de corta puede ser la vida.

—Pero tu vida no se acabó, aquí estas, así que deja de decir esas cosas.

—No, lo que estoy tratando de decirte es que la vida es demasiado corta como para desperdiciarla en tonterías. No sabemos cuándo va a llegar nuestra hora y quiero tomar las decisiones correctas, hacer las cosas que quiero, estar con la gente que amo. Quiero saber que soy tuyo y que eres mía.

—Soy tuya.

Sacudí mi cabeza.

—No entiendes.

—Pues explícamelo, ¿qué es lo que quieres? —Giró su cabeza, así nuestras miradas se encontraban.

Sabía que era una idea loca, pero aun así...
—Cásate conmigo.

Capítulo 23

—Estás loco.

—Tal vez, pero es lo que quiero hacer. Se siente correcto — dije, tratando de convencerla.

Sacudió su cabeza y me miró a los ojos.

—Solo lo dices porque tienes miedo, pero piénsalo bien. Nuestra relación apenas va empezando, no nos conocemos lo suficientemente bien como para...

—Tendremos tiempo suficiente para conocernos después de la boda.

—Ni siquiera trabajas.

—Puedo encontrar un trabajo.

—No hemos acabado los estudios.

—Al diablo los estudios.

—No, Derek.

—¿Por qué no?

Ella se apartó de mí y me arrepentí de estarla presionando.

—Tengo que hacerme cargo de mi hermano, de mis estudios, de mis gastos. No estoy preparada para ser esposa ahora mismo, apenas tengo veinte años.

—¿Y si yo muriera mañana?

—Cállate.

—No, en serio. ¿Qué pasaría si hoy fuera el último día que me vieras?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se puso de pie.

—¡No lo sé, probablemente me deprimiría y me volvería loca! ¿Es lo que quieres escuchar? —gritó. Sus manos volaron a tapar su rostro y empezó a sollozar.

Estaba a punto de ponerme de pie cuando escuché unos golpes en la puerta.

—¿Jany?

«Oh, rayos», habíamos despertado a Dean.

—No pasa nada, Dean, vuelve a dormir —dijo ella tranquilamente mientras se secaba los ojos con manos temblorosas.

—¿Puedo pasar?

Janelle me dio una mirada enojada antes de abrir la puerta un poco.

—Ve a dormir, Dean.

—Escuché que estabas llorando, ¿está todo bien?

Jan dudó un poco y luego suspiró.

—Sí, ahora vuelve a dormir, mañana hablaremos. —Escuché que la puerta de la habitación de Dean se cerraba antes de que Jan se diera la vuelta.

—Dormiré en el sofá.

—¿Qué? ¡No! Estás mal si crees que te dejaré dormir allá.

Hice amago de levantarme, pero ella extendió su mano deteniéndome

—Quiero estar sola justo ahora... Necesito pensar sobre... esto. —Hizo un movimiento de su mano para señalarnos a ambos—. No creo... no sé si pueda darte lo que quieres.

—Tú eres lo único que quiero —dije, el miedo aumentando en mi interior—. No estás pensando en dejarme, ¿verdad? Si es porque te pedí...

—No, Derek, no es eso. Solo... necesito pensar. —Se dio la vuelta y salió de la habitación, dejándome ahí recostado en su cama más confundido y asustado que nunca.

«¿Estaba pensando en dejarme?» En el fondo sabía que no debía de presionarla, pero... no lo sé. Mis métodos para asegurarme que no la perdería me estaban haciendo perderla. Ella era terca y tenía miedo, casi tanto como yo. Había presionado demasiado y lo único que logré fue hacerla huir como siempre que las cosas no salían como ella quería. Y estaba seguro que si iba a buscarla justo ahora, las cosas se pondrían peor.

Me recosté nuevamente en la cama y coloqué una almohada sobre mi rostro. «Agh, mujeres.»

El día siguiente fue horrible.

Jan y yo fuimos a la universidad, pero además de tomar mi mano y darme un beso de buenos días, no había habido mucha interacción entre nosotros. Y al parecer la gente lo estaba notando.

—¿Que le hiciste a Janelle, idiota? —Lora y su agresividad.

—¿Que te hace pensar que yo le hice algo?

—Mírala nada más. Se ve... destruida.

Hice una mueca de dolor. «¿Pensar en ser mi esposa le causaba tanta repugnancia?»

—Le pedí que se casara conmigo —dije casi en un susurro.

—¿Qué? —Ese fue Marcus—. ¿Estás loco? Apenas tienes veintidós años, Derek, no puedes desperdiciar tu juventud así.

Le lancé una mirada asesina y Lora le palmeó el brazo fuertemente

—No es un desperdicio de vida —dije seriamente—. Si tú hubieras pasado por la misma mierda que yo... —Sacudí mi cabeza y suspiré—. Lo último que pensé cuando tuve ese accidente fue en que nunca volvería a verla. Pensé en que nunca la haría sonreír otra vez ni estaría ahí para ella cuando necesitara apoyo o consuelo. Solo es... es mi manera de asegurarme que no la voy a perder. Pero al parecer no funcionó. Ya la estoy perdiendo. —Levanté mi mirada y Lora tenía ambas manos en su pecho viéndome con adoración mientras que Marcus se rascaba la nuca.

—Bueno, creo que entiendo eso —dijo Marcus sorprendiéndome. Lora lo miró con sorpresa—. Quiero decir, no he pasado por eso, pero... si sintiera que nunca volvería a ver a Lora, tal vez también me volvería loco y arrojaría la casa por la ventana. Tal vez no le pediría matrimonio, pero posiblemente le preguntaría si quiere mudarse conmigo. Es un gran paso también, y eso me aseguraría verla en la noche antes de dormir y en la mañana después de despertar. Me sentiría más... seguro. Así que sí, comprendo más o menos lo que quieres decir.

Lora y yo miramos a Marcus boquiabiertos. Marcus le sonrió tímidamente y se acercó para abrazarla.

—Sabes que te amo, Lora.

Lora empezó a parpadear rápidamente y me di cuenta de que iba a llorar. «Bueno, si tenía dudas de sus sentimientos, creo que acaban de evaporarse.» Lora se arrojó a sus brazos y lo besó, y yo... bueno, yo huí de esa íntima escena.

Marcus tenía razón, el matrimonio era algo muy apresurado, pero... Jan y yo vivíamos prácticamente juntos. ¿Qué otra manera había para sentir que era mía? Tal vez no me había explicado bien. O tal vez yo ni siquiera tenía muy claro lo que quería. «Dios, todo es tan confuso.» Supongo que solo quedaba retractarme, solo esperaba no haberla perdido aún.

Jan

Lora y yo salimos antes que Marcus y Derek de sus clases, por lo que le pedí que me llevara a casa. El transcurso fue muy silencioso, pero la verdad era que aún no tenía muchas ganas de hablar, por lo que no traté de romperlo.

Cuando llegamos ni siquiera la invité a pasar, solamente me bajé y le di las gracias. Lora asintió y me dijo que me quería, luego se fue.

Amaba a mi mejor amiga por eso, siempre sabía cuándo necesitaba espacio, además de que ella no era muy dada a hablar de sentimientos también. Era un poco más... reservada. Al igual que yo.

Entré al departamento y ahí estaba Dean sentado en el sillón viendo la televisión. The walking dead. Llegué y me senté a su lado.

—Hola, niño —dije enganchando mi brazo en su cuello.

—Hola, Jany. —Puso el televisor en silencio y luego me miró—. Cuéntame.

Sabía a lo que se refería, pero no quería decirle. Él tenía sus propios problemas, no necesitaba escuchar los míos, pero era igual de terco que Derek y sabía que no me dejaría en paz hasta que le contara.

—Derek me pidió matrimonio.

El asintió.

—Y tú le dijiste que no.

Lo miré.

—Así es.

—Lo supuse.

—¿Por qué? —¿Tan predecible era?

—Te conozco.

—Y yo a ti —dije. Esta conversación me estaba poniendo incomoda.

Suspiró

—Tienes miedo de perderte. Siempre has sido tú sola contra el mundo y tienes miedo de depender de alguien más. —Los niños no deberían ser tan inteligentes.

—Puede ser —respondí encogiéndome de hombros. No tenía nada que decir a eso.

Está bien perder, Jany. Mírame, yo he perdido mi lucha, pero he ganado libertad. He ganado estar todos los días contigo y con Derek, he ganado vivir, ir a la escuela, tener amigos y aunque sé que un día voy a morir, soy feliz, porque sé que cuando me vaya tú estarás en manos de una persona que daría su vida por ti, una persona que te ama de verdad. Así que no tengas miedo de necesitar a alguien, a veces está bien dejarse llevar y dejar que cuiden de ti. Puede que pierdas un poco de tu autosuficiencia, pero vas a ganar amor y compañía. Recuerda: no eres de piedra y tú también te gastas. ¿O prefieres quedarte sola y enfrentarte a todos los problemas sin ayuda? —Me miró con las cejas elevadas. Su piel ya no se miraba tan pálida y su cabello había empezado a crecer. No había duda de que iba a ser un chico muy guapo.

» Además debes de comprender que él pasó por algo más cercano a la muerte de lo que yo incluso lo he hecho. Por lo menos tú y yo estábamos mentalizados con que yo podía morir en cualquier momento, pero él... no estaba preparado para algo así. Solo quiere asegurarse de que no va a perderte, creo que ese es su mayor miedo, por eso te pidió matrimonio. Quiere sentirse seguro de ti. —Se encogió de hombros como si no acabara de abrirme los ojos. No me sorprendería que escribiera un libro de superación personal o algo. Este chico era demasiado sabio.

Me quedé en silencio un momento y luego lo abracé.

—Gracias —susurré en su oído.

—Cuando quieras, hermanita. Soy un buen consejero, ¿no?

Me reí.

—El mejor.

Derek

Estaba fuera de la casa de Jan, pero no sabía si tenía que tocar o solo entrar como se me había hecho costumbre. Sentía que las cosas habían cambiado entre nosotros desde anoche y solo quería volver a como era antes.

Me armé de valor y toqué la puerta. Esperé y dos segundos más tarde Dean abrió con su cara de sorpresa.

—Derek, pasa. ¿Por qué tocas? Sabes que no necesitas hacerlo.

Entré y lo seguí hasta la cocina. Él había empezado a ir a fisioterapia y le habían dicho que tenía que empezar a caminar sin muletas, aunque sintiera molestia. El músculo debía ser trabajado y si no lo hacía corría el riesgo de no poder caminar bien nunca más. Así que en cada paso se notaba el esfuerzo que tenía que hacer.

—¿Cómo estás? —pregunté mientras él se servía un vaso de agua.

—Bien, gracias. ¿Gustas? —Siempre tan educado.

—No, gracias. Amm, ¿no está Janelle por aquí?

Sonrió.

—¡Jany! ¡Te buscan!

Janelle salió de su habitación.

—¿Quién es?

—Ven a ver —dijo Dean antes de moverse para que pudiera verme.

Jan se quedó quieta y me miró un minuto completo. Estaba empezando a preguntarme si había sido una mala idea venir, cuando ella soltó un suspiro.

—Qué bueno que viniste —dijo y yo me relajé.

—Sí, bueno... yo, emm, no sabía si... pensé que... Hola.

—Hola. —Rio—. ¿Quieres ir a mi habitación? Creo que necesitamos hablar.

Me tensé. Ella debió haberlo notado porque sacudió su cabeza.

—No es nada malo, lo prometo.

—Está bien.

Nos dirigimos a su habitación y cerró la puerta detrás de ella.

—Perdóname —me apresuré—. No quería presionarte con eso y... no es necesario que... —Suspiré—. Solo olvidémoslo, ¿sí? No quiero perderte, y si ese tema es algo que no quieres tocar, lo acepto, pero no me dejes. No quiero... no puedo perderte, Jan. Te amo, pequeña, más que nada. ¿Lo sabes, ¿no?

Jan me miró largamente y luego parpadeo varias veces.

—¿Estás diciendo que no quieres casarte conmigo?

«¿Qué? ¡No!»

—No, no, no, no, no. No dije eso, solo... —Resoplé—. Solo no quiero presionarte. Claro que quiero casarme contigo, pero si eso no está bien para ti, no te voy a presionar. Lo importante es que estemos juntos y que me sigas amando. Si tú no quieres... no te voy a obligar.

Jan sonrió temblorosamente y acomodó un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—Bueno, estuve pensando y creo que... no es tan mala idea, ¿sabes? Como que me agrada la idea de que seas mío legalmente y toda la cosa.

Entrecerré mis ojos hacia ella.

—¿Que estas tratando de decir? —Tenía que ser suspicaz alrededor de esta mujer, nunca se sabía lo que tramaba.

—Ya sabes. —Se encogió de hombros—. Solo es un sí.

—¿Un sí? —pregunté confundido y ella rio por mi expresión.

—Sí, sí quiero casarme contigo.

Mi mirada ha de haber sido de un millón de dólares porque ella empezó a reír más fuerte justo antes de tomarla entre mis brazos y la empezara a besar.

—No estás jugando conmigo, ¿verdad? —pregunté sin aliento.

—Nunca jugaría con eso.

—¡Ah!, te amo. Me has hecho muy, muy feliz ahora mismo. —La acosté cuidadosamente sobre su cama antes de empezar a desvestirla.

—Y espero hacerlo siempre, amor —dijo mientras acariciaba mi mejilla con infinita ternura. Sonreí.

—Estoy seguro de que así será.

Capítulo 24

—¿Entonces dices que quieres a mi madre como dama de honor? —pregunté con la boca llena de panqueques

Estábamos desayunando en la sala de estar en su departamento, Dean a nuestro lado viendo The Simpsons.

—Y a Lora. Ya sabes, no es como si tuviera muchas amigas cercanas y eso. —Jan se estaba empezando a sentir desesperada por los arreglos de la boda ya que no le di mucho margen de tiempo.

—Sí, lo sé, pero no tienes por qué elegirlas ahora.

—¡Me dijiste que quieres casarte en dos semanas!

—Ya, pero puede ser nada más la firma de papeles. Luego, cuando pase el tiempo y tengamos más dinero podemos hacer una boda más grande, ¿qué te parece? Invitar a los amigos y a la familia...

—No lo sé, Derek.

—¡Vamos! Mira, nos casamos en secreto y así no tienes por qué explicarle a Lora la razón por la cual no la invitaste a tu boda. Imagínalo como... el primer paso de un plan de dos pasos.

—Eso no tiene sentido —dijo dándome una mirada divertida.

—Tiene todo el sentido del mundo, piénsalo bien. ¿Quieres hacer los arreglos para una boda en un par de semanas? No lo lograrás.

—Vaaaya, muchas gracias —contestó sarcásticamente y me dio un golpe en el brazo—. Gracias por confiar en mi habilidad para planear y organizar toda la boda en dos semanas

—No es eso, cariño, es solo que es muy poco tiempo. —Me encogí de hombros.

—¡Exacto! Deberíamos esperar un poco más de tiempo, ¿no crees?

—No, definitivamente no. Ya no puedo esperar, si por mi fuera, a estas alturas ya estaríamos casados.

—Pero si apenas la semana pasada te dije que sí.

—¡Y una semana es demasiado maldito tiempo!

Jan suspiró y comenzó a frotarse las sienes.

—No sé cómo lo haces.

—¿Hacer qué?

—Convencerme de llevar a cabo tus ideas locas.

Sonreí y la atraje a mi regazo.

—Es porque puedo ser muy convincente —susurré mientras mordía su lóbulo suavemente.

—Está bien, yo me largo de aquí. —Dean tiró el control remoto sobre el sofá y se fue a su habitación.

Reí y Jan me empujó un poco.

—¿Ves? Lo has asustado.

—¡No me asustó! —gritó Dean desde el fondo del pasillo y Jan rodó los ojos.

—Entonces en dos semanas más seremos marido y mujer — dije emocionado besando su cuello.

—Sí. —La voz de Jan salió un poco como un jadeo y sonreí triunfante.

—Me gusta saber cuánto te afecto.

—Casi tanto como yo a ti.

—Mmm, si tú lo dices. —Besé sus labios y el resto de la tarde nos dedicamos a... ensayar para la luna de miel.

—¿Entonces cuando se casarán? —preguntó Marcus antes de dar un sorbo a su cerveza.

Me encogí de hombros.

—En quince días, pero no le digas a Lora. Se volverá loca y me cortará las pelotas. Tu novia puede ser... un poco intimidante.

—¿Y la tuya no?

Sonreí.

—Touché.

Estábamos en el patio trasero de Jan, el día era agradable y la sesión de fisioterapia de Dean había empezado. Sesión que impartía Jan.

Estuve investigando en internet y ella podría cobrar un poco más de 100 dólares la hora si se dedicara solamente a eso. Es un buen maldito dinero y lo ganaría haciendo lo que le gusta tanto: ayudando a las personas. Pero todavía no habíamos tocado ese tema tan importante.

El dinero.

Yo había estado ahorrando bastante estos últimos años porque quería un nuevo auto. Del año. Salido de la agencia. «Sí, lo sé, no pido mucho.» Pero ahora... ese dinero puede ser gastado en cosas más importantes, aunque mi auto quedó destrozado también.

No es que necesite ahorrar de todas maneras. Yo tengo dinero. Bastante. Solo que nunca se lo dije a nadie, creo que ni siquiera a Marcus. Quería asegurarme que mis amistades y relaciones eran sinceras y no por puro interés.

Así que sí, pude haber estado ayudando a Jan a pagar todos sus gastos y aun así hacer solo un pequeño rasguño en mi cuenta bancaria, pero ella era lo suficientemente terca, necia, cabezota y orgullosa como para saber que se rehusaría a que la ayudara. Así que... abrí una cuenta bancaria a su nombre. «Shhh, no le digan.» Tal vez algún día me sienta culpable, pero moví unos cuantos hilos para que le dijeran que tenía una herencia de un tío-abuelo-segundo-lejano. Convincente, ¿no? La carta de aviso del banco la vi sobre la mesa junto con todo el correo restante esta mañana, así que esperaba que no le tomara mucho tiempo abrirla.

—¿Entonces? —Estaba tan distraído en mis pensamientos que no escuché nada de lo que Marcus seguía diciendo.

—¿Eh? Perdón, hombre. Estaba... sumido en mis propios pensamientos.

—Sí, me di cuenta. —Tomó otro sobro de la cerveza antes de proseguir—. Preguntaba si tú y Jan se irán de luna de miel justo después de la boda o...

—No lo sé. Creo que esperaremos a que acabe el semestre y necesitamos saber qué puede hacer Dean durante una semana. No queremos dejarlo solo ni con desconocidos, así que... creo que es mejor esperar.

—Si necesitas ayuda cuenta conmigo y con Lora. —Se encogió de hombros—. Podemos decirle a Lora que fueron a visitar a tu familia o algo, para que no sospeche. O podrían dejar a Dean con tus padres.

—No es mala idea.

—De todos modos, si necesitas algo ya sabes que aquí estoy.

—Gracias, hombre.

—¡Oh, Dios mío! ¡Derek! —Escuché el grito que dio Jan desde la sala de estar y luego sus pasos resonando por el pasillo hasta la habitación—. Por Dios, Derek, no creerás lo que me llegó.

Su sonrisa era inmensa y sus ojos brillaban tras sus gafas. Su cabello en un moño despeinado, su rostro sin rastro de maquillaje y sus mejillas sonrojadas eran la cosa más pura y maravillosa que hubiera visto y nunca me cansaba de verla así.

—Amm, ¿ganaste la lotería? —pregunté, haciéndome el tonto.

—Nooooo, pero casi. —Se sentó a mi lado y su sonrisa nunca dejó su rostro—. Una herencia.

—¿Una herencia? —pregunté «curioso». Elevé las cejas para darle un efecto más... creíble.

—Sí.

—¿De quién? —pregunté.

Abrió la carta de nuevo y señaló un nombre mirándome divertida. «Oh, rayos, no.»

—De alguien con el mismo nombre que tu padre, al parecer.

Gemí. ¿Que los del banco no podían hacer nada bien?

Jan rio y luego me abrazó sin dejar de sonreír.

—Gracias, amor, pero no puedo aceptarlo.

—Pero...

—Sin peros. —Sus ojos me miraban con ternura y no podía entender el porqué no estaba jalándome de los pelos o colgándome de las pelotas en este mismo momento—. Te amo.

Parpadeé.

—Y yo a ti.

—No, en serio. Te amo tanto. Eres... lo mejor. El mejor.

—Lo sé, nena.

—Cállate, estoy tratando de ser romántica.

Apreté mis labios tratando de contener una sonrisa hasta que la vi parpadear rápidamente y me di cuenta de que iba a llorar.

—Oh, no. No llores, cariño. —La acerqué a mis brazos y besé su cabeza.

—No sé qué hice para merecerte, Derek. Siempre que pienso en cómo te traté al principio y cómo... no soy lo suficientemente buena para ti, todo el equipaje que traigo cargando en mi espalda... y siempre... siempre me hago la misma pregunta: ¿por qué yo? Dime, ¿qué tengo yo de especial? Soy bajita y no tengo pechos ni trasero y estoy llena de pecas y uso gafas y soy muy enojona y contigo siempre soy un desastre sentimental. Y aun cuando estoy llorando con los ojos rojos e hinchados y mi nariz llena de mocos tú me sigues viendo como si fuera la cosa más bonita y especial y... no entiendo, necesito que me expliques porque no tiene sentido. No entiendo cómo... alguien tan dulce, simpático y guapo como tú se puede fijar en alguien como yo, y menos aún cómo es que quieres casarte conmigo. Solo... no comprendo. —Nunca me había dado cuenta de que esta mujer tenía tan bajo concepto de sí misma.

» Y no pienses que tengo la autoestima baja, yo me quiero mucho y no me desprecio, solo... digo lo que veo, lo que siento. Necesito... que me digas. —La miré a los ojos mientras limpiaba sus lágrimas y tomé su rostro entre mis manos.

—¿Porque tú? Es muy simple, de hecho.

—Pues explícame —dijo sorbiendo por la nariz.

Sonreí.

—Tú... me haces ser diferente. Ser mejor. Ya sabes, el típico comentario cliché de las novelas, pero tengo que decirte que es cierto. Ver tu dedicación a tu hermano y a tus estudios, como te gusta ayudar a las demás personas, saber que soy lo suficientemente importante como para que me abrieras tu corazón, para que confiaras en mí, saber que soy el que te hace sonreír, que me amas, solo... a veces siento que no soy suficiente. Siento que tú eres demasiado mujer para mí, y que no te merezco. Pero soy lo suficientemente egoísta como para quererte para mí solo y nunca dejarte ir, incluso cuando sé que puedes encontrar a alguien mejor ahí fuera.

» Supongo que todos somos un poco inseguros en nuestras relaciones. Tratas de estar con quien merezcas, pero cuando te sacas el premio gordo (como yo lo hice contigo) solo un tonto lo dejaría ir, ¿sabes? Siento que no me estoy explicando.

Jan rio con lágrimas en los ojos.

—No, lo estás haciendo muy bien, sigue.

Suelto un suspiro y la miro a los ojos.

—Solo sé que puede que no te merezca, y puede que tú sientas que no me mereces, pero nos necesitamos. Nos amamos, nos entendemos, nos hacemos felices el uno al otro. ¿Qué importa si somos o no merecedores el uno del otro? Yo solo sé que quiero estar contigo y a la mierda lo demás.

Antes de poder decir algo más, ya tenía a Jan sobre mí, besándome desesperadamente. Amaba cuando se ponía así, toda necesitada de mi afecto.

—Te amo.

—Yo más —dije antes de volver a besarla. Cuando recordé que aún quedaba algo por decir, me aparté un poco—. Y me encanta tu apariencia. Así como eres. Amo tus pecas, tus pechos, tu trasero, y amo que seas enojona. Te ves sexy cuando estas fulminándome con la mirada.

Jan sonrió.

—¿Y qué hay de las gafas?

—Mmm, las gafas —dije con voz seductora mientras besaba su cuello—. Siempre tuve esta fantasía con una enfermera y una bibliotecaria o una secretaria. Y tú con las gafas eres como tener las tres al mismo tiempo, así que está de más decir que amo tus gafas. —Y luego volví a besarla. Amaba cómo se sentía tenerla entre mis brazos y saber que era mía.

Tan perfecto.

Capítulo 25

2 semanas después

—Estoy nerviosa. —Parecía que Jan iba a tener un ataque de pánico. Respiraba con dificultad y estaba más blanca que el papel—. Siento... creo que me voy a desmayar.

—Cálmate, Jany. Inhala. —Inhalé para darle el ejemplo—. Exhala. —Exhalé por la boca todo el aire contenido en mis pulmones.

Jan empezó a hacer lo que le dije y tras unos intentos, se empezó a relajar un poco.

—Perdón —dijo con vergüenza.

—No te disculpes, yo también estoy un poco nervioso — mentí. La verdad era que estaba más ansioso y emocionado que nada. «¿No se suponía que el hombre era el que tenía que entrar en pánico antes de la boda?»

Me miró a los ojos unos segundos y luego sacudió la cabeza.

—Pues no lo parece. Te ves... convencido de lo que vas a hacer.

—¿Y tú no lo estás? —pregunté con una ceja elevada.

Ella abrió y cerró la boca varias veces sin decir ni una palabra.

—Sí, lo estoy. Estoy completamente convencida de que quiero casarme contigo, pero me diste muy poco tiempo para adaptarme a la idea y ahora... ahora todo es tan claro. Cuando salgamos de aquí seremos marido y mujer y... no lo sé, es un poco difícil de asimilar. No lo tomes a mal, pero...

—Oh, oh. Los peros nunca eran buenos.

—¿Pero...?

—Nada, olvídalo. —Jan empezó a retorcer las manos en su regazo y yo me tensé.

—Tienes dudas, ¿no es así?

—No, no, no, no. Amor, no pienses eso, es solo... ya sabes, sigo teniendo inseguridades, pero no acerca de ti. Nunca acerca de nosotros, son... las de la plástica. No ser suficiente y esas cosas. Tú mereces lo mejor y una vez que demos este paso, ya no podrías echarte atrás. Prácticamente te tendré amarrado. Si te das cuenta de que yo no...

—Janelle, basta. —Suspiré exasperado. Este tema ya estaba empezando a cansarme.

Mujeres y sus inseguridades.

Jan agacho la cabeza y yo puse mi mano bajo su mentón.

—Mírame, nena, ya hablamos sobre esto. No importa si no te merezco o si tú no me mereces, nos hacemos felices, ¿no? — Ella asintió—. Eso es lo único que importa ahora, que nosotros juntos nos sentimos correctos, nos sentimos bien. Y sobre lo de no echarme atrás... —La miré divertido—. Cualquiera que me conozca bien diría que soy yo quien está esperando impaciente la boda para que tú no puedas escapar de mí. Una vez que firmemos esos papeles serás mía, y no pienso dejarte libre en por lo menos setenta años. —Me encogí de hombros.

Jan sonrió y vi cómo sus músculos se relajaban.

—Siempre sabes qué decir para hacerme sentir segura.

—Solo digo la verdad, pequeña. —Me acerqué y coloqué un beso en sus labios rosas.

Ella siempre se miraba hermosa, pero hoy... hoy no tengo palabras. Llevaba el cabello suelto con ondas un poco despeinadas, dándole un aire sexy. Su maquillaje era mínimo como siempre, pero hacía ver sus pestañas más largas y sus labios más apetitosos.

Compró un sencillo vestido blanco que llegaba un poco más arriba de sus rodillas y unos zapatos del mismo color que la hacía ver un par de centímetros más alta y lucían sus delgadas y torneadas piernas de tal manera que... «Calmado, hombre.» Si mis pensamientos seguían en esa dirección terminaría tumbándola sobre el suelo alfombrado incluso antes de que terminara la «ceremonia». Digo entre comillas porque no era una ceremonia en sí, solo serían un par de firmas y luego saldríamos de ahí.

Sin fiesta.

O por lo menos eso le hice pensar a Jan, pero como sabía cómo de importante era compartir esto con nuestros seres queridos, le tenía una sorpresita.

La tomé de la mano y le di un pequeño apretón.

—¿Lista? —pregunté ansioso. Ella me dio un asentimiento y luego me sonrió confiada y segura de sí misma.

—Lista.

—Firmen aquí y aquí, justo arriba de sus respectivos nombres.

Eso hicimos.

—Listo, ahora son marido y mujer. Felicidades. —El amable hombre mayor nos brindó una sonrisa sincera, nada prejuiciosa.

Si había sacado conclusiones del por qué dos personas se estaban casando tan jóvenes, no lo hizo obvio. Cualquiera en su lugar pensaría que la había dejado embarazada o algo parecido, pero ese no era el caso.

El caso era que nos amábamos.

Y casi la había amenazado para que se casara conmigo.

Lo bueno fue que no tuve que recurrir al plan B. Jan se salvó de una táctica un poco ortodoxa. Aunque no es que me hubiera quejado. Si ella decía que no, el plan B consistía en darle tanto placer con mis manos, boca y... otras partes de mi anatomía hasta hacerla tocar las estrellas y luego convencerla de decir que sí en la alegría y calma post-orgásmica. Estoy seguro de que eso también hubiera funcionado.

Miré a Jan y se miraba radiante. Estaba casi igual de feliz que yo, este sentimiento no podía fingirse. Su rostro estaba iluminado y sus ojos brillaban, al igual que su sonrisa sincera. Me miró y articuló un «te amo» que yo respondí acercándome y besando su sonrisa.

—Ahora salgamos de aquí, te tengo una sorpresa. —La tomé de la mano y la conduje al estacionamiento, hacia el coche que Marcus me había prestado.

Cuando estábamos dentro y con las puertas cerradas, la miré con una sonrisa.

—Ahora sí.

—¿Ahora sí, ¿qué? —Ella tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y me miraba soñadoramente.

—Ahora sí estoy completo. Ya puedo morir en paz. — Suspiré y me pasé una mano por el cabello sin dejar de sonreír.

Poco a poco la intensidad de lo que hicimos llegó a mí. Sin ninguna molestia, duda o remordimiento, solo... alegría. Una maldita alegría que era imposible de describir. Me sentía increíblemente seguro de que lo que hicimos era lo apropiado. Tal vez para algunas personas se sentiría apresurado, pero no para mí. Tener a esta fuerte y hermosa mujer, mi mujer, era... surrealista. Perfecto.

Empecé a reír y Jan me imitó justo después de verme como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Realmente lo hicimos, ¿no? —preguntó Jan, alcanzando mi mano justo después de que yo encendiera el auto.

—Vaya que sí, lo hicimos, y no sabes lo increíble que me siento

—Si te sientes la mitad de lo feliz que yo me siento, entonces sí lo sé.

—Creo que es la mejor decisión que he tomado en toda mi maldita vida.

—Yo creo que estamos locos.

—Puede ser, pero soy un loco enamoradooooo... —canté y Jan se carcajeó a mi lado.

—Definitivamente estás loco.

—Te amo, más que a nada ni nadie en todo el mundo mundial. En todo el sistema solar, galaxia o universo.

Jan resopló.

—Es cierto, nena. ¿Acaso no te lo he demostrado? —La miré de reojo mientras llegábamos a nuestro destino y luego apagué el auto.

Cuando giré mi cuerpo para enfrentarla completamente, ella seguía sonriendo. Era increíble saber que yo podía plantar esa sonrisa en su rostro y de alguna manera aumentaba mi ego. ¿Quién diría que yo podría hacer sonreír a la pequeña chica agresiva?

—Creo que no lo suficiente.

Me acerqué lentamente a ella hasta que solo un soplo de aire nos separaba y tomé su rostro entre mis manos.

—No te preocupes, tengo toda mi vida por delante para demostrártelo. Y puedes contar con que te lo recordaré todos y cada uno de los días venideros de distintas maneras.

Jan cerró la distancia entre nosotros y presiono nuestros labios juntos en un beso lento, dulce y suave.

—Eres un cursi —dijo cuando nos separamos.

—No te hagas la dura, tú también puedes ser una romántica cuando se trata de mí.

—Pero solo de ti.

—Me alegro de escuchar eso realmente. Dios sabe que si otra persona te hiciera ser cursi tendría que patearle el trasero. No me gusta tener competencia.

—Tú eres mi esposo, no tendrías competencia, tontito.

Sonreí.

—Me gusta cómo se escucha eso. Repítelo.

—Tontito —dijo tratando de disimular una sonrisa y la miré divertido.

—Eso no, listilla, lo otro.

—Que eres mi esposo.

—¿Qué más?

—Que te amo.

—¿Qué más?

—Que no puedo esperar para tenerte desnudo, tengo muchos planes para ti.

Sacudí mi cabeza realmente apenado.

—Eso tendrá que esperar.

Jan hizo un puchero y reí. Se miraba tierna haciendo eso, y para mi mala suerte nunca los hacía. Creo que era la segunda vez que la miraba haciendo uno.

—No seas impaciente, amor, tendremos mucho tiempo para nosotros solos

—Bueno —dijo antes de mirar hacia adelante y estudiar el lugar en donde estábamos aparcados—. ¿A dónde me trajiste? —preguntó asombrada.

—Ya verás.

Salimos del auto y la guie por unas escaleras de caracol que se encontraban detrás de la casa, la dejé que caminara frente a mí para poder cuidarla de que no tropezara o cayera.

Cuando llegamos arriba, me paré frente a la única puerta que había y la miré, los nervios llegando a mí.

—No te vayas a volver loca, por favor.

—¿Qué es esto, Derek?

—Ya verás, solo... no te molestes.

Jan me miró un poco insegura.

—Trataré.

Abrí la puerta y las luces estaban apagadas, esperé a que Jan entrara y luego encendí las luces y la conduje fuera.

—¡Oh... mi... Dios...! —exclamó Jan cubriendo su boca.

Estábamos en un balcón con una vista increíble. Varios metros de césped y árboles se extendían ante nosotros, muchos tipos de flores perfumaban el ambiente y una piscina complementaba perfectamente el lugar. Pero lo mejor de todo es que era la hora exacta para ver cómo el sol descendía y empezaba a ocultarse coloreando el cielo de tonos rosas y naranjas.

—Esto es... hermoso, Derek.

—Sabía que te gustaría. —Me acerqué y la abracé por detrás, mis manos sobre su cintura delgada.

—Pero... no entiendo. —Giró un poco su rostro y colocó sus manos sobre las mías.

—Ahora sí, no enloquezcas.

—Derek...

Tomé una profunda respiración.

—Esta es nuestra casa. La compré para nosotros.

Jan se despegó rápidamente de mí y se dio la vuelta con la boca y los ojos muy abiertos.

—Derek, pero esto...

—No digas nada. Créeme, puedo permitírmelo. No te había dicho, pero... tengo dinero. —Me encogí de hombros y ella sacudió la cabeza.

—Me lo imaginé cuando vi la cuenta del banco con mi «herencia», pero... ¿esto? Es demasiado. No lo tomes a mal, de verdad, me encanta, pero... solo... —Suspiró—. Es demasiado.

—Nada es demasiado cuando se trata de hacerte feliz.

—Derek...

—No, no me digas: «Derek» —dije imitando su voz—, solo dime si te gusta. Si no, podemos encontrar algo mejor. Tú solo dime si es de tu agrado.

—Me encanta.

—Entonces todo está dicho —concluí con voz autoritaria.

Jan suspiró y sus hombros se hundieron. «Oh, no», lo que menos quería era disgustarla.

—Jany, cariño, no te preocupes. Si crees que es demasiado ostentoso, podemos conseguir algo más sencillo, no quiero que te sientas incomoda, pero debes saber que de verdad puedo permitírmelo.

Jan me miró por debajo de sus pestañas esperando a que continuara.

—¿Recuerdas cómo se suponía que te había llegado una herencia de tu tío-abuelo-segundo-lejano?

Ella asintió.

—Pues... algo así me pasó a mí. No tuve demasiada imaginación como para inventar otra historia así que usé la mía propia. Mi abuelo era microbiólogo y fue el fundador de una empresa dedicada a estudiar la regeneración de las células del cuerpo humano y a producir suplementos alimenticios naturales que ayudan a tu salud. Digamos que tuvo demasiado éxito, y por ende tuvo muchas ganancias. Demasiadas. Pero no era súper poderoso, y cuando enfermó gravemente, dejó en su testamento que el setenta por ciento de su patrimonio se debían repartir entre todos sus nietos. Pero papá fue hijo único, al igual que yo, así que...

—Santa mierda....

—Sí.

—Eres... millonario y no me habías dicho.

Me encogí de hombros, restándole importancia.

—No quería que nadie estuviera conmigo por interés.

Jan seguía mirándome con la boca abierta.

—Vamos, nena, no es nada.

Parpadeó y luego sonrió esperanzadoramente.

—¿Tienes un helicóptero?

—¿Qué? ¡No! ¿Acaso me crees Christian Grey?

—Oh, Dios mío, ¿leíste a Cincuenta?

—Es probable.

Jan rio fuertemente.

—No puede ser. —Estaba riendo tan fuerte que se dobló por la cintura y colocó sus manos en su vientre.

—Ey, no es para tanto.

—Lo sé, lo sé, solo... te amo. —Se acercó limpiándose las lágrimas de sus ojos y me besó con la sonrisa persistiendo en sus labios—. Eres perfecto.

—Ya me lo habían dicho. Entonces... ¿sí te gustó? La casa, quiero decir.

—Me encantó.

—Perfecto, porque ahora viene la segunda parte de la sorpresa.

—Ay, Dios mío, ¿ahora qué es?

—Ya verás.

Capítulo 26

—Aún no puedo creer que hayas leído a Cincuenta —dijo Jan mientras bajábamos las escaleras.

Suspiré.

—Solo quería ver por qué causaban tanto alboroto —me defendí.

—Si tú lo dices.

La miré, mis ojos como rendijas.

—De verdad —afirmé.

Jan se encogió de hombros.

—Te creo.

Volví a suspirar. Nunca podía ganarle a esta mujer.

En vez de responderle, la conduje por unos cuantos pasillos hasta llegar a un cuarto rojo. No, no como el de ese libro. Los techos eran altos y tenía una pared de vidrio que daba al patio trasero, el mismo que vimos por el balcón, por lo que la habitación resultaba muy bien iluminada. Estaba llena de costosos aparatos ortopédicos y de fisioterapia. Había unas cuantas camas para masaje, pelotas, barandales, colchonetas, cuerdas, ligas, pesas, escalones y todo lo que pueda ser necesario para brindar una buena sesión de terapia física. Dejé que Jan asimilara su entorno. Su cabeza giraba lentamente y se fijaba en todos y cada una de las cosas que se encontraban frente a ella.

—¿Q... ¿qué es todo esto? —preguntó atónita.

—Tú deberías de saberlo. —Me miró y luego sacudió su cabeza como si estuviera saliendo de un sueño.

—Quiero decir, sí sé lo que son estas cosas y para qué sirven, pero, ¿qué es esto? —volvió a preguntar señalando la habitación, su pequeño dedo girando en el aire.

—Esto... es tuyo —afirmé, abriendo mis brazos ampliamente. La miré a los ojos y vi cuando la comprensión llegó a ella—. Sé que para que Dean pueda caminar nuevamente sin ningún problema necesita hacer lo mejor posible sus ejercicios terapéuticos, con los materiales esenciales y eso es lo que quise conseguirle. Tú tienes un don para curar a la gente y te gusta hacerlo, yo solo traté de darte las herramientas necesarias para que lo hagas y se te facilite más. Si tú decides trabajar en esto, perfecto, y si deseas hacerlo gratis, ayudar a las personas que no tienen los recursos necesarios, también está bien para mí, al fin y al cabo, es tu decisión. Esto es tuyo para que le des el uso que quieras.

Me acerqué lentamente para abrazarla y ella envolvió los brazos fuertemente alrededor de mi cuello, poniéndose de puntitas para besar mi mandíbula.

—Eres impresionante. —Beso en la mejilla—. Te amo. — Beso en los labios—. Gracias por todo esto, amor, significa muchísimo para mí.

—Lo sé.

La verdad, lo dudo mucho. Me has hecho muy feliz hoy de tantas maneras y no sé... no sé cómo agradecértelo. —Enterró su rostro en el hueco de mi cuello y colocó un beso ahí—. Pero yo también te tengo un regalo. Nada como lo que tú me has dado, pero...

La separé un poco de mí y luego la miré sonriente.

—Estoy seguro de que me va a encantar.

Me miró largamente a los ojos y luego inhaló y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir bajó su mirada a su escote y saco una sencilla argolla dorada de entre sus pechos. «Uhhmm.»

—¿Qué es eso? —pregunté estúpidamente.

Jan me miró muy seria y luego sonrió.

—Esto —dijo levantando el anillo en alto— es mi regalo para ti, un símbolo de nuestra unión. Cualquier persona que lo vea sabrá que eres mío nada más y que no tienen ninguna oportunidad contigo. —La Jan posesiva me gustaba.

Lo colocó en la palma de mi mano y luego dijo:

—Mira por dentro.

Acerqué la argolla a mis ojos y pude leer que, por dentro, con letras muy pequeñas, decía: «Tú me haces feliz y eso es lo único que importa.» La miré, un nudo formándose en mi garganta. No había palabras para decirle cuánto me gustaba su regalo y me sentó mal por no haberle comprado un anillo también. Ella se merecía todo.

Tomó mi mano izquierda entre las tuyas pequeñas y puso la sortija en mi dedo anular. Una vez bien colocada, ella sonrió con apreciación.

Tragando el nudo que tenía, tomé su rostro entre mis manos y la besé larga y suavemente. Su lengua y la mía bailaban un tango seductor y sentí como crecía mi necesidad de ella. «Calmado, tigre.»

—¿Feliz? —pregunté una vez que necesité tomar aire.

—Bastante —respondió sonriendo.

Me acerqué a besarla nuevamente y luego tomé su mano. Por alguna razón no podía dejar de tocarla

—Bien, porque ahora sigue la tercera parte de la sorpresa

—¿Qué? ¿Cuántas partes más hay? —preguntó aturdida.

—Esta es la última, lo prometo —dije sonriendo y luego la hice atravesar un pasillo hasta un par de puertas de roble. Cuando ella iba a abrir la puerta, la detuve—. Espera, solo quiero decirte una cosa más.

—Pues dime —soltó impaciente, rebotando un poco en las puntas de sus pies.

—Yo sé que este día lo querías compartir con nuestros amigos y familiares —Jan suspiró apesadumbrada—, y es por eso que arreglé esto.

Abrí las puertas de par en par y entramos a la habitación inundada con música alegre y aromas deliciosos. Todos los presentes se giraron a vernos y luego Lora chilló:

—¡Felicidades! —Corrió hacia Jan y la apretó entre sus brazos.

Después de eso, todos se turnaron para abrazarnos y felicitarnos a ambos. No era mucha gente, en realidad. Mis papás, Dean, Lora y Marcus, unos cuantos amigos míos de la universidad, unos amigos de Jan del hospital y eso era todo.

No había más de 15 personas en esta habitación y me gustaba que fuera reservado solo para la gente realmente importante.

—Felicidades —dijo Carter, palmeando mi espalda.

Sonreí y lo palmeé de regreso. Una vez que me había enterado de sus... preferencias, me había relajado visiblemente a su alrededor. Ahora no sentía que debía andar con cautela ni dudar de sus intenciones con Jan. Había confundido el cariño fraternal que le tenía con algo más, y me alegraba demasiado el haberme equivocado en cuanto a mis sospechas. Sería una pena haber tenido que golpearlo con lo bien que me caía ahora.

Después de los regalos, nos dispusimos a comer el pastel que mi madre había horneado. Era la mejor repostera que conocía y moría por probar lo que había traído.

Una torta de cuatro pisos se elevaba en la mesa forrada por un mantel de satén turquesa y estaba rodeado con varios tipos de comida. Justo en la cima —el pastel— tenía a dos muñecos. Una novia arrastrando al novio hacia el altar. Las esquinas de mis labios temblaron conteniendo una sonrisa. Si supieran que los papeles habían estado invertidos en nuestro caso.

Sin poder esperar más, partimos el pastel y prácticamente lo devoramos. Delicioso. La cubierta era de queso crema y azúcar glas, y el pan era de un chocolate húmedo. Casi sentía cómo se deshacía en mi boca y gemí de placer al igual que todos en la habitación.

—Creo que acabo de tener un orgasmo bucal —susurró Jan a mi lado mientras tomaba otro pedazo de pastel—. El mejor maldito pastel que haya comido alguna vez en mi vida.

Sonreí y elevé mi dedo pulgar hacia mi madre.

—Creo que el pastel empezará a salir por mi nariz —dije recostado en la cama sin poder moverme.

—Y orejas —completó Jan.

Qué mejor forma que empezar tu noche de bodas que estar acostados en la cama tratando de no explotar por exceso de pastel de bodas. Ambos nos encontrábamos gimiendo lastimosamente y sosteniendo nuestros vientres.

—Este no era el plan que tenía para esta noche.

—Ni yo.

Nos quedamos en silencio y me maldije interiormente por ser tan glotón.

—Uhhh, creo que vomitaré.

La cama empezó a temblar un poco y giré mi cabeza para ver a Jan riendo.

—No me hagas reír, vas a hacer que mi estómago reviente.

—Lo siento. —Silencio—. Ugh, creo que necesito unos laxantes. —Me levanté de la cama y me dirigí al baño.

—¿A dónde vas?

—A tratar de evacuar toda la comida.

Jan hizo una mueca de asco.

—Que desagradable eres.

Me reí y luego gemí por el dolor. Cuando entré al baño hice lo que tenía que hacer, me lavé las manos, los dientes y no pude evitar ver el anillo que Jan me dio. Sonreí.

Casado.

A los veintidós.

Y sin ningún remordimiento.

Cómo amaba a esa mujer, nunca me aburría con ella.

Salí nuevamente con una sonrisa en mi rostro, y cuando la vi tapándose los ojos con su antebrazo no pude evitar molestarla.

—Cariño, tendremos que poner cintas policiacas alrededor del baño y hablarle al departamento de amenazas nucleares. Tengo unas máscaras antigás debajo de la cama, creo que serán necesarias. No es seguro que podamos entrar en por lo menos una semana.

Jan bajó su brazo y me miró con una mueca.

—No lo dudo.

Le saqué la lengua y ella rio.

Extrañamente ya no sentía tanto malestar estomacal, y eso me hizo querer retomar mis planes para la noche.

Me acerqué lentamente a Jan y me senté a su lado al mismo tiempo que ella rodaba sobre su estómago, quedando boca abajo sobre la cama.

—Esposa mía —dije frotando su espalda en círculos.

—Mmm.

—¿Te estás quedando dormida?

—Mmm.

Sonreí. Sabía cómo despertarla. Esto sería divertido. Me dirigí al baño nuevamente y llené un vaso con agua del grifo. Salí de puntillas y luego lo hice.

—¡Ey, ¿qué te pasa, Derek?! —gritó Jan cuando el agua fría empapó su vestido.

—Solo quería despertarte, amor. Tengo muchos planes para ti. —Sonreí y ella me fulminó con la mirada. «Oh, oh.» Creo que de verdad la había molestado esta vez. Me acerqué para abrazarla, pero ella me empujó.

—Aléjate, no me toques —siseó.

«Empezando bien el matrimonio. Bien, Parker.»

—Lo siento mucho, amor, no quería molestarte. —«Tanto.»

—Seguramente no querías eso —soltó sarcásticamente.

—Te amo.

—Eres un imbécil.

—Y tú eres una hermosa. —Pellizqué su nariz y reí cuando me alejó con un manotazo—. Ya, no te enojas, amor, sabes que te amo. —Le di una mirada de cachorrito y sus labios temblaron—. ¿Me perdonas? —Seguí haciendo pucheros hasta que ella rodó los ojos y sonrió sin poder evitarlo.

—Ugh, odio que me hagas reír cuando estoy enojada contigo —dijo tratando de reprimir su sonrisa.

Me reí.

—Mentirosa, sabes que lo amas. —Me acerqué y la besé. Ella me correspondió el beso y luego se apartó jadeante.

—Sigo enojada contigo.

—Lo que tú digas, pequeña, solo bésame.

Eso hizo. Me besó, la besé y luego la desnudé. Quería tenerla lo más cerca posible. Era nuestra noche de bodas después de todo.

Capítulo 27

Me estiré sobre la cama, mis manos tocando el cabecero y mis pies sobresaliendo del colchón y emití un sonido de satisfacción. «Qué buena noche.»

Abrí los ojos y vi la luz filtrándose por la pequeña abertura entre las cortinas e iluminando tenuemente la habitación. Me sentía increíble a pesar de que había tenido escasas horas de sueño.

Miré el reloj. Las 8.03 am. Tres horas completas de sueño para ser exacto. El tiempo anterior a esas tres horas lo había pasado tratando de compensar a Jan por la mala broma que le había jugado. Sonreí ante el recuerdo. Nada mejor que mi mujer gritando mi nombre para aumentar mi ego.

Giré sobre mi costado para encontrarla a mi lado, sumida en un sueño profundo, sus labios entreabiertos y mechones de cabello cayendo sobre su rostro. Se miraba tan tranquila que no podía despertarla, pero al mismo tiempo quería pasar con ella el mayor tiempo posible.

Me levanté cuando se me ocurrió algo. La dejaría dormir por un poco más de tiempo y la despertaría con una sorpresa. Me puse un chándal y con un último vistazo hacia ella me dirigí a la cocina.

—Buenos días, Derek —canturreó Dean mientras mezclaba lo que sea que había en el tazón.

Su piel y labios antes pálidos han ido adquiriendo color, su cabello ha crecido bastante y sus abundantes pecas eran aún más notorias. Sonreí al ver cómo ha mejorado su salud y su aspecto.

—Ey, amigo, ¿cómo amaneciste? —pregunté cuando me acerqué al refrigerador. Lo abrí y empecé a rebuscar por algo que pueda cocinar para los tres.

—Acostado.

Giré mi cabeza para ver a Dean y noté la sonrisa contenida en sus labios.

—Listillo. Justo como tu hermana —dije sacudiendo la cabeza.

A la mención de Jan, Dean dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró fijamente con una tenue sonrisa decorando su rostro.

—Gracias —dijo y yo lo miré confundido.

—¿Gracias por qué? —Cerré el refrigerador y me di la vuelta completamente para estar frente a frente.

—Por todo. Por cuidarla, preocuparte por ella, no darte por vencido cuando se puso difícil. Pero, sobre todo, por hacerla feliz. Ya se lo merecía. Ha sido difícil para ella todo este tiempo y solo... gracias. —Se encogió de hombros y volvió a mezclar lo del recipiente mientras yo me quedé ahí asimilando sus palabras.

—De nada —susurré, aún un poco descolocado—. ¿Sabes? A veces siento como si tuvieras más de tus once años. Eres más sabio, pero supongo que debe ser por todo lo que tu hermana y tú tuvieron que pasar a una edad tan temprana.

—Soy más maduro que los niños de mi edad, yo también lo he notado en la escuela.

Cuando Dean salió del hospital aquella vez que tuve el accidente, mis padres se encargaron de que pudiera tener una inscripción tardía en una buena escuela. Inmediatamente se habían encariñado con él y no repararon en gastos para poder lograrlo.

Tiempo antes le habíamos comentado que sería bueno que esperara un año para adaptarse y para entrar a la escuela, pero él no había querido atrasarse más, y solamente bastó un examen de conocimientos para colocarlo en el grado correspondiente.

—¿Cómo te va en la escuela? —pregunté—. ¿Alguna chica especial?

Dean sonrió apenado.

—No, todas las niñas son muy raras. —Sí, ahí estaba el niño de once años.

—En unos cuantos años no pensarás lo mismo, colega.

—Ya veremos —dijo mientras vertía la mezcla en un sartén caliente.

—¿Esos son... panqueques? —Mi boca comenzó a hacerse agua por el aroma y el color tostado de los mismos.

—Sí, Jany me enseñó a hacerlos. Le quedan muy buenos — afirmó.

—Y que lo digas. —Recuperé el hilo de mis pensamientos anteriores y toqué su hombro—. Ey, si alguna vez necesitas algo... cualquier cosa, no dudes en pedírmelo, ¿está bien? — cuestioné, revolviendo su cabello.

—Sí, gracias.

—No hay de qué.

Lo ayudé a terminar de preparar el desayuno y luego él se disculpó diciendo que se sentía cansado y tras servirse un plato de panqueques, se dirigió a su habitación.

Todavía se agitaba si permanecía mucho tiempo de pie, así que lo dejé ir diciéndole que no se preocupara y que allí estaba si me necesitaba.

Era un buen niño y me sentía afortunado de estar rodeado de personas tan fuertes y nobles.

—Despierta dormilona —susurré en el oído de Jan y acaricié su rostro colocando los mechones de cabello fuera de este.

Los parpados de Jan revolotearon y cuando sus ojos se abrieron, me dio esta sonrisa satisfecha que tanto me gustaba.

—Buenos días, amor —dijo con voz ronca y adormilada.

Me acerqué y coloqué un casto beso en sus labios antes de levantarme e ir por la bandeja que contenía su desayuno. Sí, desayuno en la cama para mi bella esposa.

—Te traje el desayuno. —Coloqué la bandeja sobre sus piernas cuando se sentó y luego sus ojos se abrieron con incredulidad.

—¿Tú hiciste todo esto? —preguntó, mirando todo el contenido de la bandeja. Panqueques, tocino, huevo, un pastelito de chocolate, jugo de manzana y café.

Me rasqué la nuca y luego reí nerviosamente.

—Bueno, Dean hizo los panqueques. Pero yo le ayudé, así que... sí, prácticamente hice todo.

—Menos los panqueques. —Me miró divertida y luego estiró el brazo para jalar mi camiseta y darme un largo y húmedo beso.

—Bueno, gracias —dije aturdido—, pero ¿por qué fue eso?

—Por consentirme. —Me miró con sus ojos sonrientes y luego tomó las gafas a su lado y se las puso—. Así está mejor, casi ni podía verte, solo a tu silueta borrosa.

—Mejor para mí, así no me dejas por ser tan feo.

Jan rio.

—Tú no eres feo, amor.

—¿Ah, ¿no? —pregunté, cortando un pedazo de panqueque con el tenedor.

—No, solo eres... incómodo de ver.

Levanté mi cabeza bruscamente y reí contagiado por Jan.

—Soy incomodo de ver, ¿huh?

Ella dejo de reír y se secó una lágrima en la esquina de su ojo.

—No, tú eres muy guapo y bien lo sabes. Solo no pude contenerme de hacer la broma.

Nuestras sonrisas no se desvanecieron y la miré con amor.

—Me gusta cuando eres así de juguetona. —Elevé el tenedor y lo dirigí a su boca.

Cuando Jan abrió la boca y tomó el pedazo, gimió y abrió mucho los ojos.

—Dios mío, esta delicioso.

—No lo dudo, Dean dijo que tú lo enseñaste a hacerlos.

—Tengo un excelente alumno.

—Y tú eres una excelente maestra. —Jan sonrió y yo dije lo primero que vino a mi mente—:
Amo verte sonreír. Todo tu rostro se ilumina y... agh, podrías ponerme de rodillas en dos segundos con esa sonrisa. Me desarmas completamente y tú... tú ni siquiera te das cuenta.

Vi como Jan parpadeaba perpleja y luego su barbilla empezaba a temblar. ¿Qué dije mal? Se arrojó a mi regazo — justo después de dejar la bandeja a un lado— y rodeó mi cuello con sus brazos antes de ponerse a llorar.

—Te amo tanto —dijo contra mi pecho.

—Ah, pequeña, no llores, no quería hacerte sentir mal. — Estaba acariciando su espalda para tranquilizarla cuando ella empezó a negar con la cabeza.

—No entiendes. Me haces muy feliz con las palabras que me dices, por cómo me consientes y sé que de verdad me amas y yo solo puedo decirte... gracias. Solo... gracias por todo. Y por favor, ignora mi reacción sentimental, creo que ya casi llega mi periodo.

Sonreí contra su cabello.

—Es lo mismo que me dijo Dean cuando estábamos en la cocina.

Levantó su rostro un poco y besó mi mejilla antes de alejarse.

—¿Te dijo que ya casi llegaba mi periodo? —Pasó sus manos por su rostro confundido secando sus lágrimas y yo reí fuertemente.

—No, hermosa, me dio las gracias también. Las gracias por cuidarte y hacerte feliz.

Jan sonrió.

—Suenas como algo que él diría.

Asentí en acuerdo.

—Es un buen chico.

—Lo es, y estoy muy agradecida porque ya superó esa lucha tan difícil, yo no sé qué hubiera hecho de lo contrario — concluyó con voz temblorosa.

—Y esperemos que jamás tengas que averiguarlo. Ahora que estamos casados no puedes rechazar mi ayuda, y si alguna vez él volviera a recaer (que ojalá nunca suceda), haré todo lo que esté a mi alcance para darle los mejores doctores y tratamientos. Lo sabes, ¿no?

Ella asintió.

—Lo sé, por eso te amo tanto, porque te preocupas por los dos, por Dean y por mí, sinceramente.

—Eso es porque tú eres mi todo, y Dean es tu todo, por lo tanto, él también es mi todo. Soy responsable de los dos ahora y no me importa si me quedo pobre en mi intento de hacerlos felices, al final, solo viéndolos sonreír sabré que ha valido la pena.

Su risa bailó en mis oídos y sus ojos brillaron con apreciación.

—Estás loquito.

—Solo por ti. Pensé que ya lo habíamos dejado claro. —Me acerqué y ella vino a mí de buena gana. Me encantaba tenerla sentada en mi regazo, sentía que podía protegerla de todo y todos y el sentimiento era muy agradable.

—Sí, ya lo habíamos hecho. ¿Te he dicho cuánto te amo últimamente?

—No lo suficiente. Nunca será suficiente

—En ese caso... —Elevó su cabeza hasta que nuestros labios estaban a un suspiro de distancia—. Te amo. —Me besó—. Te amo. —Beso de nuevo—. Te amo. —Y así siguió hasta que el desayuno fue olvidado y se enfrió.

La recosté en la cama y la hice mía. Y nunca dejó de decirme cuanto me amaba. Mientras me besaba, me acariciaba y me miraba con amor.

Me lo demostró con actos y palabras.

Y yo se lo demostré a ella

5 años después.

—Ya llegué, amor —avisé una vez que atravesé la puerta de entrada. Empecé a quitarme la corbata y la dejé junto con el saco en el respaldo del sillón.

—Aquí en la cocina —gritó de regreso.

Me encaminé a la cocina y la vi de espaldas mientras sacaba un pastel del horno. El aroma en la cocina era delicioso y no pude resistir el impulso de pellizcar uno de los pasteles sobre la mesa. Apenas había estirado el brazo cuando un manotazo me alejó del pastel.

—No lo hagas. —Giré para ver a Jan con el ceño fruncido. «Oh, oh»—. No sabes cuánto batallé para que este pastel saliera perfecto, por lo tanto, no vas a pellizcarlo. Vas a esperar como todos los demás. —Se acercó y rodeó mi torso con sus brazos un poco más regordetes que antes —. Ahora vas a ir a cambiarte y saldrás al balcón junto con todos los demás. Dean llegará en cualquier momento.

Asentí porque no había nada más que pudiera hacer o decir cuando mi mujer se ponía en ese plan.

—Sí, señora.

Ella rio y sus ojos se iluminaron.

—Anda, ve antes de que cambie de opinión y te obligue a ayudarme con la comida —dijo despidiéndome con un gesto de la mano.

Me fui, no sin antes besarla como era debido. Después de ocho horas trabajando lo menos que merezco es un beso de bienvenida, ¿no?

Cuando subí al balcón ahí estaba toda la gente cercana a mí. Mis padres, Marcus, Lora y unos cuantos amigos de la universidad con quienes no perdí contacto. Claro, también estaban amigos de Jan y de Dean. Era su cumpleaños después de todo. De Dean, quiero decir.

Vi cómo Jan entraba haciendo malabares con las bandejas y me apresuré a ayudarla. No queríamos que nada le sucediera a la comida. Ni a Jan, claro.

—Aquí —dije tomando la bandeja más grande y pesada—. Lo tengo.

—Gracias, cielo. —Se giró un poco y me dio un casto beso.

—Dean ya llegó, ayúdame a colocar los pasteles.

Eso hice. Coloqué los dos pasteles —los cuales se miraban exquisitos y olían aún mejor— en el centro de la mesa y luego esperamos a que Dean subiera.

Él sabía que le íbamos a preparar algo, pero no sabía que habíamos invitado a más gente, así que cuando entró y nos vio a todos, rio sorprendido.

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Sorpresa!

—¡Felicidades!

Gritamos todos al mismo tiempo. Creo que nos hizo falta un poco de coordinación, pero la intención es lo que cuenta, ¿no?

Me acerqué a Dean y le di ese abrazo-palmada típico de nosotros.

—Felicidades, amigo.

—Gracias, Derek.

Me alejé y le guiñé mientras todos se arremolinaban a su alrededor para felicitarlo. Fui y me recargué en una pared con los brazos cruzados mientras esperaba que alguien me abordara o que todos se distrajeran para tomar un bocado de pastel. Estaba famélico.

Jan fue la segunda en felicitarlo, y una vez que terminó de felicitarlo, se acercó a mí, secándose las lágrimas.

—¿Que tienes, preciosa? —pregunté, preocupado como siempre.

Ella sonrió y negó.

—Nada, solo... ya sabes. Ando hormonal. Ha crecido tanto y estoy muy feliz y... —Empezó a parpadear rápidamente y supe que iba a llorar, por lo que la rodeé con mis brazos.

—Shhh. No llores, cariño. Es un día para estar feliz, ¿no es así? —Ella asintió contra mi pecho y yo besé su cabello—. Entonces hay que disfrutarlo, sin lágrimas.

Por un momento no dijo nada y yo me dediqué a mirar alrededor. La gente estaba conversando alegremente y Dean reía con sus amigos. Lora y Marcus estaban más estables ahora que se habían comprometido y yo estaba más enamorado que nunca de mi mujer. De mi fuerte, valiente, hermosa, paciente y cariñosa esposa.

—Ahora a partir el pastel que muero de hambre —dijo Dean, sacándome de mis reflexiones.

Sonreí cuando mi estómago gruñó en acuerdo.

—Los pasteles —corrigió Jan. Se levantó y la seguí hasta la mesa donde se encontraba la comida—. Este pastel... —dijo señalando el de chocolate— es porque Dean cumple diecisiete años de vida. Y este otro —señaló el que estaba decorado con fresas— es porque hoy cumple cinco años que venciste al cáncer.

Dean me miró enarcando una ceja y yo me encogí de hombros. A Jan le gustaba decir que había ganado la lucha contra el cáncer, y puede que así fuera, porque las células dejaron de crecer y expandirse, pero los tres sabíamos que la mayor parte de su cuerpo estaba infectado y en cualquier momento podría activarse nuevamente y regresar, y a Dean no le gustaba fingir que todo estaba superado.

Lamentablemente, eso lo había convertido en un chico un poco retraído, nunca apegándose mucho a las personas, siempre luciendo un poco apagado.

Pero hoy... hoy se miraba radiante, cómodo... se miraba completamente feliz. Y eso era un GRAN avance del niño tímido que había conocido antes. Siempre educado, inteligente y sonriente, pero nunca lo suficientemente confiado como para acercarse a la gente. Solo Jan y yo éramos la excepción, por lo que sonreí cuando una chica se acercó, lo abrazó por la cintura y él la miro con ojos tiernos.

Yo conocía esa mirada.

Era la misma que miraba en el espejo cuando pensaba en Jan.

Tiempo después, cuando varia gente ya se había retirado, Janelle se acercó a mí sonriendo con un plato que contenía dos enormes rebanadas de los pasteles.

—¿Ya viste? —dijo haciendo un gesto con su cabeza para señalar detrás de ella a donde Dean se encontraba con la chica.

—Sí —dije sonriente—, le da las mismas miradas que yo te doy a ti.

Jan rio.

—Y ella lo mira de la misma manera que yo te miro a ti. — Era cierto.

—Bueno, ahora sabemos que no es gay.

Jan palmeó mi brazo y chasqueó la lengua.

—No seas grosero, Derek.

—Lo siento, cariño, era una broma.

Me fulminó con la mirada. La verdad es que sí había tenido mis dudas... pero jamás lo admitiría.

—Sigues siendo un idiota. —Sacudió su cabeza desaprobadoramente.

—Pero amas a este idiota.

Suspiró dramáticamente.

—Lamentablemente así es.

Reí y la atraje hacia mí.

—Ey, cuidado —dijo cuándo su vientre redondeado chocó contra mi cadera. Coloqué mis manos sobre su vientre y lo sobé.

Jan estaba embarazada de cuatro meses.

De gemelos.

—Lo siento, lo siento. ¿Cómo están mis niños?

Jan sonrió.

—Creciendo cada día más.

Resoplé.

—Pero si yo te veo igual de escultural que hace cinco años.

—¡No mientas! Parezco una vaca —se lamentó, mirando hacia donde se encontraban mis manos.

—Pero una vaca muy sexy.

—Eso no es gracioso —dijo, pero se desmintió al reír.

—Ya, pero para mí sigues siendo la mujer más hermosa.

—Eres un vil mentiroso.

Llevé una mano a mi corazón.

—Eso me ha herido realmente.

—Además de ser dramático. —Rodó sus ojos—. Ay, eso duele —dijo colocando una mano sobre la mía cuando sentí un movimiento.

Me arrodillé ahí frente a todos los que quedaban y besé su ombligo.

—Hola, mis niños hermosos —dije con voz suave—. ¿Están lastimando a mami? Puede que a veces sí se lo merezca, pero hoy se ha portado bien, no la hagamos sufrir, ¿de acuerdo? —bromeé.

Jan rio.

—Levántate, vas a ensuciar tus pantalones.

Me levanté.

—Creo que iré a acostarme, me siento un poco cansada.

—Te acompaño.

—No, tú quédate...

—No —la corté—, iré contigo, de todos modos, ya solo quedan un par de amigos de Dean... y la chica. —Sonreí.

—Bueno, démosles un poco de privacidad a los tortolitos.

Después de que le habíamos dado a Dean su regalo —una pequeña habitación independiente detrás de la casa para cuando quisiera su privacidad— Jan y yo salimos de ahí.

—Mmmm, sí, así, no pares. Oh, Dios, se siente genial. —Jan gemía sin inhibiciones.

—Shhhh, baja la voz o los vecinos creerán que...

—Que crean lo que quieran.

Reí.

—¿Doy buenos masajes de pies?

—Mmmm, sí. Estoy pensando en hacerte renunciar y tenerte aquí como mi masajista personal de pies.

—Sería una buena profesión. —Nos quedamos en silencio mientras seguía brindándole atención a sus pies hinchados.

—¿Sabes? Los primeros años que estuvimos casados esperaba que pasara algo malo. —No sabía por qué estaba sacando ese tema, pero quería ver a donde llegaba.

—No lo sé. Todo iba demasiado bien y yo no estaba acostumbrada a que las cosas buenas

duraran. Y cuando tuvimos nuestra primera pelea... —Sacudió su cabeza un poco más despierta que antes—. Pensé que me dejarías.

—Yo nunca haría eso, cariño —dije con vehemencia.

Suspiró.

—Ahora lo sé, pero en ese momento tenía mis dudas e inseguridades todavía. Como siempre.

Los últimos cinco años no habían sido perfectos. Habíamos tenido desacuerdos, discusiones, peleas, pero al final siempre lo arreglábamos. Porque nos amábamos y no íbamos a tirar nuestra relación a la basura como muchas parejas actuales. Si elegí casarme con ella, no fue solo para un corto espacio de tiempo, fue para toda la vida.

Elegí quedarme con ella a pesar de todos sus defectos e inseguridades, y lo hice porque ella me enseñó a ver la vida de manera diferente, a madurar, a vivir, ella me enseñó a amar, y estaba agradecido por haberla conocido y conservado todo este tiempo. Daba las gracias porque me soportaba y me hacía tan feliz.

Podía llegar del trabajo completamente cansado o de mal humor, pero solo ver su rostro sonriéndome, dándome una mirada amorosa, una pequeña caricia, un dulce beso, cualquiera de esas acciones me llevaba al punto culminante de mi día.

Levantó su mirada a la mía y me sorprendí al encontrar sus ojos cargados de ternura.

—Nunca te he pedido perdón. —Eso me sorprendió aún más.

—¿Perdón?, ¿por qué?

—Por cómo te traté al principio.

Reí.

—Cariño, eso fue hace más de cinco años. No tienes por qué disculparte por algo que...

—Lo sé —me interrumpió—. Pero, aunque no lo creas, eso aún me remuerde la conciencia. — Se incorporó y dejó caer sus pies de mi regazo. Respiró profundamente y luego me miró a los ojos.

Tomé su rostro entre mis manos y besé su nariz.

—Pequeña, no había posibilidad de que supieras mis verdaderos sentimientos. Además, ya sabes, al principio todo había sido...

—Por una apuesta —completó.

De repente me sentí tímido y rasqué mi nuca incómoda.

—Ah, sí. Pero después te abriste camino por mis venas y te quedaste en mi corazón. Al principio sí pensaba... no sé, conocerte mejor, solo averiguar por qué eras así, pero una vez que lo supe... no me pude alejar. De verdad, no pude. Algo me decía que me quedara a tu lado, que me necesitarías y que tenía que ganarme tu confianza. No sé, algo me decía que podía salvarte.

Sus ojos se abrieron asombrados. En toda nuestra relación nunca le había dicho esto.

—¿Salvarme de qué?

Me encogí de hombros.

—Quien sabe. —Rodeé sus hombros con mi brazo y la coloqué a mi costado. Me gustaba sentirla muy cerca de mi cuerpo. Tras unos minutos en silencio pregunte—: ¿Crees en el destino?

La miré y ella sonrió.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Tampoco lo sé.

—¿Entonces por qué lo preguntas?

—Recordé cómo me sentía antes... acerca de ti. Algo me impedía alejarme de ti, como una fuerza. —Reí sin ganas—. Parezco un loco, ¿no?

—Ya sabía que estabas loco, amor. —Me miró sonriendo y le devolví la sonrisa.

—Ja, ja, graciosa. —La acerqué y besé su mejilla.

—Pero la verdad... sí fue Dios, la suerte o el destino lo que nos juntó, estoy agradecida por ello. Cada mañana doy gracias por tenerte y cada noche pido un día más para amanecer contigo a mi lado. —Me sonrió dulcemente y apretó mi mano.

¿Podía un hombre morir de amor? Porque sentía que mi pecho iba a explotar. Sonreí temblorosamente y besé sus labios con reverencia.

—Te amo, cariño. Tenerte como mi mejor amiga, novia, esposa ha sido una bendición, y ahora que seremos padres me siento... no existen palabras. Feliz no es suficiente para describir la inmensidad de mi sentir. —Mi voz estaba ronca por la emoción y Jan lo notó.

Acarició mi rostro y luego rio un poco.

—¿Qué? —pregunté imitando su sonrisa.

—Me alegro mucho de que te ofrecieras a ser mi chofer aquel día.

Reí.

—Yo también, amor.

—¿No te arrepientes de nada?

—¿Acerca de nosotros?

—Ajá.

—Nunca.

Fin